ESTA HERIDA LLENA DE PECES

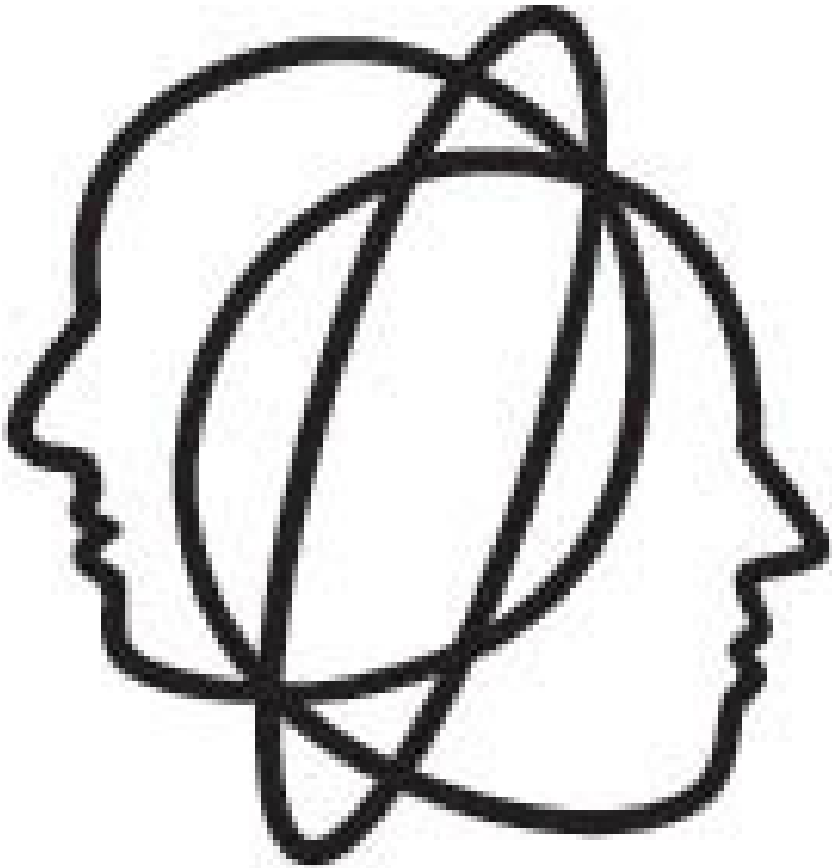
lorena salazar masso

TRÁN
SITO

ESTA HERIDA LLENA DE PECES

lorena salazar masso

TRÁN
SITO



Esta herida llena de peces © Lorena Salazar Masso, 2021

© de esta edición, Editorial Tránsito, 2021

DISEÑO DE COLECCIÓN: © Donna Salama

DISEÑO DE CUBIERTA: © Donna Salama

FOTOGRAFÍA DE SOLAPA: © Carlos Valencia

IMPRESIÓN: KADMOS

Impreso en España – Printed in Spain

IBIC: FA

ISBN: 978-84-121980-9-6

eISBN: 978-84-124401-0-2

DEPÓSITO LEGAL: M-1417-2021

www.editorialtransito.com

Síguenos en:

www.instagram.com/transitoeditorial

www.facebook.com/transitoeditorial

@transito_libros

Todos los derechos reservados. No está permitida ninguna forma de reproducción, distribución, comunicación o transformación de esta obra sin autorización previa por escrito por parte de la editorial.

ESTA HERIDA LLENA DE PECES

lorena salazar masso

Para mamá y papá.

Y para Jorge Luis.

«Un río suena siempre cerca.
Ha cuarenta años que lo siento.
Es canturía de mi sangre,
o bien un ritmo que me dieron».

GABRIELA MISTRAL

Contenido

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Títulos publicados

1

El niño y yo llegamos al malecón de Quibdó. Buscamos una canoa que nos lleve a los dos, y al pingüino de tela que carga desde que salimos de casa, hasta Bellavista. Nos sentamos en las escaleras de cemento que dan al río Atrato, le compro un mango con limón y sal que me vende una señora, y esperamos. Las mañanas son de las aves, cantan desde los árboles que se elevan a la orilla del río; hasta las más jóvenes tienen un nido de polluelos desnudos, indefensos, hambrientos.

—Ma, mira, un pajarito —dice.

—No es un pajarito, es un gallinazo —respondo con la boca llena de mango.

El gallinazo cabecirrojo descansa sobre una bolsa de basura. No quiero explicarle al niño la diferencia entre un animal tan sombrío y un pajarito, y él tampoco pregunta. El animal alza el vuelo y la corriente se lleva la bolsa río abajo.

El pueblo nace en la margen derecha del río y se expande hasta internarse en una selva que se cobra la invasión y reclama su espacio cuando llena las paredes de humedad y moho. En Quibdó, el Atrato huele a pescado en sal, naranja y madera mojada. Cauce profundo, custodiado por casonas viejas, acompañado de niños y mujeres que lavan ropa en la orilla. Es el río en sus primeros años; viene del Carmen de Atrato y muere en el Caribe. Los habitantes del pueblo viven de él: pescan, lo navegan cantando, le rezan. Un brazo ancho de tierra negra.

Adentro, en la selva, el Atrato no espejea como el Amazonas, no se parece al verde Cauca ni al Magdalena que recorre el país enfurecido y espumoso. A veces pardo, a veces canelo, tiene el olor que brota de un álbum de fotos que se abre después de mucho tiempo.

Amarradas al muelle, esperando llenarse de pasajeros y comida: tres

canoas de madera y dos pangas rápidas, blancuzcas. Cada una con su conductor a bordo preparándose para la jornada. Todas las mañanas, camino a la escuela, el niño y yo jugamos a despertar al pueblo: atravesamos la calle Alameda mientras los negocios abren sus puertas; saludamos al señor de la carnicería, acariciamos los pollitos de la tienda veterinaria, miramos de reojo a los borrachos dormidos sobre las mesas de la cantina, que según el niño, son muñecos; coteros descargan bultos de arroz. El edificio de las putas tiene el balcón cerrado —duermen hasta tarde—, carretas de plátanos y canastas de limones se alinean entre la calle y la acera; una vieja despeinada, que conozco hace tiempo, nos grita desde su balcón que vamos tarde, y apuramos el paso.

El pueblo amanece con la ilusión de un niño que abre un libro por primera vez. Ilusión que mengua cuando el sol llega a su punto más alto y comienza a descender hacia la selva. El bochorno de las tardes de Quibdó pesa, el sol calienta, sofoca; brilla en la frente de las personas hasta que, a las cuatro o cinco, revienta como aguacero. No llueve: el cielo se desparrama sobre los negocios que tienen la mercancía al aire desde la mañana.

La gente no sabe a dónde voy con el niño, caminan junto a nosotros como si nada pasara. Algunos Willys esperan racimos de plátano verde que traen las pangas desde los caseríos y llevarán hasta las tiendas de los barrios. Una de las canoas —la más pequeña— se llena con tres cholos y dos sacos de mercado. Cruzan el río a remo, de pie, firmes y serenos; enfundados en sus pantalonetas naranja, verde limón, azul cielo. El malecón empieza a llenarse de viajeros, nos preparamos para embarcarnos en la canoa más barata. El niño no entiende muy bien a dónde vamos —le dije que de paseo—, oculto la nostalgia que me da volver al lugar que alguna vez fue mi casa, donde no queda nada de mi niñez. Pero sí de la del niño.

La canoa sale en media hora, nos iremos en ella. La conductora, una mujer negra como el cacao, se mueve bajo un vestido verde con bordados indígenas —sueños, apariciones, alguna predicción— y sandalias, sandalias tres puntadas. Desde la canoa nos da los buenos días y grita que lancemos el equipaje para acomodarlo en la bodega. Miro al niño: una pulga aferrada a mi vestido, adivino su miedo. Le propongo un juego: contar hasta tres y lanzar nuestras

cosas a la canoa. Uno, dos, tres: la ropa de los próximos días, pijama y cepillos de dientes vuelan dentro de una maleta pequeña. La conductora la guarda en un compartimento cerca de los motores y vuelve la mirada hacia nosotros. También lanzo mi bolso y el pingüino del niño.

—¿Y yo qué tiro, ma?

La conductora lo mira y le dice que salte sin miedo, que ella lo recibe. Tomo el dije de limón que cuelga de mi cuello y lo beso. El niño me mira, de inmediato sabe que puede saltar. El dije es una señal que él, muy seguro de sí, inventó una noche.

—Ma, siempre que estás con el limón entre los dientes dices que sí a todo.

Los niños establecen reglas inquebrantables. Me someto a su ley. A cambio le pido que haga las tareas antes de salir a jugar. Lo preparo para una vida llena de intercambios. Nos vamos educando mutuamente. Yo le enseño a ser y él me ayuda a deshacerme, a vivir bajo nuevas formas, señales que nadie comprendería. Está conmigo. No me nació a mí, pero soy su mamá. Lo digo para mí cada noche, una oración al desapego. Frente a la canoa quiero pedirle que no salte, que volvamos a la casa y prendamos la tele, que lo necesito. Le sonrío, su mano derecha libera mi vestido, dejándolo lleno de arrugas.

—A la una, a las dos y a las… tres —grita, salta y lo recibe la conductora—. ¡Ma, te toca!

Saltar o arrojarse a la corriente. Para el niño, estoy a punto de saltar. Suena alegre, festivo: un juego. La sombra de saltar es arrojarse. Me arrojo fingiendo un salto y el niño me abraza como cuando llega de la escuela. Plancho su camisa con mis manos y nos sentamos en las bancas de madera que nos señala la conductora. Blancas, sin espaldar. Si esto fuera un avión pequeño, diría que vamos en el asiento 2B y 2C, la conductora lleva el timón desde atrás. A diferencia de en nuestros viajes en avión, ni ella ni su ayudante, un joven que acaba de saltar a la canoa, se sorprenden de que mi hijo sea negro y yo blanca.

Carne, ropa, sal y tablas para una cama; velas, lápices, frutas y tres cajas con pollitos vivos; maíz, sábanas, ollas y libros de primaria. En ese orden viajan las necesidades de Bellavista. Las maletas van llenas de velas, leche en polvo y pañales. La ropa se reinventa. Un vestido puede revivir como falda, pañuelo, cojín, trapo de cocina. Lo que importa es que la gente coma, duerma y, si es posible, que estudie.

La canoa no está pintada. Un pedazo grande de madera —manglares tallados— que no necesita color. Nuestras sillas no están bajo el techo, no le temo al agua que cae del cielo, no me importará mojarme cuando las nubes dejen caer la tormenta. Sólo necesito un espacio seco para el niño, quizás entre las señoras de la última fila, sólo dos bancas van cubiertas por una carpa negra de plástico grueso.

El ayudante de la conductora reparte chalecos salvavidas. Huelen a ropa mal secada. Los tomo con un agrado fingido. La señora de al lado, a quien la conductora llamó Carmen Emilia, se queja mientras se abrocha el chaleco: «Esto no lo han lavado nunca, no». El niño, en cambio, se siente superpoderoso. Mira a todos por encima del hombro. Me aseguro de que lo tenga bien puesto y pueda respirar. Me pregunta si puede ir con el chaleco a la escuela. Le digo que no, que al llegar a Bellavista tendremos que devolverlo. Me tuerce los ojos y se sienta mirando hacia la selva, altivo, con los brazos cruzados.

Diez personas hemos saltado a la canoa. En la banca de atrás hay dos gemelas con trenzas hasta la cintura: Rossy y Mary, se presentan. Rossy pide otro chaleco, el que le tocó tiene el broche malo. El ayudante le lleva dos para que escoja: verde o rojo. Rossy se pone el rojo y le sonríe, él le ayuda a abrochárselo y regresa sonriendo a la parte de atrás, donde se pone el chaleco verde. La conductora lo mira de reojo.

Esperamos a un señor que está despidiéndose de su mujer. O quizás de su madre. Lo llena de bendiciones, acomoda el cuello de su camisa, le entrega unos billetes enrollados. Lo besa en la boca. Es ella quien le plancha las camisas: «Pobres, pero no arrugados». ¿Qué

dirán si lo ven mal vestido? Que no lo quiere suficiente.

La conductora enciende motores, las manos que dicen adiós se van haciendo pequeñas, nos alejamos de la música de las casetas y en el aire sólo queda el ruido de la canoa.

Desde el agua veo qué sostiene a Quibdó: la historia de los enfados del río, esas marcas que deja el agua en la tierra y el malecón. Señoras en las ventanas, mironas que ya barrieron la acera, le hicieron el desayuno al marido y se dedican a mirar. Afortunadas. Señoras que viven al lado del río, en casas con patios grandes, con veraneras que cuelgan del techo, hijos que lloran en las cocinas. Cuidan el río, creo que le rezan. Atrás quedan siluetas de calzones enormes colgados en patios y el solar de la casa cural, donde reposan las benditas batas blancas con las que darán el sermón de hoy.

Los pies de la conductora: dos troncos hinchados, con cicatrices de picaduras de mosquito y uñas naranjas que se aferran a sus sandalias tres puntadas. La reconocerían por el color de las uñas. Si naufragáramos, la encontrarían por las uñas: «Vela ahí», dirían, «esa es la conductora». Recojo mis pies, pongo el bolso encima de ellos; la vergüenza me sube como fiebre de media noche. Nunca aprendí a usar sandalias tres puntadas. La mujerona revisa los motores, la densidad de las nubes y los bolsillos de su delantal, donde, seguramente, guarda plata y comida.

El niño se duerme minutos después de arrancar. Efecto secundario de la pastilla para el mareo y el vaivén del río. Dormido suda mucho. Lo abanico, le paso un pañuelo por la frente y le peino las cejas con mi dedo más pequeño. No trago saliva, no pestañeo, me muevo por dentro. Una lágrima rebosa mi ojo derecho y cae directamente en la mejilla del niño. Rueda hasta su boca, humedece sus labios y desaparece.

—El niño se tragó su lágrima —dice la señora que va a mi lado, Carmen Emilia.

—Bueno, nunca pude darle pecho —respondo.

Carmen Emilia disimula, mira el cielo colmado de nubes de lluvia. Quizás refunfuña en la mente el nombre de algún santo que lleva en el bolso. Se aferra a él como a una oración. Las flores de su falda desteñida, la blusa blanca, a la que le quedan un par de lavadas, deja ver un brasier color crema, como mi piel. La señora también suda y es tan negra como mi hijo. Con los pechos que tiene alimentaría a una escuela entera. Crecí con señoras como ella, esas que cuando asoman la cabeza sobre el río, la velocidad del viento no las despeina.

Llueve. Nubes se rebelan contra el sol y caen sobre nosotros. No es un aguacero, no empapa; incomoda y pica. Tampoco da frío. Una lluvia templada, como las gotas de sudor del niño. Le susurro que debo cambiarlo de silla para que no se moje, pero se agarra de nuevo a mi vestido. Recostado en mis piernas, tiene esa edad en la que están muy grandes para cargarlos, pero muy pequeños para ocupar un asiento; o quizás soy yo que lo veo más pequeño de lo que es. De mi bolso saco una carpa transparente de plástico y lo cubro. La conductora baja la velocidad, y las personas que tampoco están bajo techo abren sus paraguas negros, rojos, morados. Paraguas grandes, de pueblo. No traje paraguas, pero el niño va cubierto. Carmen Emilia quiere ayudar, me acerca la mitad del suyo. Me cae agua lluvia en el pelo, en los hombros, en el vestido blanco de rayas azules. Le digo que me gusta la lluvia, que muchas gracias, que me va a dejar como si hubiera nadado con ropa. Ríe mostrando todos los dientes, tan blancos como los de mi hijo. Se rinde. Cierra el paraguas y dice que me acompaña en la lluvia.

El viento arrastra las nubes a la selva, el agua cesó. Ya no veo casas, los árboles son remplazados por otros, manchas verdes que ponen límite al río. El niño se voltea, me mira desde sus ojos negros. La carpa me deja ver su nariz —chata, redonda, pequeña—, suspira y susurra la pregunta:

—¿Ya casi llegamos?

—No, acabamos de salir.

Carmen Emilia tiene los ojos cerrados. No sé si reza o duerme. ¿Puede un adulto dormir con este ruido?: viento, palabras cortadas, el agua contra la madera y la conductora cantando a los gritos —

desafinada, con los ojos cerrados— una canción de una tal cachaloba quitamaridos.

Le quito la carpa al niño, la doblo a la mitad y la extiendo frente a nuestra silla. Sin nubes, el sol cae sobre nosotros, secándonos la ropa. El olor del chaleco y de mi cuerpo se unifica: huelo a perro mojado y el niño también. A él no le importa, está concentrado mirando a Carmen Emilia. Mueve las manos frente a ella para comprobar si duerme o finge, así como él cuando recibimos visita en casa. La señora ni se mosquea.

El río duerme, navegamos encima de un tigre que en cualquier momento puede tragarme entera, a mí y al niño. ¿Cuántas veces pinté de niña este río en mis dibujos? Repetí hasta el cansancio que era uno de los más caudalosos del mundo. Qué orgullosa me sentía de él. Profundo, importante, peligroso. Cada época de lluvia en la cabecera o en el pueblo hacía que se metiera a las cocinas, inundara la escuela. No hubo semana en la que una niña no fuera a clase con los zapatos húmedos. Las monjas se daban cuenta y nos obligaban a quitarnos los zapatos y entregárselos. Los ponían a secar detrás de las neveras de la cafetería de la escuela, donde guardaban las gaseosas. Cuando llegábamos a casa, las mamás nos regañaban por las medias sucias.

El niño se duerme y Carmen Emilia despierta. Abre la boca como una osa, estira las manos, se peina. Saca un banano de su bolso y me ofrece otro.

—¿Cuántos años tiene?

—¿Qué? —pregunto.

—El niño, ¿va dormida o qué? —responde masticando banano.

Me gusta el sabor de las frutas antes de echarse a perder. Tienen manchas, arrugas, golpes, mordeduras de gusano. Nunca una fruta tersa sabe tan bien como una que ha sufrido el paso del tiempo. Carmen Emilia me dice que, ya que estamos en confianza, le cuente del niño. La gente siempre pregunta cosas para tener una excusa y

contar sus historias manipuladas, tejidas durante años. No la conozco, pero queda mucho río por delante. Suspiro, estiro las piernas y respondo la pregunta detrás de la pregunta.

—Desde que el niño llegó he pasado más noches junto a su cama que sobre la mía, vigilando su respiración, el aire caliente de cachorro que entraba y salía de su naricita me daba motivos suficientes para trabajar y darle todo lo que me pidiera; lo que adivinara en sus ojos negros. Una mañana, después de maldormir junto a su cama, el niño me despertó con su llanto.

—¿Por qué soy negro y tú blanca? —me preguntó.

Él tenía cuatro años, y yo no estaba preparada para esa pregunta. Si hubiera crecido dentro de mí, si lo hubiera parido, no habría sido menos difícil responder. Quizás le habría dicho que en el mundo hay personas de muchos colores y que, al mezclarse, nacen colores nuevos. Que su papá era negro y yo blanca, que él había sacado lo mejor de nosotros: la piel del papá, los ojos y el andar de la mamá. Pero no tiene papá y no nació de mí.

Carmen Emilia no me quita la mirada de encima, sabe escuchar. Toma la cáscara de banano que llevo en las manos y la manda a volar. No sé si me cree. Se queda mirando el río, café como ella, como la madera de la canoa, como el niño. Después de un silencio corto, continúo:

—¿Qué hace alguien que crece sin madre? ¿Lo cuida el viento, una profesora, la señora de la tienda de la esquina? ¿Quién le enseña a rezar, a temer, a dejar de crear? ¿Quién le dice: «¡Niño, eso no se hace!» ¿Quién le corta las alas y quién se las cose? ¿Quién le pone los pies en la tierra? No tenerla, a veces, es lo mismo que tenerla. Una madre es algo que duele. Es herida y cicatriz. Para un niño, una mamá es la persona que pregunta si quiere leche en el chocolate, la que regaña cuando camina descalzo por la casa, la que prueba la sopa primero, se quema la lengua y espera a que enfríe un poco. Una mamá es la persona que está.

Ese día no lo mandé a la escuela.

En el patio de la casa, junto al palo de limón, puse la mesa de

madera en la que trabajaba entonces. Llevé lápices de colores, hojas, y senté al niño frente a mí. Antes de contarle la verdad, le pedí que hiciera líneas de todos los colores. Abusó del verde, hizo círculos morados y azules; llenó la hoja de naranja, amarillo, rosa, negro, rojo, crema y café. Le quebró la punta al azul cielo. Con la hoja pintada sobre la mesa le expliqué que así es el mundo, colorido, y que eso incluía a las personas, que somos naturaleza.

—¿Soy un árbol? —preguntó.

—Un árbol con ojos y pies y lengua —dije.

—¿Tú qué eres? —preguntó sonriendo.

—¿Qué crees? —dije poniéndome de pie para que me mirara completa.

—Pues una mamá —gritó.

Me senté junto a él y le conté la verdad:

—Eres negro y yo blanca porque tienes dos mamás: una es la mujer negra que te llevó en su barriga nueve meses y te trajo al mundo. La otra soy yo, que te he cuidado todos los días desde que eras un bebé.

El niño miraba las naranjas mientras escuchaba.

—La mujer de la que naciste no pudo quedarse contigo, con nosotros —dije.

Tomé una hoja, dibujé dos mujeres: una negra, otra blanca, y un niño, negro también. Le expliqué:

—Esta es tu mamá negra, esta es tu mamá blanca y este eres tú.

Que era muy afortunado porque casi todos los niños tenían una sola mamá y él tenía dos, le dije también. Sorbió los mocos, parecía feliz y convencido. Pude solucionarlo diciéndole que eran cosas de Dios, pero ya le había enseñado que la voz de Dios sólo la escuchábamos adentro, a las ocho de la noche, antes de ir a la cama. ¿Quién le iba a responder si le hablaba a Dios en voz alta y a las diez de la

mañana?

Le pedí que hiciera su propio dibujo. Además de dos madres y un niño, llenó la hoja de círculos verdes, limones. Antes de terminar dijo señalando mi silueta:

—Ma, casi no te ves.

—El color blanco es aburrido. Dibújame un vestido.

Entonces encima del blanco pintó con todos los colores. Mi silueta parecía una colcha de retazos. Pero en el centro la combinación de todos los colores dio paso al negro.

Al final, me preguntó si su otra mamá nos traería regalos cuando viniera a visitarnos. Le dije que sí.

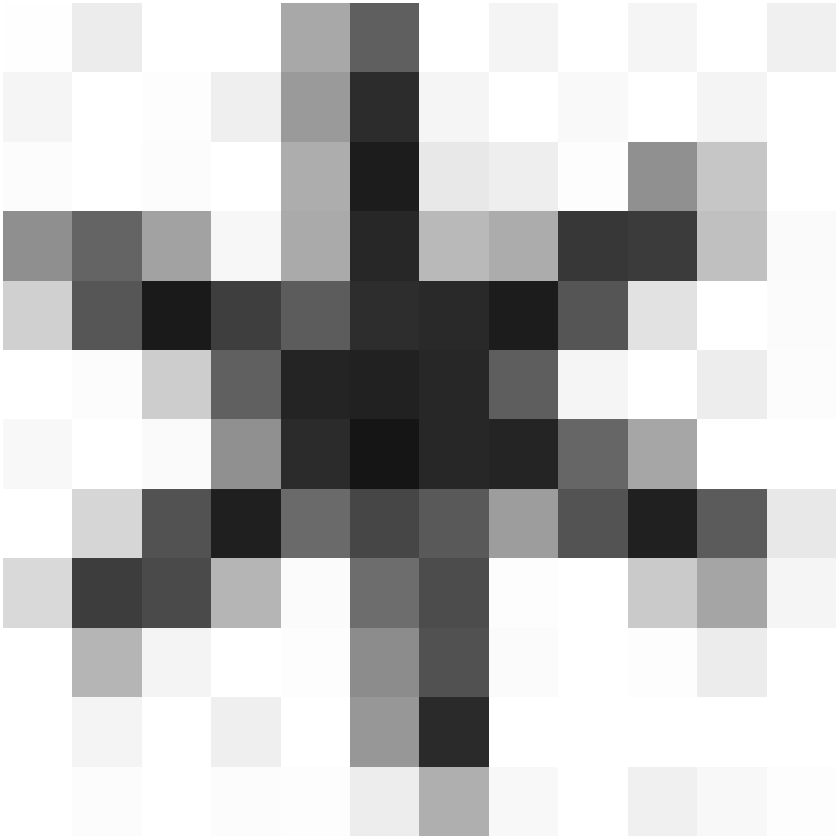
—¿Volvió a preguntar por la mamá negra?

—No. Pero enmarqué los dibujos que hicimos ese día y los colgué en su cuarto. Él sabe que tiene dos mamás, pero no lo hablamos más. Sé que cuando le preguntan en la escuela por qué tiene una mamá como yo, él responde que tiene dos mamás y se ríe de los otros, que sólo tienen una. Corre, se esconde en el baño y llora. No sabe por qué, pero llora.

El sol pica, los árboles compiten con el agua: quieren meterse, robarle espacio al cauce del Atrato. Se cuelan los alaridos de un pájaro, cada vez más fuertes, me preocupa que despierten al niño. Carmen Emilia señala un árbol, me dice que es un gavilán saraviado. Señala otro, y luego otro. También dice que es una lástima no saber cuándo un pájaro llora o canta. No digo nada. Me va a despertar al niño.

—¿Le gusta ser blanca? —Me pregunta rompiendo el silencio.

Paso la mano por el pelo del niño, le acomodo la camisa y le quito los zapatos verdes. El pajarraco no canta más. Miro a Carmen Emilia y le cuento un recuerdo.



La próxima semana es el Día de la Raza y nos toca hacer una obra de teatro en el patio grande del colegio, frente a todas. No sé actuar; sé fingir que tengo gripa, que me pica el cuerpo, que me duele el cuello, pero actuar no. A las tres y quince llegamos al salón de música, junto al jardín medicinal, para el primer ensayo de la obra. Color crema, sin ventanas y con un ventilador empotrado en la pared. El salón tiene espejos hasta en el techo, por eso las monjas nunca entran, tienen prohibido mirarse porque pueden ir al infierno por vanidosas. O por feas. Este año no hemos tenido clase de música; el salón quedó abandonado cuando el profesor murió de un infarto que no causamos nosotras con nuestros gritos desafinados, como él nos decía con esa voz de tenor.

Reunidas en círculo como indias frente a una fogata, Karol, que siempre saca las mejores notas, es la encargada de dirigir la obra y darnos las instrucciones. La seño Eloísa siempre la pone de ejemplo, incluso la deja cuidando al grupo cuando va al baño a echarse ese perfume que huele a flores de cementerio. Mirándonos por encima del hombro, Karol reparte unas fotocopias que explican cómo debemos vestirnos, dice que la historia ya la estudiamos en clase y debemos improvisar los diálogos, algo natural. Yo no sé improvisar, pero es la primera vez que me invitan a algo, así que no digo nada.

El bochorno de este salón hace que la ropa se me pegue a la barriga. Karol levanta una mano, dice que nos callemos y prestemos atención, que no repite. Se ha vuelto muy mandona.

—La seño Eloísa repartió los personajes. Yo seré La Conciencia, la voz más importante. Iré contando la historia de la obra, escrita por la seño, mientras ustedes actúan. Lina, Jimena, Jessica, Susana, Rocío y Neisy serán esclavas. Vanessa, Anny, Teresa y Andrea, las indias —dice Karol.

—¿Y yo? ¿A mí qué me toca ser? —le pregunto a Karol.

—Vos sos el español —responde con cara de mala.

—Ahhh, no. ¿Por qué yo? —digo mientras cruzo los brazos.

Se ríen a carcajadas, tosen, se agarran la barriga como las hienas de El rey león. Digo que me gustaría ser otra india o esclava, que me puedo pintar, que tengo un montón de collares de colores, pero no paran de reírse. Odio mi piel de lagartija, de hoja de cuaderno, por eso me toca el papel más aburrido y solitario. Ni siquiera sé cómo es un español. Tengo rabia, pero no lo demuestro, no quiero que me saquen de la obra ni que se vayan a enojar conmigo. Leo las instrucciones: las esclavas tienen que usar falda de boleros blanca, delantal y llevar una batea para cargar oro. Las indias, vestidos y collares de colores. El español tiene que usar pantalón negro, camisa blanca y un rejo de vaca en la mano. La Conciencia dice que hay disfraces para todas en el baúl, que nos vistamos porque en cinco minutos empieza el ensayo. Ella trajo su propio vestido

amarillo.

En el salón de música no hay baños. Nos quitamos la ropa unas frente a otras, y sacamos los disfraces del baúl. Las miro a través de los espejos: la piel de todas brilla; yo, un fantasma. Las esclavas se ponen faldas, se hacen trenzas y bailan como mariposas por todo el salón. Las indias, ya vestidas, se pintan figuras en la cara y se inventan palabras como «wakiuj», «miaje», «jijibú». Mi vestuario es un desastre: la ropa del español me queda grande, en el pantalón caben dos niñas y la camisa, para un gigante. Una de las esclavas me presta una tela de colores que uso como correa. Doy pena. Me recojo el pelo hacia atrás y me dibujo un bigote flechudo con la pintura de las indias.

Cuatro sillas en medio del salón simulan las chozas de las indias, una sábana amarilla es el río y el baúl es el barco en el que llegan las esclavas y el esclavista español. Estamos afuera del aula esperando la orden. Hago muecas porque el bigote pintado me pica. Escuchamos la señal: «¡Ya!», las indias entran primero y se sientan. Karol, La Conciencia, camina de un lado a otro con su vestido amarillo, habla con voz de diosa.

LA CONCIENCIA: Sol, tierra verde, pájaros. No existía la palabra «jaula». Las indias de pelo largo hacían canastas, trenzaban las hojas, peinaban niños piojosos. Se curaban los dolores con el permiso de las plantas.

(Las indias arrancan hojas de los cuadernos y las ondean mirando al techo como si fuera el cielo).

LA CONCIENCIA: La libertad murió cuando llegaron los españoles con sus espejos y sus caballos y sus oraciones castellanas. Las indias fueron sometidas a trabajos forzosos de sol a sol, pero no aguantaron. Las pobres murieron entre ramas secas, barro y jagua.

(Las indias se desmayan en las sillas, con la cabeza hacia atrás el pelo les cuelga como cascada).

LA CONCIENCIA: Los españoles, tan sabios, tan malvados, con su piel blanca como nubes, robaron África. Hicieron de las mujeres, esclavas, separándolas de sus familias y prohibiéndoles adorar a sus dioses. Las obligaron a trabajar día y noche, las golpearon y humillaron, dejándoles una cicatriz eterna con la que hoy nacen todas las negras.

(Las esclavas entran en silencio, amarradas por una cuerda, y se agachan junto al río. Buscan oro y cantan).

ESCLAVAS:

Y aunque mi amo me mate

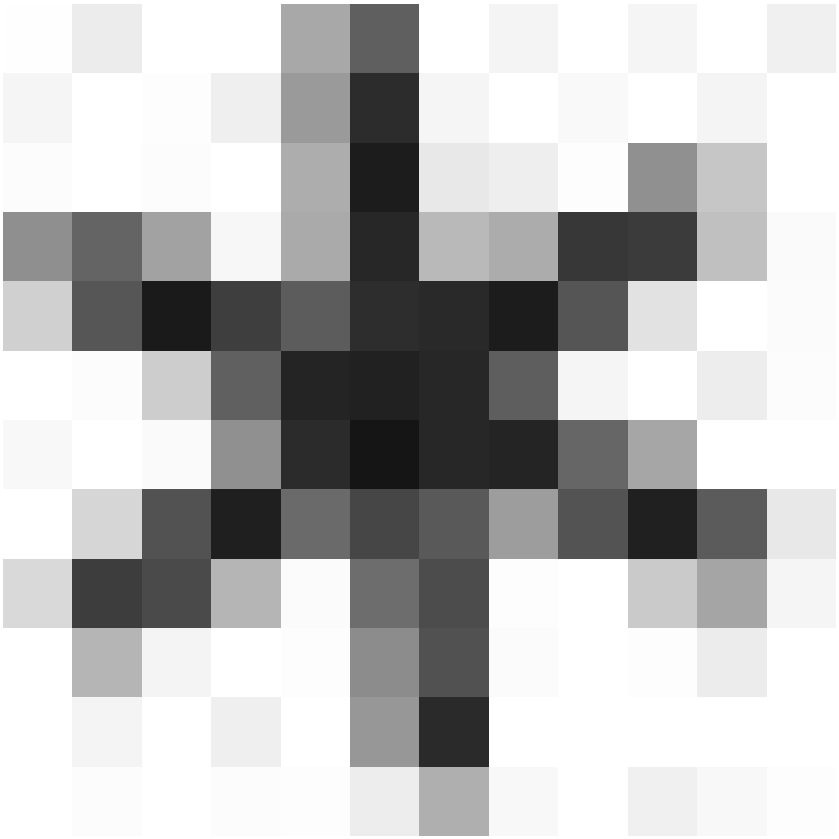
a la mina no voy

yo no quiero morirme

en un socavón.

LA CONCIENCIA: Las arrancaron como a una planta sin raíz. Les prohibieron pensar, mirar el sol y saborear la lluvia; tampoco podían soñar con una casa digna para sus familias. Eran del hombre avaro que las robó del amanecer africano. Sin tierra, las esclavas sólo tenían sus trenzas y el canto. El español les quitó todo. El español les quitó todo, dije…

Karol mira a los lados esperando que yo, el blanco español, haga mi aparición en escena e improvise palabras malvadas. Pero no lo hago. Me limpio el bigote con la manga de la camisa, doy media vuelta y me marcho. Soy blanca, pero no soy ningún español. No voy a maltratar a mis compañeras. Camino tan rápido como puedo. Karol se asoma y me grita que si no vuelvo me saca de la obra. Sigo caminando.



Carmen Emilia me detona recuerdos que no creí tener tan claros. Me escucha atenta, desde sus ojos curiosos y surcados de arrugas leves para su edad; fue hermosa, lo es: una belleza contundente, marcada, nada sutil. Salvaje. La corteza de un árbol que tiene años de vivir entre la selva y conoce los secretos. No puedo mentirle y le sorprende que le cuente más de lo que pregunta, aunque intenta disimular. Dice que los niños son justos, nacen con la historia en la piel y las palabras puras, sinceras. Luego crecen y se echan a perder, se pudren. Que no me preocupe, que no parezco un español. Pero que la historia pesa y el blanco es blanco, hasta los nacidos en este país llegan aquí a tomar lo que no es suyo. A construir casas, montar negocios para que el negro les trabaje. Ellos que sí pudieron estudiar porque vienen de afuera. Dice que lo peor, después de todo lo que cuentan los libros de historia, es que a esta tierra todavía no

llegue agua potable ni educación.

La historia, como dice mi recuerdo, es una herida con la que nacemos todos. Nunca alcanzaremos a pagar lo que ha sufrido el pueblo negro. Su hostilidad, el miedo, el desprecio tienen una causa profunda, añeja. Consecuencia. Cuando era pequeña las niñas hacían chistes acerca de mi cuerpo, pero nunca fue un rechazo, todo lo contrario: me untaron de ellas, me enseñaron a bailar con sus faldas, intentaron meter ritmo en mi piel. Mientras una niña me movía la cintura, otra hacía una trenza con mi pelo, para que se me quitara lo simple, eso decían.

Mi niño, nada simple, se remueve en la silla de la canoa. Tiene pesadillas. A veces sueña que lo persiguen tortugas gigantes y le muerden los pies. Se despierta llorando. Lo abrazo y le pregunto si tiene hambre. Un viaje en canoa, más de una hora, no es un plan divertido para un niño. Saco una bolsa de ciruelas y le invento un juego: ponerle un nombre a cada una antes de morderla. Se limpia las lágrimas y sonríe. Se sienta entre Carmen Emilia y yo con las ciruelas maduras y los ojos empiyamados. Dice: Rubiela. Jacinta. Ester. No sé de dónde saca los nombres, no conocemos a nadie que se llame así. Continúa: Fulgencio. Catalina. Andy Rocío. Angosto. Augusto, corrijo. Dice que no, que Angosto. Y Runi. Bomberto. Ismelda. Jonsefo. Vintor. Amalina. Cirueldo.

No nos ofrece. Una a una, la carne de las ciruelas nombradas desaparece. Las pepas a la bolsita. El niño me mira con cara de ya terminé el juego, ahora qué. Carmen Emilia le dice al niño que no se puede quedar con las pepas, que toca sembrarlas para que crezcan más árboles de ciruela. Me mira buscando la aprobación muda que le doy y luego dice que sembrará las pepas en el río. Desde la banca comienza a tirarlas con su fuerza de niño, las pepas caen al agua mientras él repite: Angosto. Runi. Bomberto. Ismelda. Jonsefo. Vintor. Amalina. Cirueldo.

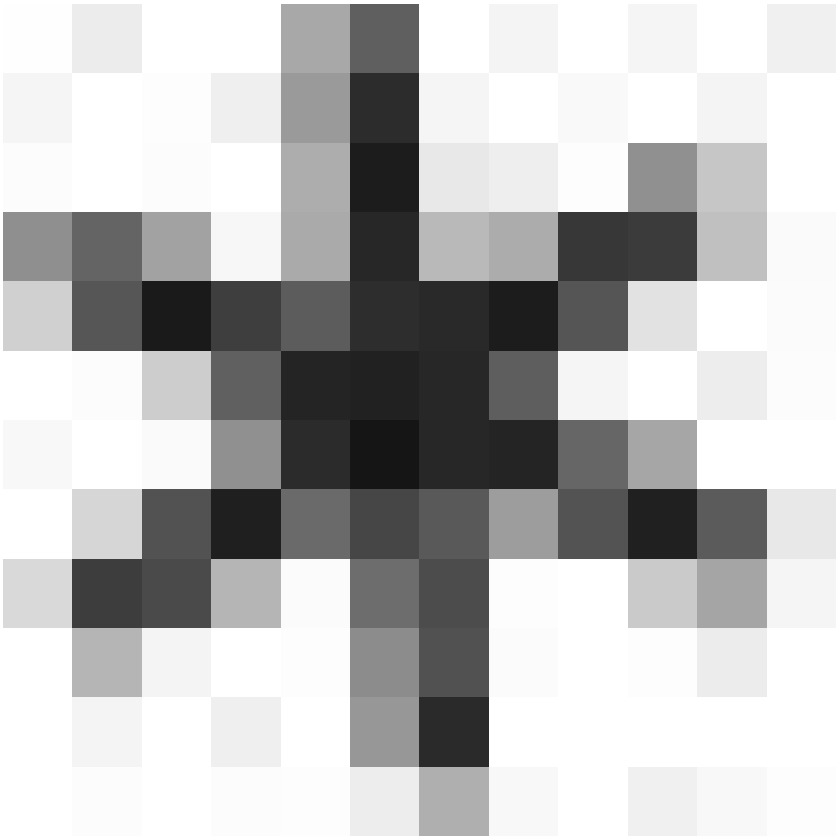
Ser mamá: inventar juegos de sol a sol. Mientras cocino le cuento historias: el runrún de la licuadora es un monstruo de tres cabezas: una come borojó, otra, maíz; y la tercera piña. La olla a presión, una tortuga ciega; el cuchillo, dientes de cocodrilo; la nevera, la

Antártida donde a veces guarda el pingüino de tela. Él también inventa: la caneca donde echamos la ropa sucia es una fuente y por cada prenda que tiramos allí podemos pedir un deseo. El último juego del día se llama dormir.

Carmen Emilia se levanta, atraviesa las filas y se detiene atrás, junto a la conductora. Conversan como si se conocieran de años. Se parecen en la boca, en las sandalias, en la forma de poner las manos en la cadera cuando hablan. El pelo grueso y apretado. Me arrugaré en un par de años, pero ellas no, son más fuertes que las frutas, no le temen al tiempo. Envidio la forma como atraviesan la tela. La dominan y conceden misticismo a los boleros de faldas y vestidos, a los accesorios de la cabeza, al color amarillo, que a nadie más le va. En cambio, mis telas cuelgan como plumas mojadas, intentan disimular lo que me tocó ser.

El niño me entrega la bolsa ya sin las pepas de ciruela y se limpia las manos en los pantalones. «Auch, me duele la espada», dice tocándose el cuello. Es muy pequeño para ir metido en una canoa con desconocidos, sobre tanta agua, a merced del sol y la lluvia. Pregunta si falta mucho, si a donde vamos tendrá una cama para él, si la conductora ronca. «Auch», dice de nuevo y lo abrazo mientras le sobo la espalda y el cuello, y le beso la cabeza hasta que se queda dormido.

Carmen Emilia me hace volver a mi niñez. Insiste en remover el pasado y en llevarme a las profundidades. Ojalá se quedara junto a la conductora el resto del viaje, pero sé que volverá a preguntar por él. Todos en la canoa vamos inventando una historia: qué decir cuando lleguemos a Bellavista.



—¿Ya casi llegamos? —le pregunto a mi papá.

—Sí, ya casi —responde.

—Hace muchos ya casi que ya casi —digo en voz baja para que mi mamá no oiga. Me regaña por contestona.

Ser grande es aprender a leer el reloj para decir: ya casi.

Mi papá me da una naranja muy grande. Que no es una naranja, es una toronja, me dice luego.

—¿Qué es una toronja? —le pregunto.

—No es una naranja, ni un limón, ni una mandarina, pero se

parecen. Son de la misma familia. Si fueras un limón, tus primas serían toronjas.

Hace mucho que nos comimos el fiambre que nos empacó la abuela y sólo queda un saco de toronjas. Tenemos tanta hambre que parecemos más flacos. Ya no vamos tan apretados en la parte de atrás de un Willy rojo que anda de lado, como la sonrisa de un viejito sin familia. Me gusta que el carro tenga nombre de ballena: Willy. Willys, corrige mi papá. Willy, repito yo. Él se rinde y, metiendo sus canas dentro de una gorra café, me dice que más adelante nos compraremos un Willy de estos.

Yo quería que la abuela viniera con nosotros, pero se quedó en ese pueblo frío donde vivimos hasta hoy. Tuvimos que dejar todas nuestras cosas porque a este Willy sólo le caben un par de maletas con ropa. Aquí no hay espacio para una abuela, y menos como la mía que es muy gorda. Además, dijo que no podía abandonar sus plantas, que el abuelo sólo se preocupaba por los caballos, y es verdad. Yo misma lo he visto llegar, quitarse las botas de cuero y pasar junto a las plantas del patio en busca de melaza para los caballos. A las matas, ni las mira. A la abuela menos. Por eso no me habría importado cambiar a mi hermano por la abuela y que viniera ella en vez de este niño que no hace más que llorar. Mi mamá le dice que, si sigue llorando sin razón, le va a dar razones para que llore. Mi papá le pide al chofer la navaja. Abrimos una toronja con la misma emoción que abrimos los regalos en Navidad. A mi pobre hermano le caen gotas de toronja en los ojos y ahora sí empieza a llorar con razón.

Pasamos junto a un letrero que dice: «Bienvenidos». Mi mamá se peina con las manos y nos avisa que estamos llegando. Le suena los mocos al niño, le acomoda la gorra a mi papá y a mí me dice que me siente derecha. Yo también intento peinarme, me miro en las ventanas del Willy, pero no se ve nada porque son de plástico. Ya no tengo que preguntar cuánto falta. Ya no me da miedo que el Willy se vaya a salir de la carretera. Ya empiezo a ver limones en vez de toronjas.

Una tía nos da la bienvenida. ¿Quién más sino una tía? Todo lo que no es papá, mamá o hermano es una tía. ¿Cómo están?, ¿cómo les fue?, ¿ya comieron? Casi respondo a la última pregunta. Bajamos

las maletas del Willy. Mi papá habla con el chofer y mi mamá entra a un edificio con la tía y mi hermano, que ya no llora.

Me quedo como estatua mirando los palos de limón que hay en la calle. Camino hacia uno de ellos y veo que las hormigas suben por el tronco en fila india, tan ordenadas como los niños de una escuela cuando hay misa o están repartiendo comida. Cargan pedacitos de hojas. Al final de la calle se ve la línea de un río. Antes de partir a Quibdó, la abuela le dijo a mi mamá que cuando llovía mucho el río inundaba las casas, que a la gente se le mojaban los muebles, las camas y la ropa. Y que, en Bellavista, a donde iremos después de pasar unos días aquí, el río se sube hasta la iglesia. Siempre he querido aprender a nadar, pero un río es un río, no una piscina. Menos mal que mi tía vive en un edificio muy alto de tres pisos y si el agua se sale no nos mojamos. En este lugar, hasta los techos de las casas son verdes. Hay uno, dos, tres, muchos árboles. Busco a mi papá con la mirada: sigue hablando con el chofer del Willy. Cuento cuatro, cinco, seis. Hay niños trepados en los árboles, ¿qué hacen ahí? ¿Están comiendo limón? Son niños y tienen un color de piel diferente al mío, más brillante, más bonito. Algunos están descalzos. Otros llevan sandalias, pantalones cortos y camisetas con huecos para el calor.

Uno de ellos me tira un limón en la cabeza. ¡Auch! Lo miro y señala las toronjas. Me pregunta qué son. Le digo que no son naranjas, ni mandarinas, ni limones. Pone cara de viejito sin familia. Luego baja del árbol y se va tras una señora que lleva una bolsa de plástico repleta. La señora camina de lado y pienso que todo está de lado desde que salimos de la casa de la abuela. El niño alcanza a la señora: «Seño, ¿le ayudo?». Ella lo mira, saca una moneda de su pecho, se la entrega y él se monta la bolsa en la cabeza. Caminan juntos muertos de la risa. Bueno, en realidad sólo el niño se ríe, la señora tiene cara de limón y para cada tres segundos a comprar una zanahoria aquí, un tomate allá. Aguacates no compra. Dice que la última vez le salieron malos.

Me gusta este lugar porque el sol es más grande que el de nuestra antigua casa, hay más árboles y más niños; a veces me canso de jugar con mi hermano. Tengo calor y me pica la piel. El Willy rojo se va dejando la calle llena de polvo. Mi mamá grita desde el balcón

que ya está el almuerzo, que compremos un aguacate. ¿A mi mamá no le da pena gritar por un balcón ajeno? Una casa es cualquier lugar donde haya una mamá gritando. No compramos el aguacate. No tenemos plata. Mi papá levanta la maleta con la mano derecha y deja la izquierda para las toronjas. Siempre dice que puede con todo, pero aquí voy tras él, recogiendo las toronjas que van cayéndose del saco.

2

El niño es niño en todas partes, no se cohíbe, no siente vergüenza, no huele el peligro. Sólo el sueño o la comida le roban espacio al juego. El niño arma una casita a dondequiera que va. El niño, mi niño, se despierta con energía nueva y pasea el pingüino por la pared de madera, le susurra «pórtate bien»; le promete que, al llegar, le comprará unas gafas de sol.

Entre agua, motores y chillidos de pájaros, escucho «permiso, déjame pasar, gracias». Carmen Emilia vuelve a su puesto, bajo un sol implacable, con media cabellera trenzada. Sonrío. Recuerdo que hace muchos años, una tarde de lluvia en Bellavista, le pedí a mi mamá que me hiciera las trenzas que llevaban muchas niñas de mi escuela. Ella sólo sabía hacer coletas. De tanto insistir me hizo cuatro trenzas deformes que me dejaron un dolor de cabeza punzante y la risa de medio salón de clase.

—La conductora no me alcanzó a trenzar el otro lado, que vamos a parar en La Comilona y se tiene que concentrar en la canoa —dice Carmen Emilia— ¿Le gustan las trenzas?

—Sí —respondo.

—¿Quiere una? —pregunta con una generosa sonrisa.

Las costumbres simples permanecen: nadar en el río, cocinar arroz con queso o trenzar a una vecina. Las trenzas unen a la dueña del pelo y a quien lo trenza en una complicidad íntima; la trenzada deja ver sus raíces, se arrodilla ante otra para que disponga de su fuerza y encanto. La trenzadora es responsable de crear caminos, ríos, salidas en el pelo de otra, unirla a todas las mujeres que han sido trenzadas en la historia.

Dejo el bolso en la silla y me siento en el suelo de la canoa, entre las piernas de Carmen Emilia. Es mi juego, juego de adulta, le digo al niño, que se sienta a mi lado y se toca la cabeza. No tardará en pedirme que le haga una trenza. Se recuesta en mí, el pingüino se

escapa de sus manos, el niño duerme.

—¿Cómo la quiere?

—Mucho. Yo también lo quiero mucho —respondo acariciando al niño.

—La trenza, ¿cómo la quiere?

—Ah. Larga.

En algunos puntos la tierra emerge y divide al Atrato en dos. Aparecen pequeñas islas, obligan a la conductora a decidir qué camino tomar. Decisiones. En estas islas, la hierba crece como el pelo de un perro callejero, bañado por la lluvia a las diez de la mañana y a las cuatro de la tarde. Húmedas, deshabitadas, islas que no son de la tierra ni del río. Son de ellas mismas.

Carmen Emilia me peina con los dedos, insinúa que mi pelo está reseco o tengo mal de ojo. Dice que la solución es licuar sábila con agua de romero, que me haga una mascarilla de vez en cuando. Luego toma la actitud de una madre: firme, seca y mandona. Me pide que aguante hasta el final y saca uno de esos dichos que usan para explicar todo lo que duele. Carmen Emilia comienza a tejerme el pelo por encima de la oreja derecha, cruza los dedos, mueve mechones de un lado a otro como quien sabe el camino y no teme perderse. El ritmo de las negras atrateñas al bailar y arreglar el pescado. Con ese ritmo arrancan hojas de sauco, tejen sombreros, exprimen limones. Enseñan a los niños a escribir. Bailando se limpian las lágrimas y rezan los domingos.

Tengo sueño, el trenzar de las manos de Carmen Emilia me arrulla. Una caricia. ¿Algún día seré tan señora, tan fuerte como ella? El sol queda tras un par de nubes, sombra refrescante. A pesar del ruido de los motores, me escucho parpadear. Cuando estoy a punto de rendirme, Carmen Emilia habla.

—¿Y el papá del niño?

—No lo quiso, eso dijo la madre.

—¿Y por qué no le consiguió uno usted, para armar una familia? —

insiste.

Un pelo se revienta. Me duele, no me quejo ante ella. Aprieto los dientes y respondo que la única opción de padre que tuvo el niño se desvaneció, se fue como el alcanfor, quizá porque nunca estuvo en mis planes compartirlo con nadie más.

Las preguntas de Carmen Emilia llegan con el desorden de los recuerdos. La canoa avanza. El río se hace estrecho, las hojas de manglares y palmas nos cubren del sol, aves de cola azul vuelan sobre nuestras cabezas. Otras miran desde los árboles. Los pasajeros van dormidos o rezando. Junto a la trenza pequeña, Carmen Emilia teje otra igual, otra y otra más. Pierdo la cuenta. Por miedo o para no dormirme, al fin le cuento:

—Después de terminar el colegio, mis papás y yo dejamos Bellavista. Ellos se fueron a otro pueblo, donde nace el Atrato, y yo me quedé en Quibdó. Quería estudiar. Aprendí a cortar madera, trabajé varios años haciendo marcos para cuadros y flores artificiales con retazos. Cuando tenía una buena parte ahorrada para estudiar, Gina, una mujer que había sido vecina mía en Bellavista, tocó a la puerta y se entró a mi casa llorando con un bebé en brazos. Lo acostó en mi cama, dijo que no podía cuidarlo, que ya tenía tres y no le alcanzaba la comida. Me dejó al niño envuelto en una manta amarilla.

—¿Y no le dijiste nada a la mujer esa? —dice mientras termina la cuarta trenza pequeña.

—Me quedé sin vocales. Ella me abrazó y se fue dando un portazo que reventó el llanto del bebé.

—Ajá, eso es normal aquí. Pero no me has dicho nada del hombre aquel —dice mientras arma una trenza más grande.

—El hombre aquel siempre llegaba tarde y con el pelo revuelto, tenía una forma particular de amar las esquinas del cuerpo, de mantener la calma, de cuidarme. Pero mi vida se llenó del niño. «No sé dónde ponerte», le dije una noche. Desapareció antes del amanecer.

—Lista la trenza —concluye dándome palmaditas en la espalda.

Oigo un cantar de río, la conductora desde el mando:

Jala Jala mi negrito

la teta e tu mamá,

el negrito jala y llora

porque nada le bajará.

La mamá no tiene leche

Porque en ayunas está

Pero le bajará gota a gota

La sangre e la mamá

La carretera de Quibdó al Carmen de Atrato, donde nace el río, es una línea de curvas peligrosas. Angosta, llena de huecos; el miedo se asoma por la derecha: peñascos, árboles más cerca del infierno que de la carretera. A Bellavista sólo se llega por el río. Si la conductora se quedara dormida, podrían pasar dos cosas: la canoa seguiría derecho, se montaría a la tierra, los manglares se enredarían en la ropa y nos arañarían las mejillas. Un susto. Cargaríamos la canoa entre todos, menos el niño, para devolverla al agua. Carmen Emilia se quejaría por tener que enterrar sus sandalias en el lodo. Pero si la tierra no estuviera al nivel del río, chocaríamos contra una pared ocre escondida tras los ramales. Señoras, frutas y un niño volarían por los cielos hasta caer al agua. Descubriríamos que los chalecos no sirven, mi trenza se mojaría, perdería al niño entre los remolinos que se forman en las profundidades del río.

Sol. Nubes grandes. Sol. La conductora baja la velocidad, coge una curva acercándose a la izquierda del Atrato, donde aparece un

pequeño muelle junto a una caseta de madera y techo de zinc. La conductora apaga los motores y nos acerca. Paso los dedos por mi cabeza: cuatro caminos pequeños desembocan en una trenza mayor. El pelo baja tejido hasta la mitad de mi espalda, sobre la columna. Un río en mi cabeza. El niño se despierta. Al verme, se echa a reír, me dice:

—Pareces un dinosaurio.

Lo beso adivinando cómo besaban los dinosaurios y la risa del niño remplaza el ruido de los motores apagados. Esa visión del pelo me recuerda a la que tuve muy pequeña, cuando el pelo afro, la copa de los árboles y las nubes cargadas de agua me hacían sentir en casa.

No hay un caserío ni un pueblo en este lugar escondido entre la selva. Apenas hay un muelle, una caseta que mira hacia el Atrato y tres casas de madera pintadas de naranja. Una flor salvaje entre tanto verde. La caseta, pequeña como un quiosco de periódicos, con una tabla que dice: La Comilona. La conductora nos pregunta si queremos comprar: agua, galletas o panelitas. Murmuramos algo diferente al tiempo. El ayudante sube al muelle de madera enmohecida y, con una cuerda gruesa, ata la canoa a un tronco. De la caseta despintada y oxidada, sale una niña gorda con un flotador alrededor de la cintura y nos grita:

—¡No hay!

—¿No es hoy que llega la barcaza con comida? —pregunta la conductora desde la canoa.

—La pararon cerca de Sanceno. Que esa gente se llevó todo, dijo mi mamá.

Con la mano derecha en la cintura y la izquierda al aire, la conductora pregunta si alguien quiere ir al baño. Soy la única que levanta la mano, le digo al niño que me acompañe. Carmen Emilia se remueve en la silla, sugiere que lo deje sentado. Ella lo cuida, claro. Le digo que no, gracias. Necesito que alguien me cubra con

una toalla. Después ni me cubre bien porque él no deja de mirar a la niña del flotador. La conductora también se baja de la canoa, atraviesa el muelle y se para frente a la niña que no desampara la puerta de la caseta.

—¿De dónde sacaste eso? —le pregunta la conductora a la niña sin quitarse la mano de la cintura. Parece que hubiera nacido así.

—Lo encontré el domingo bañándome en el río. Me lo puse hace un rato, pero no me sale ni con jabón.

El niño y yo pasamos junto a la conductora. Nos escondemos tras la caseta. Nadie puede vernos pero, por si acaso, seguimos con el plan. El niño me da la espalda, se pone la toalla como una capa de superhéroe y cuando digo «¡listo!», la abre como si fueran dos alas. Me dice, entre los dientes, que no le vaya a mojar los zapatos como la otra vez. La risa me corta el ritual. Me duelen las piernas, no tengo equilibrio, intento pensar en cascadas.

—¡Concéntrate, ma! Me duelen las manos.

El niño empieza a torcer la toalla, me van a ver. El calor me sube hasta la cara, estoy roja.

—¿Ya? —pregunta.

—No —respondo.

Pregunta dos veces más y, a la tercera, le digo que cuente hasta diez.

Termino, doblamos juntos la toalla y caminamos hacia la entrada de la caseta. La niña y la conductora intentan sacar el flotador preso por la barriga infantil. El niño, creyéndose muy astuto, se mete a la caseta sin permiso de la vigilante en apuros.

—¿Entonces no hay nada? —pregunta el niño desde adentro. Veo su cabecita moverse de un lado a otro, buscando.

La niña grita que nadie puede estar allí sin permiso de su mamá. Entra, las dos cabezas se mueven, hablan en voz baja. Le pido al niño que salga. Primero aparece la niña con una lata de sardinas y

un pan redondo en una bolsa transparente.

—Queda esto —dice ofreciéndome también una sonrisa mueca.

La conductora, que había desaparecido hace un momento, regresa de la canoa con una bolsa llena. Alcanzo a ver un par de plátanos y arroz.

—Mientras llega la otra barcaza —dice la conductora dejando la bolsa en el suelo, junto a la niña—, llévale esto a tu mamá. La niña agarra la bolsa y se va enseñando los dientes que le quedan, aún con el flotador atascado.

Entro a la caseta por el niño, me espanta con un grito.

—Señora, no puede entrar.

—Perdón, señor. —Salgo y le hablo por la ventana.

—Perdonada… ¡Dígame! ¿Huevos? ¿Cuántos quiere?

—No vengo a comprar huevos.

—Mejor, porque no hay.

El niño corre hasta la canoa, que ya tiene los motores encendidos. Al regreso quizás pasemos de nuevo por La Comilona y la niña no tenga el flotador atascado. Volvemos al río como quien vuelve a la pista de baile y se deja llevar por el ritmo. Carmen Emilia nos recibe con un regaño. Nos tardamos mucho, la gente tiene hambre y uno de los pasajeros va a perder una cita que tiene en el próximo caserío.

—¿Cita de qué? —pregunto.

—¡Qué voy a saber yo! No soy imprudente. ¿Por qué no le pregunta usted?

—Ni siquiera sé de quién estamos hablando.

—El de la tercera fila, de sombrero. No mire todavía.

Miro y él me mira, entonces miro a Carmen Emilia y ella mira hacia el río.

—Parece triste —susurro como si eso compensara mi imprudencia. O la de ella.

—Está viejo.

—Quizá se arrugó estando triste y aunque esté feliz se ve así.

—¿O estará borracho…?

El niño grita «¡Borracho! ¡Borracho!» y la conductora, que tiene visión privilegiada —de la canoa, el río y el futuro—, responde que quién está borracho, que está prohibido, que si se cae al agua ella no responde. Arma un escándalo. Se agarra del vestido como el niño se agarra al mío cuando tiene miedo. La tela como resguardo. Coserla, plancharla. Que no se rompa, que no le caiga cloro, que no se encoja, que no me engorde y me toque cambiar de tela. La conductora abre las manos, libera el vestido y sigue gritando: «¡No nado desde que tenía veinticinco, Jesús! ¡Ay, si se cae! ¡Levante la mano el borracho! ¿Dónde está el borracho?». El niño se pone de pie y levanta las dos manos. No sé si el viejo triste se ríe o solloza. La conductora me grita que siente a mi borracho en la banca y le dé un mango para que no moleste. Él solito saca la fruta y se sienta en el suelo a morderlo como puede. Tiene un diente flojo hace tres días.

—Ma, se va a caer.

—No, niño, no hay ningún borracho, nadie se va a caer —dice Carmen Emilia.

—El jiente —responde el niño señalando el diente flojo. Los demás, amarillos, cubiertos por el afrecho de mango.

—Ay, mirá los dientes, parece eso que cuelga de los árboles, ¿cómo es que se llama? —pregunta Carmen Emilia.

—Pues mango —dice el niño con aires de sabiduría.

—No, lo otro que parece pelo de bruja —insiste.

—Pelo de bruja. O barba de viejo —digo con la humildad del niño.

—¡Melena, melena! Eso decía mi mamá —grita Carmen Emilia.

—¿También tiene mamá? —pregunta el niño. La miramos, queremos su historia, pero ella responde:

—¿Cuál es el jiente flojo?

Las nubes de los atardeceres atrateños son naranjas o rosas, si están muy cargadas de agua, grises. El calor baja con la caída del sol, pero el sofoco nunca nos abandona, la piel pegachenta y el sudor en el bozo es constante. Pienso en el cuarto diente que renuncia, naturalmente, a la boca del niño. Ya somos expertos. El primero se le cayó cuando tenía cinco y medio. Una noche se apareció junto a mi cama y me dio tres toquecitos con el dedo índice en los labios.

—Ma, algo se mueve.

—Es el viento.

—¿Dentro de mi boca?

Encendí la lámpara, tomé una lupa de mi mesa de noche y miré su primer diente flojo. Con la lengua, el niño movía adelante y atrás uno de los incisivos superiores.

—¿Qué hacemos? —dije mirando a través de la lupa.

—Tú eres la mamá —respondió.

—Pelo de mamá, piyama de mamá, manos de mamá. Tienes razón, soy la mamá.

Lo cargué hasta la cocina. De la nevera saqué dos helados de coco y me senté en el banquito rojo. Él, en el suelo.

—El que primero termine gana una sorpresa —dije mordiendo el helado.

Minutos después, con el diente en la mano, el niño estaba reclamando su premio. Le dije que tendría que ponerlo bajo la almohada y esperar tres días. Como era tan pequeño, no sabía que con un día era suficiente para el Ratón Pérez. Pero yo, delegada del ratón, necesitaba eso, tres días para armar un par de ramos de flores artificiales, y vendérselas a alguna señora encopetada para comprarle el regalo.

Los últimos años los he pasado enmarcando cuadros. Los árboles, el color del río y la canoa, me recuerdan las entregas que tengo pendientes: una foto muy grande de una mujer muy embarazada, la pintura de tres aves del paraíso en un jarrón demasiado pequeño para ellas, un bordado en punto de cruz con la imagen de un caballo. Con la plata de esos tres marcos le compraré al niño zapatos nuevos, otros zapatos verdes. Cuando el niño se antoja de un juguete —y no tengo dinero en ese momento—, me invento visitas a casas de vecinas y viejas amigas. Me apodero de sus paredes, reparo en sus cuadros y sugiero que es hora de cambiarlos, que se pueden caer en cualquier momento, que es de mal agüero tener marcos rotos. Algunas me han preguntado si eso no ocurre sólo con los espejos. Me escandalizo como una actriz de teatro y les digo que la mala suerte de los marcos puede doblar la de un espejo. Tengo éxito. Ellas estrenan marco y el niño juguetes o zapatos o libros de cuentos.

Pedazos de madera esparcidos por toda la habitación, serrucho, martillo, escuadra, puntillas sin cabeza y cartón: para los cuadros. Tijeras, telas de colores, velas, pintura, cinta, alambre y pistilos artificiales: para las flores. Mi taller funciona en el garaje de la casa. Allí paso la mayor parte del tiempo. Me sumerjo cortando la madera, tallando, a veces, depende del cliente, figuras de flores diminutas. Una foto o pintura sin marco está ingrávida y sola. Incompleta. El marco acompaña, protege y valida. El marco como homenaje.

3

Una nube gris nace del centro de la selva. Carmen Emilia, despreocupada, dice que deben estar quemando basura. La conductora baja la velocidad. Vemos a dos monos tití que juegan entre los árboles, gritan a todo pulmón, buscan comida. El tití pequeño se aferra a la espalda del tití grande, juntos se balancean agarrados de las ramas de un abarco joven. El niño los mira y se ríe inocente. Intento soltar el miedo, tener una actitud de paseo. No puedo, vigilo que no aparezca ninguna lancha extraña, que no haya troncos a punto de caerse, que los pájaros no lo muerdan y la conductora no se duerma.

Miro el humo gris entre las nubes pintadas de atardecer.

—Ma, ¿la conductora se llama Alba?

—No.

—¿Alma?

—No.

—¿Ana Francisca?

—No. Esas son tus profesoras.

—¿Puedo preguntarle cómo se llama? —me susurra al oído.

Una lancha gris, de dos motores y carpa negra, pasa junto a nosotros en dirección contraria. Es más pequeña que nuestra canoa. Sólo alcanzo a ver la ropa verde de los pasajeros, hombres con pañuelos rojos amarrados al cuello que no bajan la mirada y tampoco saludan. Nos dejan atrás en segundos. El niño grita adiós y agita la mano. No se lo impido, no podría explicar por qué no debería saludarlos.

Decidido a saber el nombre de la conductora, se pone de pie, se

acomoda el chaleco antes de que yo lo haga y me dice que ya vuelve. Pide permiso en cada fila, los pasajeros le dan la mano, lo sostienen mientras pasa de banca en banca. Se me enfrían los pies y me sudan las manos. El niño pasa las cinco filas sonriendo y se acerca a la conductora. Me mira y habla. Me señala y habla. ¿Qué le estará diciendo? ¿Que yo lo mandé a preguntar el nombre? ¿Que si es profesora? ¿Le pregunta por el humo? La conductora sonríe, le pasa la mano por la cabeza y llama a su ayudante: «Amable, vení acá». Y Amable, que está en la tercera fila, intentando prender un radio más viejo que el motor, va de inmediato.

Amable podría ser hijo de la conductora. Si lo fuera, habría respondido «ya voy», habría hecho caso al tercer grito. Por el brillo en los ojos y el ritmo al andar —como le han dicho que caminan los hombres valientes—, Amable tiene diecisiete o dieciocho años. La conductora le habla, pero el río no me deja oír ni alcanzo a leerle los labios. Es la primera vez, en todo el viaje, que el niño se separa de mí. Me acomodo el chaleco salvavidas para disimular y susurro un verso, una oración que me quita el miedo: «Y sobre todo mirar con inocencia. Como si no pasara nada, lo cual es cierto», escrita en el revés de una antología que duerme en mi mesa de noche, que también es la del niño. Poesía y cochecitos, cosas a las que das cuerda una vez y andan solas por la casa durante un rato.

Amable toma al niño de la mano y se sienta con él en la tercera fila. Yo en la primera. Le dice que mueva la perilla del radio hasta que agarre señal. Me tranquiliza escucharlo, estoy a una persona de él, nos separa una señora. El radio no funciona, pero los sonidos del río empiezan a mezclarse con cantos de mujeres que llegan de la selva. Tras una curva, aparece el lugar.

El humo sobrepasa la copa de los árboles. Todos miran la nube gris y yo los miro a ellos. Volvemos a ser niños cuando miramos al cielo. Y cuando hay peligro. La conductora apaga el motor y deja que el río nos acerque al puerto de Beté. Actúa como si todos tuviéramos la edad del niño cuando dice que no nos bajemos hasta que nos avise.

En el puerto hay una barcaza oxidada y dos canoas pequeñas

cargadas de chontaduros. Cuando la canoa se pega al muelle, Amable estira la mano, se agarra a un tronco y enlaza una cuerda gruesa. Amarra la canoa como si fuera un caballo de pueblo. Mientras espero la orden, miro a las cantaoras: tres mujeres que sacan agua del río en baldes. Trenzas hasta la cintura. Tras ellas una fila de mujeres cantando y pasando agua. Parece más un ritual de luna que un incendio.

—Ma, ¿a qué están jugando?

Carmen Emilia toma la mano del niño y le dice que hubo un incendio, que las señoras cargan agua y cantan para que llueva, que todas las casas son de madera y que, si se quema una, se queman diez. Pero que ese humo tan oscuro significa que ya no hay fuego, que sólo queda enfriar los carbones para que no se prendan otra vez. Todos en la canoa escuchamos y asentimos mirando al cielo.

La fila de mujeres entregadas al canto se pierde en los matorrales. Desde el muelle sólo veo árboles y un par de techos de zinc, seguramente recalentados por el sol del día. Nos bajamos de la canoa en silencio y enfilamos en dirección al humo. Amable se queda en la canoa cubriendo los asientos sin techo con un plástico negro, por si los cantos dan resultado. Las gemelas caminan abrazadas, despacio, cuentan los pasos. Una de ellas, Rossy, hace muecas de dolor, quizás es por el humo que se mete a los ojos, garganta y pelo.

El niño se tapa la nariz, imita a Carmen Emilia. Sigo el ejemplo de ambos mientras dejamos atrás el río. Luz de las seis de la tarde. Un camino de arbustos, empedrado, nos lleva hasta la calle principal de Beté. Encontramos dos filas de casas. A la izquierda: siete casas quemadas, un hueco, y tres casas más, intactas. A la derecha: diez casas enteras. La gente en la calle corre de un lado a otro entre el cementerio de madera carbonizada, sillas de plástico derretidas, colchones, ollas ahumadas, un pedazo de un libro escolar que no terminó de quemarse. Con el niño agarrado a mi mano, me separo del grupo y camino hasta la primera casa quemada, donde un hombre, arrodillado, escribe con un cuchillo en un pedazo de madera: Juan Paulino.

Me arden los ojos, el niño llora, también le arden por el humo y el sueño. El incendio consumió varias casas de madera y una peluquería; la casa que funcionaba como hostal fue la tercera en quemarse. Se lo cuenta una niña a otra, intenta abrir el cajón de una mesa de noche tiznada. Otros pasan cargando colchonetas y cobijas. Alegan que ahora ni los noticieros cubren sus desgracias y la ayuda de Quibdó no es suficiente.

La conductora se acerca al señor que escribe nombres sobre la madera quemada, se arrodilla junto a él bajo el cielo oscuro, hablan un par de minutos. Al regresar nos dice que vamos a distribuirnos en las casas del pueblo. Sugiere buscar dónde pasar la noche, levantarnos temprano, ayudar en lo que podamos y partir a las dos de la tarde. Todos asentimos excepto Carmen Emilia, que se separa del grupo y echa a andar hablando entre los dientes.

Beté es grande, una ciénaga. El incendio quemó casas en la calle principal, la única del caserío, donde vive la mayor parte de la población. Los más tradicionales y los embera, que cuidan con recelo el conocimiento ancestral, siguen asentados en la selva y aparecen una vez por semana en el pueblo, los domingos.

La noche nos cae encima, Amable y la conductora conocen el pueblo y la ciénaga completa. No están preocupados, dicen que aquí todos se ayudan. En las comunidades ribereñas, primo, vecino, compadre, hermanito: son familia. Siempre hay alguien llegando o partiendo a otro pueblo a través del río. Y el pescado se comparte. Caminamos en fila india con distancia imaginaria. Está oscuro, ranas y grillos cantan. Las serpientes, como brujas, se esconden para atacar sólo si las molestan. Junto a las casas que no se quemaron arrastramos el paso, contagiados por la tristeza ajena, confundidos e inoportunos.

La conductora va dejando personas en las puertas como si fueran envases de leche, huevos o el periódico del día: nos detiene a un par de metros, toca, habla con la señora que abre —siempre es una señora— y luego elige a uno de la fila: «Vos dormís aquí». Carmen

Emilia no espera, se cuela en una casa rodeada de palos de limón, custodiada por una virgen y dos velas apagadas. «Aquí me quedo yo», grita a través de una ventana, y desaparece. Amable se queda en casa de una chola de pelo negro, collares ancestrales y tetas al aire, que carga un bebé desnudo.

El niño, la conductora y yo somos los últimos. Al final de la calle, una casa de puerta ámbar. La conductora entra gritando: «¡Seño Neida!». Espero. De mi brazo derecho cuelga el bolso y la maleta, con la mano izquierda agarro al niño. Abriéndose camino entre el vestido y mi espalda, las gotas de sudor me hacen cosquillas. Es al detenernos que mi cuerpo ahumado empieza a sudar. Una señora me quita la maleta y entra a la casa diciendo:

—¿Son los de la canoa? ¡Manita, seguí!

Adentro, sentada como una abeja reina, la conductora se abanica con un sombrero. Las dos se abrazan y la seño Neida habla mientras arrastra una silla desde la cocina.

—Comadre, ¿usted puede creer? Siete, siete casas quemadas. Una vela prendida, siempre es una vela. Ni casa ni oración. ¿Y después qué hace uno?, ¿prender una vela para pedir otra casa? Yo por eso no prendo velas, no. Tuvimos que tumbar dos ranchos para que el incendio no se llevara todo. Nueve, nueve casas perdimos hoy.

—Resignación, comadre Neida. —Es lo único que se atreve a decir la conductora.

La austeridad del lugar duele. No porque hagan falta muebles, sino porque, los que hay, están oxidados. Junto a la puerta, una repisa metálica con plátanos verdes y dos manojos de cilantro chocoano. En la pared del frente: un cuadro de una pareja, seguramente la seño Neida y su marido. Ambos jóvenes, tal vez enamorados. Abajo una mesita de plástico sobre la que veo un cepillo de peinar —lleno de pelos— y dos revistas, catálogos de ropa. Es de noche y no hay botas refrescándose a la entrada de la casa: su esposo debe estar muerto.

La seño Neida me manda a sentar, el niño se encarama en mis piernas y me abraza. La camiseta con manchas de mango le huele a sudor y humo.

—¿Desde cuándo vos con hijo pequeño? —le pregunta a la conductora.

—Es de la muchacha —responde estirando los pies hinchados.

Las dos me miran, y yo, aunque orgullosa, deseo que no me hagan preguntas. No me importa si la seño Neida piensa que me lo robé.

—¿Tienen hambre? —cambia de tema la seño Neida—. Hay cachamas frescas.

—¡Sí! —responde el niño saltando de mis piernas al suelo.

—La cachama tiene muchas espinas para el niño —respondo.

—Que aprenda a defenderse desde ya. Si se ahoga le damos un banano —dice la seño Neida.

Las dos señoras se sumergen en la cocina. Dejo al niño en la sala jugando con el pingüino y voy tras ellas. Quiero ayudar, prender el fogón, ser madre. La seño Neida me pregunta qué sé hacer mientras prepara las cachamas. Sin miedo, con la velocidad de una máquina de coser, pasa el cuchillo desde las agallas hasta la cola. Con la mano izquierda sostiene el pescado y con la derecha corta. No cocino tan bien y mis patacones se desarman. Pero al niño le gustan así. En una canasta veo un par de cebollas blancas, quiero cortarlas, llorar, hacer una ensalada fácil. Acordamos que lo mejor es que yo saque la mesa de madera que hay en la cocina y la acomode en la sala para que comamos juntos.

—¿Ma, viste los pescados?

—Sí.

—¿Son grandes?

—¡La cabeza y la cola se salen del plato! —le digo abriendo mis brazos.

—¿Puedo compartir el mío con el pingüino?

—Sí.

Y los pescados fritos llegan con arroz, ensalada de cebolla y tomate verde, patacones —completos, redondos, aplastados—, y cascos de limón. Cuatro platos llenos. Nos sentamos a la mesa, es tan pequeña que nuestras piernas se enredan bajo ella. La seño Neida, antes de darnos permiso de comer, da gracias a Dios porque el incendio no tocó su casa. El niño no puede creer que tenga en su plato dos patacones enteros, armados. Las señoras arrancan a comer y yo abro el pescado del niño para sacarle las espinas. Hago un corte bajo la cabeza y encima de la cola, el esqueleto se despega con suavidad dejando libre una cama de piel blanca, tierna. Dejo las espinas en mi plato y a él le hago montoncitos de pescado libres de peligro.

La casa de la seño Neida tiene dos cuartos, cocina, una sala que es comedor y almacén y tienda de verduras, cuando hay. También un patio trasero que se une con la selva, donde comienza la ciénaga.

—Vos dormís conmigo, mi cama es de matrimonio —le dice la seño a la conductora.

—¿Y yo? —pregunta el niño.

—En el cuarto de atrás —responde y le acaricia una oreja.

La seño Neida, vestida con una licra fucsia hasta las rodillas y blusa blanca, dice que esta noche, el niño y yo, vamos a dormir como reyes. Atravesamos un corredor oscuro que nos lleva a un cuarto con una ventana por donde se cuelan las hojas de una palma. Sólo hay una mesilla con canastas y en las canastas: ramas secas de ruda y malva. De un escaparate viejo azotado por el comején, la seño saca una caja grande, como de juguetes que dice: colchón inflable.

—Miren, el único del caserío. Y está nuevo sin usar.

La conductora y el niño ayudan a sacar el colchón desinflado, enrollado como burrito mexicano. Yo barro, preparo el terreno. Lo extendemos en el suelo y el niño se desparrama encima de él. La

seño Neida le dice que no, niño, todavía no está. Toma la caja, busca preocupada, no encuentra el papelito con las instrucciones.

Este colchón no se infla como el flotador que tenía atascado la niña de la caseta. Necesita una bomba de aire y la seño no tiene. La conductora se agacha, pega los labios a la boquilla del colchón y sopla. Cinco intentos después, cae recostada a la pared, se abanica de nuevo con el sombrero. El niño la imita. La seño Neida y yo, también. Media hora después estamos tirados en la pieza, chupados, sin aire, viendo estrellitas.

Decidimos que, después de un incendio, un colchón desinflado no es tan malo. La seño pone una almohada y una sábana de flores desteñidas para que nos cobijemos. Las dos mujeres se van. Saco los cepillos de dientes y la crema; caminamos en puntitas hasta la cocina, lo más ordenado de la casa, un altar. Al bombillo, un hilo de luz, le quedan un par de noches. Hay cacerolas por todos lados. Fogón de leña, hornilla para ahumar la carne y una pila lavatrastos. La seño nos dejó una vasija con agua limpia. La crema en el cepillo y el cepillo a la boca. El niño baila, sonrío, juntos todo es una coreografía: bañarse, comer, cortarse las uñas. Cuando tenemos la boca llena de espuma, aparece. Una cucaracha voladora se posa en el bombillo, salta de cacerola en cacerola, se me pega. No, no se pega: me agarra del brazo derecho como si fuera suya. Grito, salto, lloro. De un manotazo la mando a la esquina y el niño, sereno, la pisa con su zapato verde.

—Ma, ya estás muy grande, las cucarachas no muerden. Sólo son feas.

No siempre puedo ser fuerte y valiente como una madre de verdad. Lo intento, juro que lo intento. Ser mamá, fingir que le ganas al miedo y pierdes en los juegos. Siento, a veces, que fui yo quien nació de él. ¿Por qué estas manos tan pequeñas, pálidas, temblorosas? Aunque lo intente no soy como la seño Neida o la conductora.

Nos bañamos en repelente de mosquitos, volvemos al cuarto y nos acostamos en el colchón desinflado. La lluvia cae sobre el techo de zinc. El niño, acurrucado junto a mí, abraza su pingüino. Entre el calor pegajoso y el miedo a que un animal se meta por la ventana,

elijo que durmamos frescos. La luz, olvidé apagar la luz. La mano de la seño Neida aparece y la apaga.

Despierto sola en una cama que parece un accidente. El viento mueve la palma junto a la ventana. Me asomo y recibo los olores de una mañana fresca y nublada. Salgo de la habitación estregándome los ojos, y veo al niño bañado y vestido por alguna señora, jugando con una caña de pescar. Juan Paulino, el que vimos marcando su nombre sobre la madera quemada, le da indicaciones de pesca. El niño se da cuenta que lo estoy mirando y dice que no tiene miedo a los peces, ni a los ríos, ni a las cucarachas. Me cobra muy caro todos mis miedos.

La seño Neida y la conductora llegan con dos platos cargados de patacón frito y queso salado: el desayuno. Esta vez no nos sentamos a la mesa, cada quien come donde le da la gana. Patacón, el queso encima. Le paso el montado al niño que lo sostiene con la mano izquierda y agarra la caña con la derecha. Vuelvo a la mesa junto a la conductora vestida de rojo y las mismas sandalias tres puntadas. El patacón crujiente, plátano macho de la selva chocoana. El queso salado, frito también, chorrea sobre el plato con cada mordisco.

A mi lado, la seño Neida se mece al ritmo de un clarinete vecino y solitario que ensaya una chirimía. Juan Paulino, recostado en la puerta de la casa, mastica, da las gracias por el desayuno y le dice a la conductora:

—Uno bien pobre y venirle a pasar esto. Mi casa fue la segunda en quemarse, eso se prendió de una porque atrás tenía unos arrumes de madera que iba a vender. Con la voluntad de Dios nadie puede y todo tiene un porqué. No bebo, no fumo, le pago a la comunidad para que me dejen sacar madera. Me están ajustando cuentas: yo antes tenía una draga, pero me puse a trabajar en la coca. Uno a veces no piensa. Luego se me murió un hijo y los golpes abren el entendimiento. Anoche, cada quien puso su nombre en la madera chamuscada. Rescataré lo que más pueda de esos troncos. Con la motosierra, los voy a pelar como si fueran una yuca. La parte del centro no debe estar tan quemada. Voy a ver si hago una pieza pa mí.

—La vida, cosa tan brava. Si quiere, quédese aquí mientras hace su pieza. Y de una vez me ayuda a inflar un colchón de esos de aire —dice la seño Neida, que deja la invitación en el aire, muerde el último pedazo de plátano y se limpia las manos en el delantal. En tres pasos llega a la canasta oxidada junto a la puerta. Mira a Juan Paulino de reojo, da la vuelta a un par de aguacates, duros todavía. Él tampoco la mira, responde como hablándole al Espíritu Santo. Dice que sí, que gracias, que él le ayuda con lo del colchón. La conductora los mira sin decir nada, mastica y traga muy despacio, las primeras gotas de sudor se escurren por la sien.

Llevo los platos a la cocina, estrego y lavo, los pongo a escurrir en una repisa mientras limpio el mesón. Vuelvo a la sala, el niño me dice que se va de pesca con el tío Juan Paulino, que lo invitó a la ciénaga. No me pide permiso. Nunca lo hace, siempre estamos juntos, y cuando juega en la calle lo miro desde la ventana. Antes, siempre quería estar conmigo; ahora, acostumbrada a su presencia constante, soy yo la que no puede estar sin él. Me da vértigo no sentirlo. Pregunto si puedo ir, a mirar, y me dicen que sí, que vamos rápido, se hace tarde.

La conductora dice que va a buscar a Amable a ver en qué pueden ayudar a los del incendio.

—Yo me quedo haciendo destino, con tanta visita no he podido barrer, el baño da vergüenza y ni hablar de la ropa sucia —dice la seño Neida.

Hacer el destino. Lo escuchaba de mi mamá: ayúdame a hacer el destino, no he terminado el destino, ya es hora de que aprendas a hacer el destino: barrer, lavar los baños, trapear, sacudir hasta la repisa más insignificante de la casa. Cuando me dieron al niño, conocí otra definición de destino: eso que tenía que pasar, lo que estaba escrito. ¿Puedo hablar de un destino, un juego en el que el niño se quede conmigo en la casa, barriendo y lavando platos para siempre?

Empaco y salimos de la casa con Juan Paulino. Corro tras el niño, las mamás siempre corriendo, siempre detrás, ¿se sienta una madre

alguna vez? La selva está mojada por la lluvia de anoche; el sol, con falsa timidez se asoma entre las nubes. Caminamos sobre un puente de madera cercado por troncos musgosos, hojas cordadas —las más grandes que he visto—, epífitas, ramos de hojas que parecen la corona de una piña: nacen en el tronco de los árboles y viven allí como un castillo al borde de un acantilado. Todas las plantas de esta selva se unen para que nazca una orquídea, bombillos de color entre tanto verde. Oigo la voz del niño, me grita que ha encontrado las orejas de las flores. Avanzo unos metros y lo encuentro encaramado en la baranda del puente, abrazado a un árbol, susurrándole a las hojas: «Tengo un diente flojo».

Llego hasta él, hago un esfuerzo exagerado para cargarlo, le digo que puede hablarle a las hojas desde el puente, que es peligroso subirse allí.

—Ma, ¿te dije que tengo otro diente flojo?

—¿Qué le vas a pedir al ratón?

—¡Pues otro diente!

Alcanzamos a Juan Paulino, negro de piel mate, tensa y dura como caballo viejo, su camisa sin mangas deja ver unos músculos forjados a punta de madera. De cerca, ojos de niño —redondos y tristes— que disimula con un paso firme y pesado. La selva se desviste, deja el agua frente a nosotros y un sol todavía joven en el cielo. A Juan Paulino lo espera una canoa pequeña con dos pescadores, nos pregunta si queremos subir. Digo que no, que mejor lo vemos desde aquí. El niño sí quiere ir.

—Déjelo —dice.

—No trajimos el chaleco salvavidas—respondo.

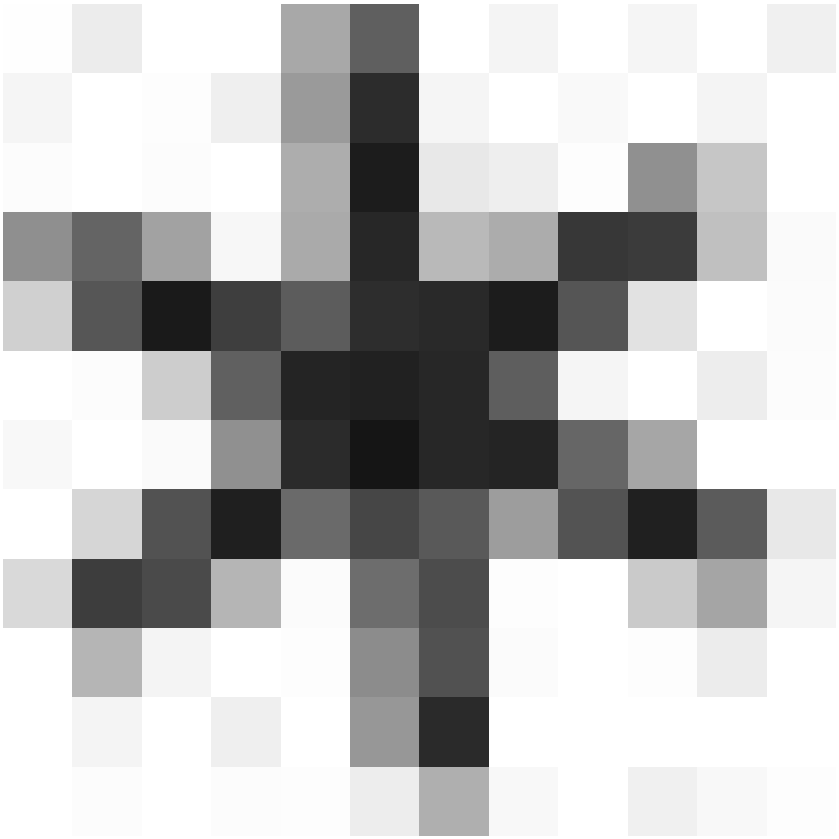
—Tranquila, seño, soy amigo del río.

El niño me agarra la mano, me dice que, si lo dejo ir, me dará el diente nuevo que le salga. Debería decir que sí, por el destino y porque me llamó «seño».

Juan Paulino, el niño y los pescadores se alejan en dirección a los

cardúmenes. Todos hablan con él, le cuentan historias, está feliz. Me siento en la escalera que baja del puente al río. Cantan grillos, garzas, cigüeñas. No me bañé antes de salir. Voy con el mismo vestido sudado de ayer. Imagino que pasa una canoa con lavanderas, que me secuestran, me desnudan y lavan mi vestido. Una de ellas lo moja, lo unta de jabón, lo estrega contra el suelo de la canoa. Lo vuelve a meter al río mientras las otras reman, el vestido sale limpio, lo escurre y se lo cuelga en el antebrazo derecho. Las mujeres me preguntan si estoy enferma, aseguran que me falta aguacate en las piernas, en las nalgas, pero alaban la trenza que aún llevo en el pelo. Preguntan si sé algún arrullo, un canto o si soy muda. Me dan de beber sauco con panela, me visten y me dejan de nuevo en las escaleras del puente.

El sol en el centro del cielo. Con la mirada busco al niño entre plantas de agua y pájaros, se ve contento: una caña de pescar en su mano y un pez que cuelga del nailon.



Otra vez pescado. Me van a salir escamas, cola, me voy a convertir en sirena de tanto comer pescado. Mi mamá intenta disimular, hace combinaciones extrañas: pescado con arroz amarillo, tortitas de pescado, sopa de verduras y por allá en el fondo, pescado. Nos dice que hay subienda, que está barato y tenemos que aprovechar. Le pregunto qué es subienda. «Cuando hay mucho pescado en el pueblo», dice. Mi hermano pregunta cómo hacen para nadar aquí si quitan el agua todo el tiempo y ni podemos bañarnos. Mi mamá dice que no preguntemos tanto y agradezcamos que hay comida. Y que lavemos los platos, que ella se siente mal. Es verdad, mi mamá está blanca como una oblea. Se va al cuarto, mi hermano y yo a la cocina: yo lavo y él seca. En esas entra el perro tosiendo.

—¿Qué le pasa a Tomate? —le pregunto a mi hermano.

—Tampoco le gusta el pescado.

—¿Le diste pescado? ¡Se le va a caer la cola!

—¿Quién dice?

—Mi papá, dice que si un perro come pescado se queda colimocho.

—¿Y eso es malo?

—Sin cola no sabremos cuándo está contento.

Dejo a mi hermano encaramado en la silla roja de la cocina, secando los platos, y voy a preguntarle a mi mamá qué hacer con el perro. La encuentro tirada en la cama, temblando. Me dice que se siente mal desde el paseo del domingo, que busque el número de la bruja y la llame. La bruja es una doctora de hierbas y plantas. En la mesita de noche de mi mamá hay una biblia, un lápiz y una agenda con nombres y números. Busco por la b: Brenda, Beatriz, Bernarda, Bruja, Bruja casa, Bruja D. Le digo que hay tres brujas, que cuál de todas. La primera, dice.

—Hola, bruja, mi mamá está temblando y quiere vomitar, ya se la paso.

—Seño, bien, gracias… Mire, el domingo me picaron unos zancudos y… No sé, no los vi, no tenía las gafas puestas… En Tutunendo… Sí, bueno, sí, ya mando a la niña, gracias.

Yo creía que esos mosquitos sólo vivían bajo las camas y por eso nos toca dormir metidos en toldillos como aves de corral. Pero resulta que también van de paseo. Pobre mi mamá, tan mal está que le conté lo del perro y ni me regañó. Me dice que le pida plata a mi papá y vaya a la plaza de mercado, al puesto de la bruja, por ruda, artemisa y quina, pero que no me vaya corriendo porque me caigo y si me caigo me castiga. Después de todo no está tan enferma.

La plaza de mercado, junto al río Atrato: una casona vieja llena de señoras, hierbas y plátanos. Comida de todos los colores. El olor hace que me quede en la entrada. Apuesto a que todo el pescado de la subienda lo guardan aquí, huele horrible. No entiendo por qué, si hay tanta agua en el Atrato, a veces no tenemos con qué bañarnos.

¿No pueden conectar el río a las casas? Los adultos no saben nada. Una vendedora de pescado con falda de boleros y sombrero de duende me grita que estoy estorbando, me pregunta qué busco.

—A la bruja.

—En el segundo piso, junto a los canastos.

Me da miedo preguntarle dónde están los canastos. Subo las escaleras aguantando la respiración, con un par de billetes en el bolsillo. En el primer puesto hay una cholita con el pelo hasta las rodillas vendiendo collares. Cinco encima de una mesa, otros pegados en telas que cuelgan en la pared. Olvido el olor y me quedo un rato mirándolos, me encanta uno azul. La cholita dice que se llama Lluvia, lo toma y me lo pone. Es el collar más lindo del mundo, mi mamá diría que no puedo usarlo porque todavía soy muy pequeña. No importa, me lo quedo. Entrego uno de los billetes y pregunto por la bruja. La cholita señala un cuarto oscuro al fondo del pasillo.

Voy feliz con la Lluvia puesta, dando brincos, hasta que a mitad de camino me encuentro un puesto de hojaldres cubiertos de azúcar como los que hace mi abuela, me encantan. Compro dos. Le cuento a la señora que en mi casa últimamente sólo hay pescado y ella me responde: «¡La subienda, niña, la subienda!». Termino de comer, me limpio las manos engrasadas en el vestido.

Al fondo del pasillo, junto a un balde lleno de matas, veo a una negra alta como una jirafa echándole candado a una puerta. En la pared amarilla junto a la puerta, con letra morada: ruda, escancel, malva, artemisa, tomillo, quina, sauco, riñonera y otro montón de nombres que me cuesta leer. Huele a iglesia.

—¿Usted es la bruja? ¡No parece!

—Vela ve, ¿has visto a una bruja alguna vez?

—No.

Le digo que mi mamá la llamó hace rato, que necesita un remedio urgente. Me dice que no se acuerda, que ya cerró, que vuelva

mañana. Le digo que no, que si llego sin las plantas mi mamá me regaña, le lloro lágrimas de cocodrilo para que me ayude. La bruja tuerce los ojos, que no son negros ni café, sino miel de abeja. Quizás le cambian de color como a los gatos endiablados. Ay, me quiero ir de aquí. Abre la puerta de la tienda, entra y grita qué plantas necesito. Respondo desde afuera: ruda, artemisa y quina.

—Ay, manita, tu mamá tiene paludismo.

—La bruja es usted —digo levantando los hombros.

Entro con miedo y curiosidad, el puesto es casi tan pequeño como el baño de mi casa. Un bombillo morado ilumina la tienda por dentro. De las paredes cuelgan canastas con plantas secas, camándulas y retazos de tela. Encima de una mesa: una hilera de frasquitos de colores, parecen perfumes.

La bruja dice: «Quina», y saca un manojito de una canasta. «Artemisa», de un balde en el suelo, y «ruda», de una ponchera. Las envuelve en papel periódico. Pienso que no puede ser una bruja, no tiene la nariz grande y huele como a naranja.

—Decile a tu mamá que tiene que hacer infusiones y tomarlas, bien calientes, todos los días antes de dormir. No se puede bañar, no le puede dar el sereno, no la puede tocar una mujer que tenga la regla. Si después de tres días no mejora, que me llame otra vez y hacemos un sahumerio, no vaya a ser que esté ojeada. ¿Me entendiste?

Digo que sí, también pregunto qué le puedo dar a mi perro que está tosiendo. Saca otra planta de hojas largas y la envuelve. Pregunto por el precio mientras busco el dinero, me quedan dos monedas. La bruja dice que con eso no me alcanza ni para un limón, que vuelva mañana.

—Si no llego con las plantas me van a regañar.

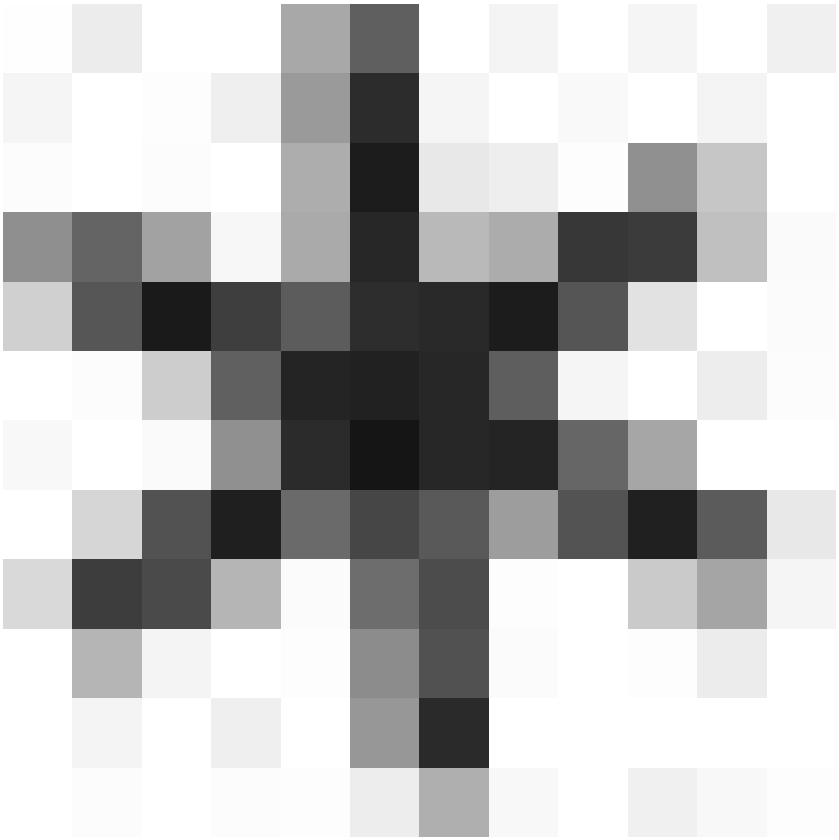
—Seguro te dieron plata, ¿qué la hiciste? —dice mirando mi cuello.

La bruja pasa los dedos por mi collar Lluvia azul, le brillan los ojos, dice que es su color favorito. Ahora sí una bruja de verdad.

Bajo las escaleras llorando, con las plantas en la mano. Ya no me

importa el olor. Ya no está la cholita. Y la señora del sombrero de duende me pregunta si encontré a la bruja. No respondo. Me ve tan triste que mete dos pescados en una bolsa y me los da sonriendo.

—No llores, niña, llévale a tu mamá pa que haga una sopa.



La seño Neida y la conductora nos reciben con un sancocho de piangua, ostras que recogen las mujeres en los manglares, y arroz amarillo. Después de comer nos agarra un sueño de muerte, pero es hora de irnos, de retomar el viaje en canoa. Le doy las gracias a la seño Neida por hospedarnos; no tengo qué ofrecerle más que mi casa en Quibdó, tampoco hay nada que quiera pedirme. Me dice que cuide al niño, que vuelva cuando quiera, siempre tendremos un colchón. La conductora la abraza, le habla al oído y el niño se ríe,

no por lo que dice, no lo oímos, sino porque cree haber inventado eso de hablar al oído y se hincha al ver cómo otros lo imitan. Juan Paulino nos da la bendición del río, eso dice. Y entra a la casa, su nueva cama de matrimonio lo espera.

Deshacemos los pasos de la noche anterior con la barriga llena. Vemos palafitos quemados, huesos de casas, ausencias en la calle principal. En un estadero, El Rincón Sabroso, suena un vallenato viejo con la misma intensidad del sol de las dos; un muchacho canta a grito herido mientras limpia mesas con un trapo roto.

El niño, siempre adelante, recoge el pedacito de un libro que no alcanzó a quemarse. Me pregunta si puede quedarse con él, le digo que sí. Saco un pañuelo amarillo de mi bolso y lo envolvemos ahí. Los demás pasajeros llegan, uno a uno, recién bañados y cargando alguna bolsa de más. No veo al viejito triste, Amable llega sonriente, y la que se contonea por media calle, con ganas de fiesta, es Carmen Emilia:

—Traje pandeyucas para el camino.

—¡Estamos llenos! —grita el niño a un par de metros.

—¡Para el ca-mi-no! —responde Carmen Emilia con voz cantada. Mira el pañuelo amarillo y me pregunta qué es. Lo abro como si dentro tuviera un colibrí pardo y juntas leemos las hojas con bordes quemados:

En la primera, a lápiz y con letra de niño:

Naranja y papaya

Y debajo:

Los osos pueden ser hembras

En la segunda, instrucciones y líneas:

Completa el siguiente cuadro:

Migrar es _____

Los animales migran porque _____

En la tercera, lo que queda de un párrafo cercado por la ceniza:

iría más al bosque

el niño hambriento

veía venir a su madre

lo alto de un naranjo

la madre entró

el niño, al escucharla

cayó al suelo

se convirtió en un pájaro chogüí

picotear

volando y cantando sobre

todos los días

El niño se acerca y me dice que no lea el libro incendiado sin su permiso. Carmen Emilia y yo nos disculpamos, lo envuelvo en el pañuelo. Ella me ofrece una bolsa de papel igual a la de los pandeyucas. Guardo allí los restos del libro y los meto en mi bolso, junto al pingüino. Los ojos aguados, no decimos nada. El grito de la conductora, «Despídanse que nos vamos», nos apura entre los arbustos, camino al río, donde Amable tiene todo listo. Sólo nos pide que saltemos.

4

El sonido de los motores Yamaha vuelve a instalarse entre nosotros. Dejamos atrás la ciénaga y siete casas quemadas. Del incendio sólo vimos humo, ceniza y esqueletos de casas. Nadie habló de las llamas, de las chispas, de cómo los ojos se ponen amargos y lloran frente al fuego. La gente ya no se deprime por los incendios, lo asume como el niño que se queda sin un diente y, mueco, sonríe como si nada, espera el próximo, el de verdad. Quizás las nuevas casas sean de ladrillo y cemento.

Quibdó es la capital y se ha quemado tres veces. No hay carro de bomberos, ni hidrantes, ni acueducto para todos. A los del centro —diez calles, si acaso— nos llega el agua como una visita que toma tinto, come galletas, cuenta historias y, una hora después, se va sin decir adiós. Al resto del mapa: Medio Atrato, San Juan, Litoral Pacífico y Bajo Atrato, los visita la lluvia, danza macabra entre ríos y nubes. El agua, tan necesaria, cae como una venganza sobre las terrazas, llena los tanques azules de reserva al tiempo que baña lagartijas, iguanas, pollitos salvajes y tórtolas. Tuerce los papayos. El viento despega los techos de zinc, vuelan como pájaros plateados, cuchillas gigantes que podrían dejar sin cabeza a cualquiera. Somos una comunidad de peces, vivimos al son del agua.

No hace mucho que partimos de Beté y Carmen Emilia ya quiere saber, más o menos, a qué hora llegaremos a Tagachí.

—Ma, pregúntale a ella —dice, mirando a la conductora.

—Sí, pégale el grito desde aquí —dice Carmen Emilia.

Si tanta es la curiosidad, ¿por qué no pregunta ella? Miro al niño con cara de regaño: no me ayudes tanto. La gente va medio dormida. Confirmo que el viejito triste ya no está. En su lugar, un cholo de unos cincuenta años, camiseta roja y pantalón corto. El pelo —azabache y liso— le llega hasta las orejas, la piel dorada con

figuras en jagua.

Carmen Emilia bosteza, el niño la imita. Tomo aire, me pongo de pie y grito:

—¡Seño…! ¡Conductora!

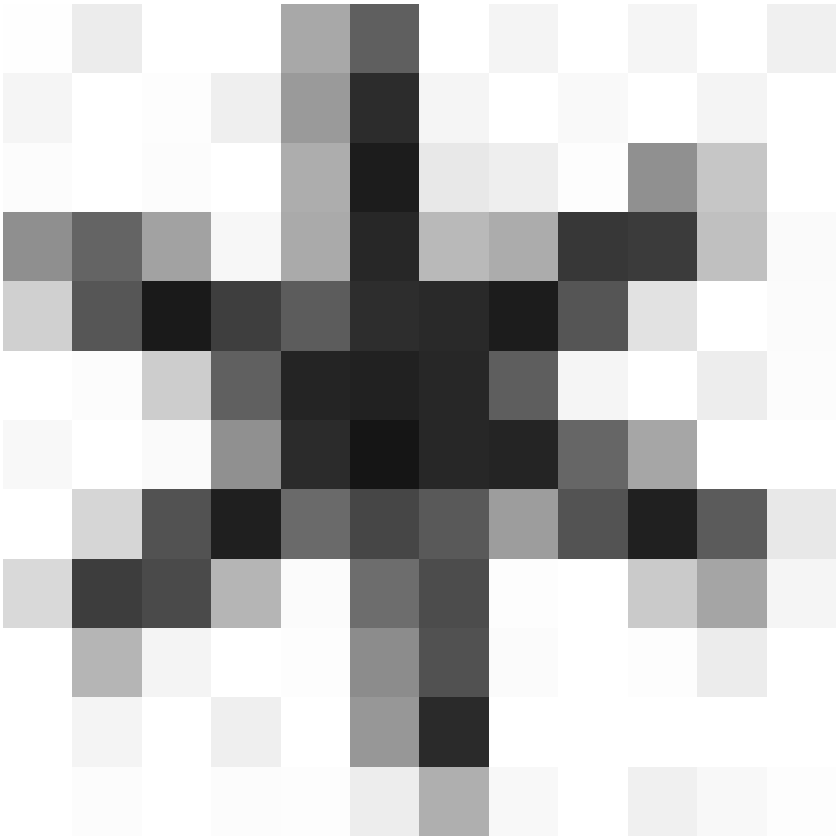
Voleo una mano y ella mira al río. Salto levantando ambas manos y le sonríe a un gavilán. «¡Seño!», mi voz no le gana al ruido de los motores. Salto de nuevo, grito más fuerte, me enredo y caigo. La conductora, al fin, me mira por encima de los pasajeros, pregunta qué pasó. El niño responde que necesitamos saber, urgentemente, cuánto falta para llegar a Tagachí, y que su mamá se torció un pie. Amable, que iba dormido junto a las maletas, recostado en los bultos de arroz, despierta por el alboroto de los pasajeros y se acerca hasta nosotros. Me mira el tobillo, tuerce la boca, arruga la nariz, y le dice a la conductora:

—¡Se tapió!

—Cállate, manito, que asustas al niño —dice Carmen Emilia.

—Ma, no seas floja.

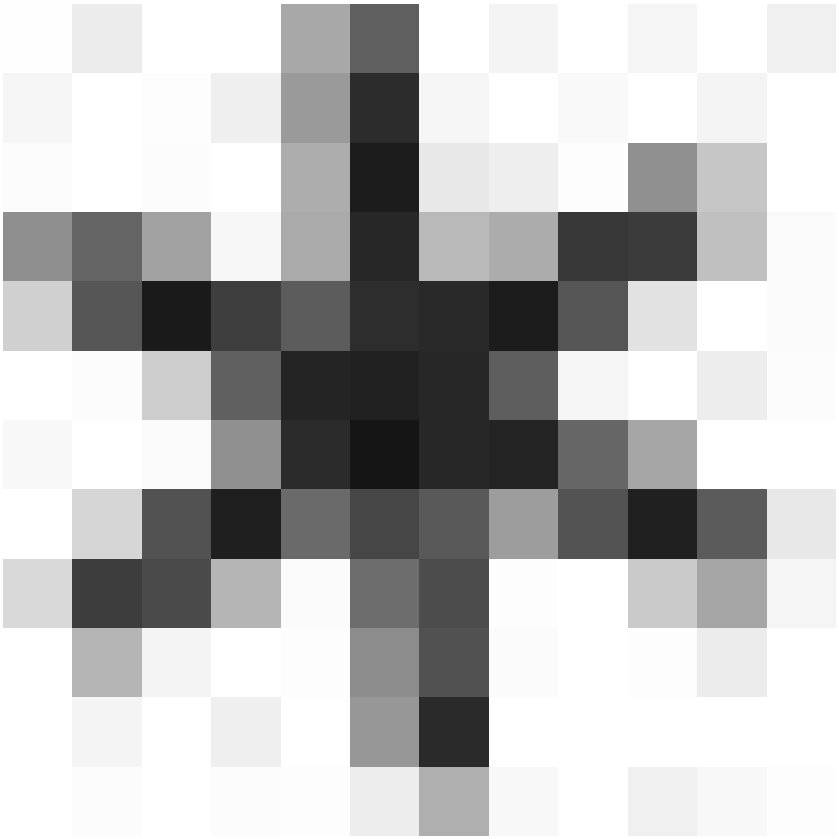
Amable dice que necesito el secreto, que él es amigo del cholo sobandero y brujo que viene con nosotros desde Beté. Mi tobillo parece una toronja, no quiero llorar, pero lloro, y no por el dolor. Recuerdo la primera vez que me torcí el tobillo, tenía once años.



Borrachos los tíos, borracho el abuelo, borrachos mis papás, aunque no tanto. Se acabó la carne y llueve muy fuerte, se va a partir el cielo. Mi papá dice que es hora de irnos y se pone un sombrero aplastado color negro. Tarda varios minutos en abrir el carro, no hay que ser adulta ni adivina para saber lo que puede pasar. Mi mamá, mi hermano y yo vamos hasta él bajo una sombrilla de colores. Mi papá prende el radio y suena una canción triste. Dejamos a los borrachos durmiendo en las sillas y cogemos carretera en el Willy rojo. Pasamos por el lago donde pescamos renacuajos con el colador, vemos el letrero que dice Samarkanda, no sé qué significa, mi mamá tampoco, pero me gusta cómo suena; adelantamos filas de camiones cargados de comida, y llegamos a la bajadita, una loma llena de zanjas y pantano. Pobre de mi hermano, muerde la silla de adelante donde va mamá, siente el miedo de

todos los niños del mundo. Yo finjo tranquilidad, soy la mayor, pero rezo: San Pacho, que lleguemos vivos.

Mi papá frena, pero confía tanto en el Willy, dice que por ahí pasamos sin problema. Miro a través de la ventana trasera: el aguacero afloja un pedazo de tierra, nos salvamos de un derrumbe. Mi papá acelera, mi hermano me abraza, el Willy intenta sacarnos de esta pesadilla, pero a mitad de camino se entierra en una zanja y comienza a patinar. El carro no se mueve, me siento culpable por haber comido tanto y estar tan pesada. Mi papá se ríe para que no nos asustemos, dice que de esta salimos. La lluvia golpea el carro y se mete por la carpa. Mi mamá se harta, dice que nos bajemos a empujar. Ella no sabe manejar. Mi mamá y mi hermano se bajan primero, yo salto, caigo mal y me tuerzo el tobillo. Lloro, grito, me quejo más que un trueno. Mi papá grita desde adentro que no entiende por qué todo siempre le sale mal, quiere llorar, eso creo. Me aguanto el dolor y me callo. Mi mamá, que debería revisar el tobillo de su hija, está empujando el Willy con todas sus fuerzas. Mi hermano empuja su espalda con sus manos pequeñas. Me levanto sucia y empapada, cojeo hasta donde mi hermano y también empujo. Parecemos un ciempiés. Mi papá acelera, sacamos fuerzas no sé de dónde. El lodo se nos mete hasta en las orejas. Lloro en silencio, mi mamá grita y el Willy, por fin, sale de la zanja. El carro rueda hasta el final de la bajadita. Mi tobillo parece un sapo, tengo ganas de vomitar del dolor. Nos subimos, mojamos y empantanamos el Willy por dentro, pero la canción triste no suena más. «Lo importante es que estamos los cuatro», dice mi papá.



Amable trae al cholo hasta mi banca y vuelve a su puesto. El señor me saluda con las cejas, con el pelo. No habla, se arrodilla y monta mi pie encima de su pierna. Tiene un collar de lágrimas: piedras color naranja, amarillo, rosado, verde, naranja, naranja, naranja, amarillo, rosado, verde, naranja, naranja, naranja y así. Hace presión en mi tobillo, que está morado, el dolor intenso me sube hasta la cabeza. Amarro el grito. El niño ni siquiera me mira el pie; busca lágrimas en mis ojos.

Suavemente, el cholo me quita la sandalia y dibuja figuras con el pulgar encima del morado. También reza entre los dientes, mueve la cabeza como un reloj cucú. El ritual no empieza ni termina, sucede en medio del dolor. Es la segunda vez que me aplican el secreto. Carmen Emilia, que no se pierde ni la movida de un catre, dice que ella tiene un dolor en la espalda hace como tres meses, un

dolor bajito. Que si la puede rezar a ella también. El cholo no la mira.

Creo en el secreto, en un rato mi pie volverá a ser una pata de cabra. El niño se recuesta en mi hombro, se queda dormido. El cholo me dice:

—El pie ya; para el otro dolor no tengo secreto.

—¿Cuál dolor? —pregunta Carmen Emilia.

—Gracias —le digo al cholo.

Antes de alejarse, el cholo le dice a Carmen Emilia que sólo aplica un secreto por día, que otra vez será. Carmen Emilia, que quiere desabotonarse el vestido estampado de geranios, se pasa la mano por la cabeza y voltea la mirada hacia el río color canela, espectador silencioso, como el sol picante. Vuelve la mirada y pregunta.

—¿Dónde más te duele? ¿Es el viaje, por incómodo?

—Todos los viajes duelen.

—Y más con estas sillas… Pero, si ibas pa Bellavista, ¿por qué no cogiste una canoa rápida de esas que llegan en siete horas?

No digo: porque queríamos conocer la ciénaga.

Me tiemblan las manos, casa del miedo.

Tampoco le digo: porque nos gusta dormir en camas ajenas.

—Porque son muy caras —respondo.

Sudo, me pongo roja como la tierra del África.

Me agarro de la banca, que nadie me mueva. Quiero parecer tan tranquila como este río que esconde ramas y remolinos profundos. Me siento obligada a contarle algo a Carmen Emilia; no es que quiera, no la conozco, pero sus preguntas nos acercan, me preparan para los próximos días.

—No quiero llegar. Me habría ido remando, de ser posible. Voy a Bellavista porque la mamá biológica quiere ver a mi niño. Quiere que él le muestre sus juguetes, el diente flojo, la cicatriz del codo, porque mi niño se quebró una mano hace dos años. Ella no lo sabe, él se lo va a contar. Quiere mirarlo a los ojos, tocarle una oreja, besarlo en la frente, quizá revisar si está sano, si lo he cuidado bien.

—Mama es mama, manita. Mama es mama —responde abanicándose con un pedazo de tela —. Ella lo parió.

Carmen Emilia cruza los brazos y no pregunta más; en cambio, me cuenta que viaja cada dos meses a una casita que tiene en Vigía, va sola a descansar. Me invita y le digo que sí, que el próximo paseo lo haremos a su casa, y en canoa rápida.

El Atrato une mercados y separa personas. El río lava la ropa, da de comer, sostiene niños, baña mujeres, esconde muertos. Cura los lamentos de los ancianos. El río no discrimina: bendice y ahoga.

El sol mira desde las tres de la tarde, nos hipnotiza. A esta hora, allá en Quibdó, los niños en las escuelas intentan aprender, borrachos de sueño, las partes de la célula; un cucarrón tardío está atrapado entre el vidrio de una ventana y una cortina color curuba; un carnicero, inmaculado, limpia las vitrinas con agua enjabonada, hace letreros pequeños con letra roja: «costilla pelada», «vísceras», «sí hay hielo». Un marañón —grande, rosado, maduro— cae del árbol, lo pisa un camión de trasteos. A las tres de la tarde la gente hace filas, una mujer llora mientras remienda un brasier; un bus se sale de la vía y mueren dieciocho personas. Son las tres, una quinceañera llega en moto a la casa del novio y, sin querer, deja las llaves pegadas. Media hora después, ya no hay moto. El novio, sin camiseta y despeinado, corre por el barrio, persigue a tres niños que van encaramados en la moto; el mayor conduce, dice que se la encontró, que es suya. A las tres de la tarde los perros no saben cómo más sentarse. A las tres de la tarde nace un niño en el hospital San Francisco de Asís, le ponen un nombre que oyeron en algún vallenato. En esta canoa junto a mi niño son las tres de la tarde.

La última curva nos acerca a la orilla derecha del Atrato. La

conductora, que tarareaba una canción, enmudece, apaga los motores y nos hace señas para que nos quedemos callados. Tanto silencio despierta al niño. Vemos ropa colgada en los matorrales: pantalones, correas, botas de caucho. Entre el verde, una tienda de campaña improvisada con palos, bolsas negras y costales. Ocho hombres con pañuelos rojos atados al cuello aparecen entre las ramas. El niño grita —a todo pulmón— que esos señores tienen hambre y por eso nos miran feo. Le digo que haga silencio, que rece en la mente la oración del ángel que le enseñé. Me dice que no, ma, todavía no es hora de dormir.

Uno de los hombres se pone una gorra gris y echa a andar paralelo a la canoa, tranquilo, como si el bosque fuera la sala de su casa y nosotros una mala visita. Me doy cuenta de que el niño y yo somos los únicos que están mirando. Lo cargo en mis piernas, le pregunto si tiene hambre o quiere jugar. A veces, no ver ni oír protege. No abandono, tener un niño es mirar siempre de reojo. El hombre deja de seguirnos, la conductora enciende los motores, la canoa se aleja de la orilla y se apodera del centro del Atrato. El sol ha perdido fuerza, nos mira como un niño recostado en su pupitre: indiferente, cansado, con sueño. Ya no son las tres.

Más tarde, el niño —hambriento y curioso— mira la bolsa de papel engrasada en la que viajan los pandeyucas de Carmen Emilia, me acaricia la cara diciendo que le suena la barriga y tiene hambre de pan. Sólo nos quedan naranjas, le digo. Saco una, pero no la parto en cuatro ni en seis. Cuando el niño se pone caprichoso, pelo la naranja como una papa, y lo hago frente a él. La cáscara cuelga, enseña el cuerpo blanco que esconde. El niño se emociona como si tuviera al frente un animal pequeño, indefenso, que será suyo. Me pide la cáscara para ponérsela alrededor del cuello. Piel de naranja y piel de niño danzan sobre la canoa. Al final, corto la parte superior de la naranja, una naranja con tapa, con sombrerito. Al niño le encanta, no sabe cómo empezar a comer, quisiera guardarla y jugar con ella, pero tiene hambre. Muerde y escupe las pepas. Hace malacara, devora la fruta ácida.

Al rato, se queda mirando las nubes y dice que cuando los árboles mueren también van al cielo. Luego, como rey después de una

sentencia, se sumerge en sí mismo; me dice que no le hable, que está aburrido y va a jugar a ser un árbol. Le respondo que sí, su majestad. Y me retiro a mis recuerdos.

El niño aprendió a montar en bicicleta un día antes de cumplir cinco años. Yo aprendí a montar un día antes de que el niño cumpliera cinco años. En ese entonces, nuestra vecina tenía dos hijos, cada uno con bicicleta: una pequeña, una mediana. Un mes antes del cumpleaños, la vecina aceptó prestarle al niño la bicicleta pequeña cada martes. Yo quería que aprendiera a montar pronto, iba a regalarle una junto a la torta de siempre. El primer día se cayó, el segundo nos caímos los dos, el tercero me dijo que no era capaz de montar porque yo no le había enseñado bien, que yo tenía que montar primero y él, al verme, aprendería de inmediato. Le prometí que el próximo martes lo haría, no fui capaz de confesarle que nunca había aprendido a montar; las mamás lo saben todo. Dejé la vergüenza junto a la ropa sucia y le pedí a la vecina que me prestara la bicicleta mediana quince minutos, todos los días, hasta que llegara el martes. Aceptó sin preguntas. En las mañanas armaba hortensias, una señora me había encargado cincuenta flores artificiales para su cuarta boda. Compraría la bicicleta con ese dinero. Todos los días de esa semana, antes de ir a la escuela por el niño, practicaba: me caí más veces de las que pude contar, varios niños se burlaron de mí y una de mis faldas se enredó en la cadena, se rompió.

Las tardes de esa semana las dediqué a lavar mis heridas con agua, sal y jabón azul, y a pulir las hortensias. Sábado y domingo no pude practicar. Llegó el martes: el niño ansioso por verme pedalear. Como en una carrera de caballos, nos ubicamos uno junto al otro, nos miramos. Él gritó: «¡Ya!», y arrancó —solo, equilibrado y muy seguro— en la bicicleta pequeña. Lo miré aturdida y orgullosa. Volvió a gritar: «¡Ma, te toca!», desde el otro lado de la calle. Arranqué temblando como un gato callejero y llegué hasta él, esta vez sin caerme.

Al día siguiente llevé a casa una bicicleta y una torta de vainilla, el niño cumplía cinco años.

De una cartera, Carmen Emilia saca un pintalabios rosa y un espejito. Se pinta y hace muecas, se peina y mira a los de atrás a través del espejo. Lo guarda. Mira al niño y le pregunta por qué no habla, si está aburrido o le duele algo. Silencio. Le dice que se lo va a llevar el Mohán, por maleducado. Más silencio. Me da pena que la gente piense que es grosero y caprichoso, pero hicimos un trato y no puedo meterme en sus juegos. Carmen Emilia se une al juego a su manera: agarra la bolsa de los pandeyucas, se come uno en tres mordiscos y le ofrece otro al niño que, desde su cuerpo de árbol, sólo mueve los ojos y suda. No se atreve a incumplir las normas que él mismo inventó. También juego: le explico a Carmen Emilia que los árboles no comen pandeyucas mientras me como uno. El niño cierra los ojos, prefiere seguir siendo árbol, de esos que dan naranjas. O limones.

Ya no me duele el pie, dicen que el secreto sólo funciona si uno cree en él. Yo, como el niño, creo en las palabras. Cuando llora porque quiere un juguete y le digo que, si Dios quiere, la otra semana se lo compro, me cree; y da por hecho que Dios sí quiere, para eso le reza cada noche. El niño me enseñó a creer en la gente que se lleva flores fiadas: hace unos meses, una muchacha me pidió tres lirios blancos, muy pequeños, para ponerle al vestido de primera comunión de su hija. El vestido estaba hecho de satén, una tela compacta, brillante, de revés mate. La más usada en los carnavales de San Pacho. Los cinco lirios —hice dos más de regalo— eran lo más elaborado del vestido. Tres semanas después, la mujer me pagó las flores; y le compré el juguete al niño.

Me pongo de pie, dando la espalda a la llegada. Nubes cargadas de agua con que las matronas bañarán algún recién nacido esta noche. La conductora habla con Amable, señala el motor, le da instrucciones o quizá le cuenta la historia de un día que se quedó sin gasolina y viajó a la deriva durante horas por el Atrato. Él mueve la cabeza: sí, señora.

Reparo en cada uno de los pasajeros, desde la conductora hasta mi banca: un hombre de gorra —más negro que todos— al que miro con imprudencia y luego me sonrojo: una madre no mira así. Dos señoras como de cincuenta hablan con la confianza de los años, un

gesto que se encarna —especialmente en las mujeres— después de cierta edad, un reproche sabio pero incómodo como migas de pan en la cama. Una de ellas lleva una camiseta blanca con una palabra en tinta negra: Chocoanísima. La adolescente de vestido rojo mira un águila que planea sola sobre el río, salvaje y libre como ella. El cholo mira en sus manos las cicatrices que le ha dejado la selva, y las arrugas en las que habita el secreto que cura. Un viejo de barba blanca muerde un marañón maduro, el jugo de la fruta le moja los pies envueltos en chanclas de plástico; cuando termina, tira la pepa al río con fuerza —fuerza de viejo— y saca otra fruta, otro marañón. Rossy y Mary, las gemelas, sólo hablan entre ellas o con Amable, no aceptaron el mango que el niño les ofreció hace un rato. Algunos miran el río, los árboles y sus propios pies, sumergidos en un círculo eterno y perezoso. Uno a uno, quiero adivinar qué hacen cuando el tarro del azúcar se les queda abierto por la noche y el mesón se llena de hormigas, de qué lado de la cama duermen, si es que tienen más de un lado, si ya recogieron la plata para pagar la energía. Quiero algo que me haga olvidar a dónde voy con el niño.

Una de las gemelas abraza a la otra, que, de la nada, comienza a llorar. La hermana le seca el sudor con un pedazo de tela, la arrulla. La mujer se mece: derecha, izquierda, derecha, izquierda. Llora. Se soba el vientre. Carmen Emilia me señala con la mirada las piernas de la muchacha: la sangre baja como una llave abierta y va tiñendo la canoa. Me paso a la banca de las gemelas, pregunto qué ocurre; me paraliza que la mujer intente agarrar la sangre como si fuera una masa. Quiere devolverla. El niño no encuentra palabras para preguntar qué es eso rojo, se sienta en el suelo y Carmen Emilia lo acaricia mientras hace señas a la conductora. Las gemelas sólo hablan por fin cuando alguien, desde atrás, pregunta si la mujer está preñada.

—No aguantó, Mary, el bebé no aguantó —dice entre lágrimas la gemela que sangra.

—Eso es normal, Rossy, ahora se te pasa. Cierra los ojos —dice la hermana.

Son muy jóvenes, no tendrán ni veintiuno. La conductora, desde la banca que sigue a la de las gemelas, dice que ya casi llegamos a Tagachí. Dos pasajeras se acercan a Rossy, la acarician, le rezan.

Quiero ayudar, lanzo frases consoladoras que no atraviesan el murmullo de las mujeres.

El río es testigo de llantos y sangre, nacimientos y muertes, salidas y llegadas. Los ríos del Chocó, otra forma de habitar la tierra: las canoas también son casas, puestos de trabajo y escondites. Por el río comenzamos a perder esta tierra.

El cholo dice que atrás tienen cilantro, pero está sin permiso, lo arrancaron para comer y así no se puede usar para el rezo. Se quita el collar de lágrimas y se lo pone a Rossy. Sé que está perdiendo color, aunque su piel no se ponga pálida. Ni las palabras ni el collar cortan la sangre, entonces me quito el vestido de rayas azules, limpio con él las manos, los pies de Rossy. Lo enrollo y le digo que lo ponga entre sus piernas. Me quedo en una blusa blanca de tiras, casi transparente, ropa interior. No siento vergüenza, ¿qué me van a mirar si nada tengo? Rossy no habla, recibe el vestido y se deja arrullar por su hermana. La sangre se detiene, pero las lágrimas siguen y siguen bajando.

El cielo se nubla, mal presagio, dicen los abuelos. Estoy cansada del río y su vaivén, temo por Rossy, que ha perdido mucha sangre, y quizás a su bebé. Vuelvo a mi banca y me encuentro al niño sentado, desnudo mirando al río. Hace lo mismo que yo. Carmen Emilia reniega, dice que lo tengo malcriado.

—Ma, ¿no te da pena estar tan blanca? Pareces un pescado por dentro.

Carmen Emilia saca de su bolso una bata, que seguramente usa para dormir, y me la ofrece. Es morada con verde con naranja con azul. Tiene flecos y bolsillos, me queda como la vela de un barco. Mary me presta un lazo, me lo ato a la cintura. Sus telas adornan mi piel, mi cuerpo vacío y descolorido.

5

Los niños no buscan figuras en las nubes, no les importa; el juego aquí, y en todo el Chocó, es bañarse en el aguacero. Es la única tierra en la que el sol no es león. Las nubes reclaman lo suyo: atención, que hablen de ellas como del calor. Llueven cuando dan las cinco de la tarde; chocan, descargan rayos que parten árboles en mitad de la selva.

Desde la canoa vemos el llegadero: una estructura de madera que nace entre dos casas, verde y amarilla, y se adentra en el río. Nadie se atreve a llamarlo puerto. Afuera de la casa verde, en una silla de plástico, una mujer se come una guama. Qué fortuna tener el Atrato a los pies, mirarlo como a un reptil sedado: con miedo y curiosidad.

Amable pisa el llegadero con Rossy dormida en sus brazos. Finge dureza, derecho y rígido se agarra del mal consejo de alguna abuela: los hombres no lloran, no sienten, no descansan, aunque llueva. Pobre Amable, los nervios se le asoman por la ventana, quiero decirle que puede llorar. Visto al niño, agarro mi bolso y nos bajamos junto al resto de pasajeros. Entregada a la guama, la mujer de la casa verde se come la carne y escupe las pepas. Ni siquiera mira. Llevamos un bebé muerto en la barriga de una mujer y ella no mira.

La lluvia esconde a la gente en las casas. Caminamos rápido, en fila, por una callecita empantanada. El niño da pasos cortos, dice que tiene chichí, que no aguanta más. Pido a todos que me esperen un momento mientras el niño hace chichí junto a un árbol. Termina y avanzamos: la conductora, Amable cargando a Rossy, y el resto detrás: una procesión de personas tristes. Pasamos junto a ocho casas y nos detenemos frente a una de madera que parece el dibujo de un niño, la conductora toca la puerta: «Hermana, ábrame, traigo una muchacha enferma». Una blanca abre y se echa la bendición al ver a Rossy. Nos da paso. Con la mirada y un movimiento ligero —ni siquiera se le mueve el pelo corto— le indica a Amable que la habitación está al fondo, ella lo sigue y se pierden en el corredor

oscuro. Mary se queda afuera esperando a que su hermana despierte. Los demás pasajeros nos adueñamos de la sala, algunos alcanzan silla, se acomodan en el comedor redondo de cuatro puestos, otros en bancas que miran hacia una mesita sobre la que descansa un armadillo de madera. Carmen Emilia se sienta en la única mecedora que hay; el niño y yo, en el suelo. Nos secamos el agua lluvia con toallas que nos trae otra mujer, blanca también. La conductora nos cuenta que son monjas, llegaron hace un tiempo a liderar una misión comunitaria. Pasan una semana en Tagachí y otra en Bellavista. A las monjas que visitan la selva les permiten abandonar el hábito religioso durante la misión. Usan shorts, camiseta y sandalias.

Cuando tengo miedo cargo al niño, necesito el peso encima de mi vientre. Lo cargo, quiero pagar la deuda de no ser su madre. Esta vez no quiere, se pone de pie y camina por la sala, haciendo chillar, a propósito, el piso de madera. Encima del comedor hay un frutero: papaya, piña, un coco. Cargo entonces la papaya y me siento de nuevo en el suelo. El rechazo de un niño, nada duele más. ¿Cuál es la diferencia entre una madre y yo? El niño que en este momento se asoma a la calle a ver si aún llueve me nació en otra mujer. Una mujer se convierte en madre cuando su bebé chilla por primera vez, cuando aprueban los documentos de adopción, cuando alguien deja un niño encima de su cama como si fuera una flor marchita. Llega. Ser madre es algo que llega.

—Ma, me duele aquí —dice el niño intentando tocarse la espalda.

—Te están empezando a crecer las alas —respondo muy seria.

Carmen Emilia dice que pobre niño, tener que aguantarse un viaje tan largo. No respondo lo que pienso: si yo fuera la conductora seguiría derecho hasta el Mar Caribe, no quiero que el niño vuele.

—¿Las alas crecen cuando se te caen los dientes? —pregunta el niño con el diente recién caído en la mano.

Le digo que sí, pero que las alas hay que aprender a manejarlas, como la bici, que ya tendremos tiempo de practicar. Tiene sed, saco una botella que traemos desde Beté, pero no toma, le da miedo que el agua se salga por el hueco del diente. Doy un sorbo y le entrego

la botella. Hace maromas, se dobla por la mitad intentando tomar al revés, se echa el agua encima, hace todo por demostrar que tiene la razón.

Es de noche cuando las dos monjas se paran en mitad de la sala, camándula en mano. Amable al fin llora.

—Perdimos al bebé. Y a la mujer —dice la monja de pelo corto.

—Rossy, no. Rossy, no. Rossy, no —grita Mary desde afuera. Se agarra de la puerta, cae. Llora entre el pantano. Se levanta, entra a la casa y camina pegada a las paredes, no deja que nadie la toque; atraviesa la sala, el corredor oscuro, se encierra en el cuarto del fondo con sus gritos y el cuerpo de su hermana.

Rossy, no.

Despierta, mírame.

Manita, Rossy.

Vos y yo, una sola.

Rossy, vení.

Rossy.

El dolor enmudece a los pasajeros. Le tapo los oídos al niño. Antes de que me pregunte, le digo que me abrace, que en un rato le explico, que respiremos juntos.

Tardamos una hora, más o menos, en arreglar la sala para el velorio. Después de barrer, Carmen Emilia se quita las sandalias, tiene los pies hinchados. La conductora y yo nos encargamos de acomodar los muebles: mesas arrumadas en uno de los cuartos, sillas junto a las paredes de madera, el ventilador en una esquina. Ni aunque llueva se calma el calor, tengo la piel pegajosa y brillante. Dejamos la esterilla en medio de la sala, donde pondremos el cuerpo de Rossy. Sólo queda una mesa pequeña sobre la que nos ponen una papaya en trozos, la que cargué hace un rato. Recuerdo

el día que Gina, la madre del niño, tocó la puerta con él en brazos. Acababa de partir una papaya. Abrí en piyama, sudando y con las manos untadas de la fruta madura a punto de echarse a perder.

—No puedo quedarme con él —dijo.

No éramos amigas, ni siquiera conocía a sus otros hijos. No me dio tiempo de explicarle que no tenía idea de cuidar bebés, ni siquiera sabía si me gustaban. Nos dejó solos. El niño explotó en llanto y lo cargué sin lavarme las manos. Toqué su naricita con el dedo untado de papaya, ahí empezó nuestra historia con la fruta. Así como los bebés huelen la leche materna, él me reconocería por la papaya. No pasa una semana sin que partamos una y nos la comamos juntos.

—La papaya huele a vómito de bebé —dice Carmen Emilia ofreciéndome un trozo.

—Está muy madura —respondo.

—La maduró usted de tanto cargarla —dice mientras mastica.

Me siento junto a ella y le cuento: días después de recibir al niño, cosí un saco de tela, como el de los canguros, y lo llevé atado a mi cintura un tiempo. Adentro del saco una papaya. No salía con él a la calle, pero lo usaba por las tardes mientras arreglaba la casa, cocinaba o enmarcaba cuadros. Una papaya era lo más parecido a una barriga primeriza. Pensaba en la tristeza de las mujeres estériles o las que suplican arrodilladas en la iglesia por un bebé que no muera al quinto mes, que no explote dentro de ellas a media noche. A mí me habían regalado uno, quería ganármelo, merecerlo a punta de dolor como una madre. Al no ser mío, yo tenía claro que no sufriría de la misma forma: el niño no podría preguntar, acalorado y lleno de rabia, cuando le llamara la atención por algo mal hecho: «¿Entonces para qué me tuvo?». Sé que lo hará, cuando cumpla doce querrá herirme a propósito. Pero le recordaré lo que hablamos una vez en el patio: que no lo tuve, que lo recibí una noche mientras partía una papaya. Luego, no me preguntará por qué lo recibí, sino por qué su madre no lo quiso y su rabia se irá a otra parte. Todavía es muy pequeño para sentir ese dolor, quizás perdone a su madre y se quede con ella, como si yo nunca lo hubiera cargado. Por eso quería la barriga, vivir las etapas, como

dicen. No iba a ser menos madre por no sentir un peso en el vientre.

Por primera vez, Carmen Emilia me acaricia la mejilla con el revés de su mano, que es todo menos suave. Me dice:

—Pobre muchacha.

Aves del paraíso, las únicas flores que encontramos para el ritual. El sabedor, antes de arreglar el cuerpo de Rossy, dice que también necesitamos flores blancas. Las monjas niegan con la cabeza, son las nueve de la noche, no hay tiempo para meternos en la selva.

—Puedo hacerlas con tela —interrumpo.

—Aquí no hay nada blanco: sábanas azules, mantel amarillo, ventanas sin cortinas —dice Carmen Emilia.

—Mi hábito es blanco, ¿sirve? —dice una de las monjas.

Extiendo el hábito sobre una de las camas del cuarto más grande, donde el niño se quedó dormido hace rato. Imagino que es aquí donde pasaremos la noche. Hay dos camas más, un camarote de dos pisos, un ventilador sin tapa encima de una mesita de noche, una repisa con una virgen que desconozco, el río en blanco y negro en un cuadro mediano, un velo rosa esconde una estantería de madera llena de sábanas y toallas. Todo viejo, gastado, pero limpio. El cucarrón que entró hace un momento por la ventana danza alrededor del único bombillo. Es pequeñito, aprovecha el silencio para darnos un concierto de golpes tontos y arrítmicos contra el techo.

Carmen Emilia no ayuda, me acompaña. Corto las siluetas de memoria: hago claveles, la flor que más me gusta. En una ocasión compré un libro de flores y plantas medicinales. Decía que algunas especies de claveles son comestibles, que calman la fiebre y, anteriormente, la gente se enviaba mensajes secretos entre sus pétalos. A mí me gustan por sencillas, no cargan con el peso de la belleza que tienen las rosas. A la gente le gustan por baratas, es la flor que más vendo.

Lleno el hábito de huecos, es una tela suave que huele a guardado, a monja. Los capullitos blancos caben en una canasta que encuentro bajo la cama. Carmen Emilia saca un perfume de su bolso y rocía las flores, dice que ahora sí son de verdad. Huelen a una señora del Chocó.

A las once en punto pasamos a la sala. El cuerpo de Rossy vestido de blanco sobre la esterilla, rodeado de velas. Mary recibe la canasta sin hablar, reparte las flores por el cuerpo, lo adorna como una niña pequeña que, arbitrariamente, decide cómo vestir a sus muñecas. Una de las monjas le dice que las flores no se ponen encima de la boca, del pecho ni del vientre, sino que van alrededor del cuerpo. Mary la ignora, es su hermana. Amable, todavía temblando, obedece al sabedor: deja un Cristo de madera junto al cuerpo, escribe «Rossy» en un pedazo de papel y se lo entrega a Mary para que lo ponga donde quiera.

Esperábamos a cuatro mujeres más: dos matronas y dos muchachas flacas vestidas con faldas de boleros blancos, las cantaoras que alzan alabaos, arrullos y chigüalos para que los muertos encuentren el camino, para que los familiares lloren su pena.

Carmen Emilia se toma en serio el papel de ayudante: reparte vasitos con una toma de borojó y viche para que los vecinos aguanten despiertos hasta el amanecer. El que no trajo camándula carga una flor de tela de monja. Vinieron por la muerta, el trago y la comida; vestidos de domingo, con trenzas apretadas, dientes blancos, pecados inconfesables y ganas de bailar. Mary, sentada en el suelo, le pinta los labios a su hermana. A la medianoche, una de las monjas pone una mariposa negra de papel junto a Rossy. Las mujeres entonan el primer grito:

Embarroten la canoa

donde es que me van a echar

ay que es el último regalo

ay que es el último regalo

que yo me voy a llevar

Las manos de las cantaoras, como cogiendo oro en río bajito, abren las palmas, estiran los dedos, le preguntan a la tierra por qué. Como canto viajero, las vocales van en canoa, el vaivén del agua las deforma o las multiplica en tonos suaves, altos y gritos: aaaAAAaaAa, ooooOoo, EeeEEe. Vocales que tardan una noche en pronunciarse, canciones en letra pegada que arrancan lágrimas y despiden a los muertos.

Ya me sacan a la sala

le dan vuelta al corredor

ay que es el último regalo

ay que es el último regalo

que yo me voy a llevar

Las dos matronas, manos en la cadera, miran a las muchachas, niñas raquíticas con más voz que carne. Cantan hace poco en los velorios, quizá es su primer alabao, prueba de que están listas para el oficio. Las matronas quieren decirles: más fuerte, que duela, que los borrachos lloren. Y las niñas estiran la nuca para que el canto suba, rebote en la madera y se disperse por la sala como el aire del ventilador. Miran de reojo a ver si lo están haciendo bien, se mecen, el cuerpo entero se mueve de un lado a otro como en el río.

Ya me sacan a la sala

me prenden las cuatro velas

me cantan toda la noche

me cantan toda la noche

hasta llevarme a la tierra

El rosario queda a cargo de las monjas; matronas y muchachas descansan. Sólo las primeras toman viche. Mary pide un chigualo, un arrullo para el bebé. Los alabaos, como el que acaban de cantar, son sólo para adultos.

—No podemos cantarle, el bebé no nació —dice una matrona.

Me acerco y les cuento que sé una canción, los versos de alguna madre trabajadora que no recuerdo cuándo aprendí, pero se los cantaba al niño en las noches. Propongo remplazar el chigualo, con permiso y ayuda de las matronas. Me dicen que sí, entonces canto:

Duerme, duerme, negrito,

que tu mama está en el campo,

negrito…

Te va a traer

codornices para ti.

Te va a traer

muchas cosas para ti.

Duerme, duerme, negrito,

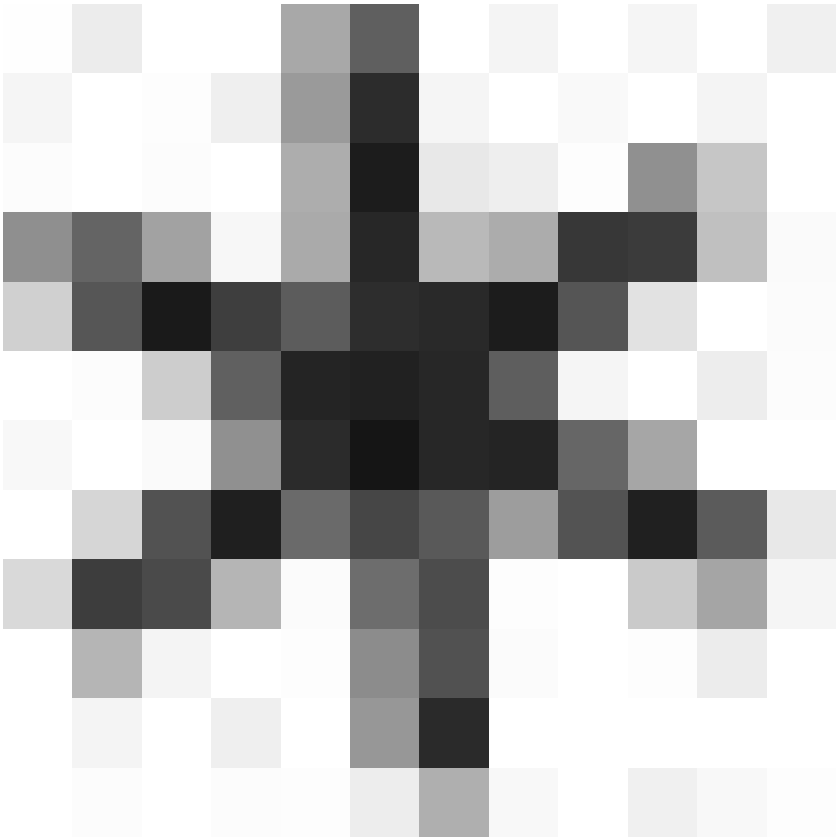
que tu mama está en el campo,

negrito…

Las cantaoras repiten los versos con una cadencia negra que se mete

bajo la piel. Al terminar la canción, veo al niño recién levantado, estregándose los ojos con una mano, sosteniendo al pingüino de tela con la otra. No le quita el ojo al cuerpo de Rossy. El ritual continúa, se alzan padrenuestros y avemarías acompañados de masas fritas en forma de aros y café. El viche siempre se acaba primero. No puedo acompañar a Mary hasta el amanecer, mi negrito me reclama. Lo tomo de la mano, entramos al cuarto y nos acostamos en una de las camas pequeñas. Me dice:

—Ma, no le cantes mi canción a desconocidos.



Suena la campana y la seño Paciencia Palacios limpia el tablero mientras grita que no olvidemos el examen de pasado mañana: cada una debe escoger un alabao y cantarlo en clase a todo pulmón. No

quiero cantar. Los alabaos son canciones muy tristes, y dan miedo. Los cantan las señoras en los velorios, gritos y quejas, como un concierto de la Llorona. La seño Paciencia no ha cantado en clase, ¿cómo quiere que lo hagamos? Me cae mal. Por eso y porque cuando le pregunto algo se acerca a mi puesto y me grita la respuesta en la cara. Tiene mal aliento, cejas despeinadas y aros gigantes que cuelgan de sus orejas. Algo en ella cascabelea cuando camina. Se cree más porque es profesora, porque es tres veces más alta que yo y porque llega a la escuela en moto.

Guardo los cuadernos y antes de cruzar la puerta, una niña me agarra del bolso: «Te toca el aseo». Me entrega un balde y un trapeador. Tengo tanta hambre que voy al baño con el bolso puesto. Abro la pileta y lleno el balde de agua. Le echo un poquito de todos los frascos que usamos para lavar: de uno morado que huele a hospital, uno rosado que huele a bebé y uno blanco que dice: «Blanqueador Blanquita». Blanquita es la señora negra que aparece en la etiqueta. Es grande y gorda y tiene los dientes muy blancos. También sale en la tele diciendo: «Blanqueador Blanquita limpia baños, desinfecta pisos y paredes. Y la ropa queda blanquita, como yo». No entiendo por qué siempre sale ella hablando de limpiar y por qué la ponen blanquita si debe tener un nombre más bonito como Rosaura, Nidia o Estela. Los adultos no saben nada. Pero seguro Blanquita sí sabe cantar alabaos.

La peor parte es cuando me toca escurrir el trapeador: lo divido en dos, como si fuera a peinarlo, escurro una parte, luego la otra. Pero la segunda parte que escurro moja la parte que ya estaba lista. Es horrible. Hago lo que puedo.

Vuelvo al salón. Una de las niñas está limpiando el pupitre de los profes. Me dice que sólo falta trapear, que ella y las otras ya barrieron, bajaron la basura y ordenaron las sillas. Hago mi parte en un dos por tres. Termino sudando y sola.

Mi papá me espera a la salida de la escuela, bajo el sol. Nunca entra. Le dan miedo las profesoras, dice que de pequeño le jalaban las orejas y por eso las tiene así de grandes. Lleva puesto el delantal del negocio, siempre blanco. Yo también llevo una camisa blanca por debajo del uniforme, pero mojada de sudor. Antes de pasar la calle, papá me toma de la mano y me levanta la muñeca hasta las

orejas. Mamá siempre le dice: «Baja la mano que la niña se cansa». Y él responde: «Me parece mejor así. Si se tropieza, no se va a caer porque la tengo agarrada desde arriba». No sabe que ya no me caigo, estoy muy grande: tengo doce. Camino a casa pasamos por donde la nueva peluquera. Lleva un tiempo en el pueblo, pero aún le decimos la nueva. Extrañamos a Indira. La nueva le está planchando el pelo a una señora con una plancha de ropa, encima de una mesa como la que tiene mamá en casa para planchar mi uniforme. ¡Qué calor! La nueva le pone papel periódico encima del pelo y luego pasa la plancha, sale humo como de incendio. Y huele a marrano chamuscado. La nueva le da a papá una cita para las cinco de la tarde. Apenas nos alejamos de la puerta, escuchamos un grito: «¡Ishh!, me quemaste una oreja!».

Llego a la casa, el almuerzo es sopa. Sopa con este sol. Qué rabia, quiero llorar. En la mesa, mi hermano menor no protesta, siempre le dice a mi mamá que todo está muy rico. Lo hace a propósito. Le saco la lengua y como en silencio. A mitad de la sopa me quito el uniforme. Me quedo descalza y en camisa; luego mamá dice que me quite la camisa, que va a lavar ropa blanca. Termino de tomarme la sopa en calzones y con el pelo pegado a la cara.

Antes de que me manden, hago las tareas. Luego le cuento a mamá lo de los alabaos mientras cuelga la ropa recién lavada:

—Ma, tengo que ir a la casa de Jessica a ensayar alabaos.

—¿Cuál Jessica?

—La que vive al lado del río. ¿A ti te tocó cantar alabaos en la escuela?

—No, pero me enseñaban francés. Dile a tu papá que te lleve y te recoja a las cinco.

Jessica vive en un barrio al lado del río Atrato. Me gusta caminar por la orilla cuando el río está bajito. Desde aquí veo la playa a la que vamos de paseo los domingos. También el barco hundido que aparece con la playa. Está oxidado y las niñas de mi salón dicen que adentro vive la Madremonte. Junto a él pasan canoas llenas de plátanos verdes más verdes que el verde por dentro. Encontramos

fácil la dirección: la casa de madera, junto al río, que tiene una puerta mitad rosada, mitad azul. Hay más casas de madera. Otras de cemento. La mayoría de puertas sin pintar, abiertas. Los niños descalzos juegan bajo el sol, los señores echan una partida de dominó en la acera, en una peluquería con música a todo volumen le afeitan la cabeza a un muchacho, y en una iglesia de garaje cantan a todo pulmón.

Papá me deja en la casa de Jessica y se vuelve a trabajar. Siempre está trabajando. Antes de tocar la puerta, abro el bolso y saco mi falda colorida, que a mamá no le gusta, y me la pongo encima. Una señora despeinada y más vieja que mi abuela abre la puerta.

—¿Y esta quién es? —dice.

—¿Está Jessica? —pregunto.

La vieja se va arrastrando las sandalias. Grita: «Jessica, te buscan». Una voz responde que ya viene. A la entrada de la casa hay dos palmeras pequeñas y una banqueta sobre la que espero.

—Ah, sos vos. Pasa que ya casi estoy lista —dice Jessica al asomarse.

La vieja que me abrió, sentada en una mecedora frente a la tele, se come una mandarina. La abre despacio con las uñas. La sala es pequeña: cabe la tele, una silla, la señora. La cocina es el cuarto de donde sale el olor a pescado frito, mejor que a sopa. Camino despacio, la madera cruje con cada paso y la vieja grita que hagamos silencio, que no la dejamos oír.

Sigo a Jessica hasta su cuarto. Frente al espejo, se ata el pelo lleno de trenzas con una cinta lila, me encanta. Yo sólo tengo tres pelos. O eso dice mi mamá: «Venga le peino esos tres pelos». El cuarto de Jessica es como el mío, pero sin hermano, sin tele y con un toldillo rosa que cuelga del techo. El ventilador junto a la cama y sobre la cama tres osos de peluche. La vieja de la sala es la abuela de Jessica y nos enseñará a cantar alabaos. Las otras niñas aún no llegan, pero yo no puedo esperar más. Volvemos a la sala y nos sentamos a

esperar a la abuela que lava los platos.

—¡Desgraciados! —grita la abuela.

—¡Abuela! —dice Jessica.

—¿Qué quieres, niña? Estos desgraciados del acueducto creen que con media hora de agua al día podemos hacer todo. Y hace días que no llueve.

—Abuela… es que tenemos que cantar alabaos en clase.

—Pero la factura sí llega completa. ¿Con qué quieren que lave los platos? ¿Con agua de la nevera? Si no hay para bañar los platos, ¿con qué me baño yo? ¡Desgraciados!

Se seca las manos de uva pasa con un trapo, sale de la cocina dejando un arrume de platos sucios y se sienta en la sala. Agarra de nuevo la mandarina.

—¿Qué alabaos? —pregunta la abuela.

—De niños muertos —respondo.

—Se llaman gualíes, niña —corrige—. A ver, les voy a enseñar uno cortito de una amiga mía: Rosa Wila.

Se levanta de la silla y comienza a cantar como si ella fuera la naranja y le estuvieran quitando la cáscara. Parece que le duele.

Aaaaadioooos niñito, la gloria te está llamando.

Aaaaadioooos negrito, la gloria te está llamando.

Se pone de pie, nos mira para que cantemos con ella. Jessica se une a la voz y, al ver que me paralizo, me da un pellizco por el que grito y me uno al coro. La abuela me agarra las manos y las mueve. Mientras Jessica canta, la vieja me susurra que la fuerza sale de las

manos, que no importa mi voz descolorida, que si las muevo la canción sale con más fuerza, más sentida, dice. Le respondo que yo no soy tan buena como ella y me dice que no importa, que si respeto lo que canto, con eso es suficiente.

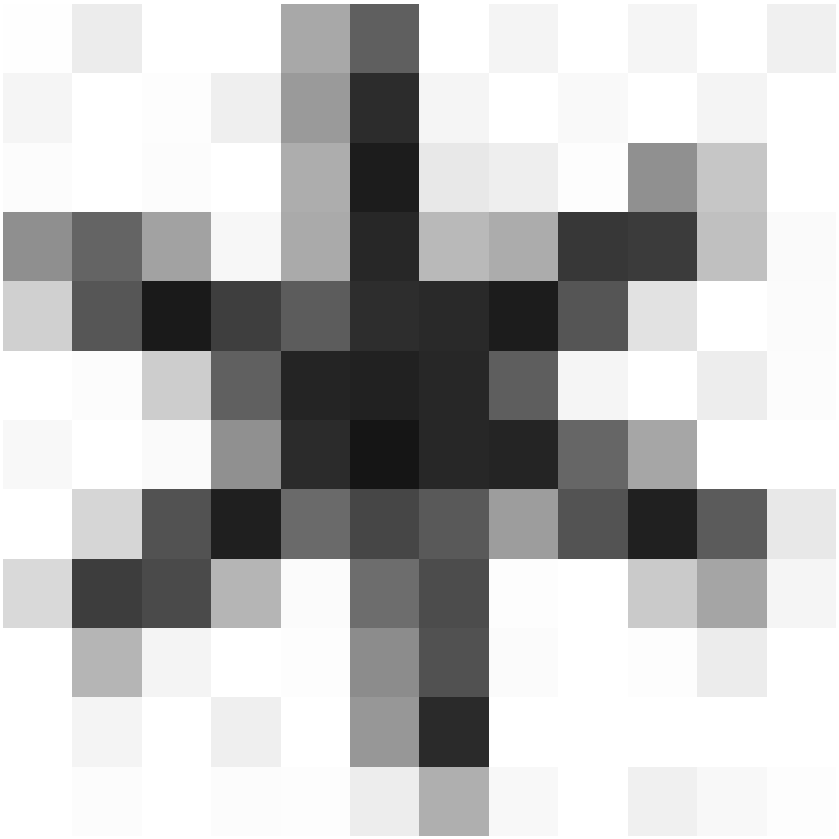
Cantamos las tres:

Aaaaadioooos niñito, la gloria te está llamando.

Aaaaadioooos negrito, la gloria te está llamando.

Niñito subite al cielo, la gloria te está llamando.

La abuela nos premia con dos mandarinas y nos cobra el favor dándonos un balde a cada una, para que traigamos agua del tanque de reserva de la vecina. Después de cargar el agua, me despido y camino a casa sola. Mi papá tenía cita en la peluquería y no pudo recogerme. Mejor. Practico el canto en la calle: grito desafinada como una cabra, la gente se ríe, pero no me da pena. Me siento orgullosa, le callaré la boca a la seño Paciencia con mi canto.



El niño despierta primero todas las mañanas, todos los días. Gina no me dejó un poco de su instinto materno junto al bebé. Ese reloj interno del que hablan, en mi caso, es el niño: me jala las orejas, me toca la punta de la nariz, me sopla los ojos, y le funciona. También me habla:

—Ma, hay música afuera.

Trompeta, saxofón, bombo, clarinete; todo el viento y la percusión que da lugar a la chirimía. Un escándalo junto a la casa de las monjas.

—El muerto al hoyo y el vivo al baile —dice Carmen Emilia desde la cama del lado.

—Es muy pronto para andar bailando, acabamos de velar a una muchacha —le digo.

—Así es aquí —responde parándose de la cama.

Luz y música entran sin permiso por la ventana, también olor a hierba mojada, a tierra, a agua de río. Las dos cincuentonas madrugaron, por instinto, a preparar el desayuno para todos. En otra cama, la conductora ronca y se remueve entre las sábanas, se rasca las piernas dormida: el cuarto está lleno de zancudos, pero ninguno me picó al niño.

La requinta llama y el bombo responde, el niño se mueve poseído por el ritmo, se revuelca en la cama, resbala entre las sábanas, cae firme y abre la puerta por donde se cuela como una lombriz. Desaparece. Aparece. Me hace señas para que lo acompañe y no puedo negarme, me arrastro hasta la puerta como la Llorona. El niño baila y se sacude, parece que lleva un tambor por dentro. Va atravesando el corredor mientras los pasajeros de la canoa y los habitantes de la casa se paran a la entrada de sus cuartos, lo acompañan con las palmas, le gritan que qué sabor, le hacen coro. Las cincuentonas salen de la cocina con el cucharón en la mano, meneando las caderas. El niño levanta las manos pidiendo más, no sé cuándo aprendió a bailar así. Camino hacia él, la música se detiene y quedamos solos bajo el canto de los pájaros. La gente vuelve a sus cuartos y el pequeño se acuesta en media sala mirando al techo, donde anoche estaba Rossy, y me grita:

—Ma, estoy muerto de tanto bailar.

6

Una de las monjas me pide que la acompañe: como si llevara el hábito puesto, sostiene las manos en oración, da pasos cortos y no toma más de lo que necesita, ni siquiera espacio. Dejo al niño sentado junto a la mesa haciendo bolitas de pan. Caminamos por el corredor oscuro que lleva al patio trasero de la casa donde cuelga mi vestido como una bandera. Mary se embarcó a la madrugada con el cuerpo de su hermana, de vuelta a Quibdó. Amable y dos vecinos más la acompañaron hasta el llegadero.

Haber conocido a Rossy justo antes de su muerte la pone en mi futuro, aunque ya no esté. Quizá la visite y le lleve flores de verdad cuando regrese a Quibdó.

Una de las cantaoras, Cleo, vino a desayunar: donde hubo un muerto quedó café. Pero ya no hablamos de eso. Cleo nos cuenta que tiene cuatro azoteas en el patio de su casa, con hierbas aromáticas y flores; quiere armar otra, sembrar cebolla, para no estar pidiéndole a la vecina. Necesita que alguien le ayude a montarla. La conductora y Amable salen juntos masticando pan, Carmen Emilia se invita sola, el niño va detrás y, por obligación o curiosidad, yo también.

Cleo vive al lado en una casa levantada sobre palafitos que esconden flores salvajes, llantas de bicicleta, troncos, balones de fútbol. Caben niños de pie: indios, negros, blanquitos, zambos, mulatos, y madres acurrucadas cuando toca esconderse para seguir vivos. A la casa se sube por unos escalones de madera sobre los que se sientan niños a hacer las tareas. Veo una niña vestida de amarillo, con las piernas metidas entre escalón y escalón. La mamá, sentada junto a la puerta, desgrana una mazorca y le pregunta cuánto es 7x4, como lo hacían conmigo hace muchos años: ¿7x4? Hago silencio. Sentada en las escaleras, nerviosa, sudando, me dan ganas de llorar. Si no respondo me va a pegar otra vez con la rama mojada. Me dice que escriba: ¿7x4? Miro la mazorca medio pelada, muerdo el lápiz, hago caras como si estuviera calculando, pero no

sé cuánto es 7x4. Me va a pegar con la correa de hebilla grande. Tenía que practicar la tabla del siete. Odio el siete. Entonces me vuelve a pasar: me da risa en las manos. Siento mis dedos llenos de hormigas, no puedo agarrar el lápiz, soy una muñeca de trapo. Mi mamá le va a decir a todas las señoras que pasen por aquí que mi hermano es menor y sabe más que yo.

—Niña, escriba.

—Ma…, tengo risa en las manos.

—¿Otra vez con eso? Las manos no se ríen. Concéntrese.

El lápiz cae por uno de los huecos de la escalera, lo levanto y se lo devuelvo a la niña de amarillo. La madre me saluda levantando las cejas, tiene las manos ocupadas con una nueva mazorca, los granos cayendo, repite: ¿7x4?

No subimos las escaleras, rodeamos la casa hasta llegar a la parte de atrás. El patio: un pedazo de tierra con ropa colgando de cuerdas, árboles, un gallinero pequeño y cuatro azoteas: bancales de madera elevados —en palafitos como las casas, pero más pequeños— de los que nace cilantro, albahaca, cebolla. Pedazos de selva ordenada en cajones.

Todo es verde, excepto el escancel y alguna florecilla naranja. Las hojas son otra flor, abren hacia adentro, cargan un paisaje de caminos que pocos ven. Al niño le gusta traerme hojas de la calle, dice que no se las roba, las cambia por agua. Si arranca una hoja, echa un vaso de agua —o jugo, lo que tenga a la mano— sobre la planta. Las pegamos en la pared del cuarto, luego intenta dibujarlas con verde en su cuaderno. Dibujó hojas antes que casitas o familias bajo el sol.

—¿Por qué te gustan tanto las hojas? —le pregunté un día.

—Porque también tienen colita —me respondió sosteniendo una del tallo.

Las hojas que pegamos en la pared se secan, se doblan como un viejito. He intentado hacer hojas de tela, quedan torcidas,

imperfectas. Es más fácil copiar una flor que una hoja; la primera por compleja, la otra por simple.

El verde es el color más grande. En este patio hay verde cilantro, verde cebolla, verde albahaca, verde toronjil, verde hierba mala, verde quemado, verde palmera, verde hoja de plátano y verde plátano, verde asoleado, verde llantén, verde sauco para quitar el guayabo, verde amaranto, verde para los caballos, verde hoja de papaya, verde que pica, verde gusano, verde mata-ratón, verde eucalipto, verde musgo que abraza los árboles llenos de hojas verdes.

El niño ve una guanábana colgando de un árbol y pregunta si puede arrancarla. Le digo que no, que aún es muy pequeña, como él. Una guanábana niña. Se desanima, busca algo que cargar. Corretea a las gallinas, carga un pollito y pregunta si podemos quedarnos con él.

—No podemos separarlo de su mamá, todavía es un bebé —le digo.

—Yo lo cuido —responde sacando una bolita de pan del bolsillo.

El pollito picotea el pan y le muerde la mano al niño, que grita y lo deja en el suelo. Ya no lo quiere. El pollito corre hasta su madre y se meten juntos al gallinero, donde cantan.

Orgullosa, inflando el pecho y voleando la falda, Cleo nos cuenta que ella sola armó sus azoteas. Que un vecino le montó el cajón de madera y ella hizo el resto: vació el sustrato, arregló el compost durante días, plantó las semillas. Que no las hizo muy altas —ya no está para encaramarse en ningún lado— ni muy bajitas: si se agacha corre el riesgo de no pararse más. Las azoteas, mesitas verdes, son sus hijas.

—¿Dónde va a sembrar? No veo más cajones —pregunta Carmen Emilia.

Cleo señala una panga pequeña —de esas en las que sólo caben dos personas de pie— abandonada bajo la casa, entre los palafitos y la maleza. Está rota, se la regalaron hace poco y quiere sembrar en ella. Todos en Tagachí la reconocen, como esa banca de pueblo en la que siempre se sienta el mismo loco. La cuidaban mucho, no

aguantaba un viaje largo, pero la usaban para pescar cerca de la orilla. Hasta que amaneció rota. El niño y yo nos metemos bajo la casa, empujamos entre palafitos, como cuando pequeña empujaba el Willy rojo de mi papá las veces que se quedaba atascado. Amable y las tres señoras jalan con fuerza desde afuera. La panga sale y no la arrastramos mucho más, Cleo quiere dejarla junto a la casa, donde no estorbe.

—¿Va a sembrar cebolla en eso tan bonito? ¿Por qué no flores? —interrumpe Carmen Emilia.

—Las flores no se comen —responde Cleo. Además, así montaban las azoteas los antepasados de antes.

Mientras habla, Cleo empuja las frases como anoche los alabaos. Busca una palabra nueva, pero no conoce muchas más, y tampoco hace falta. Con «antepasados de antes», moviendo las manos adelante y atrás es suficiente. El niño hace lo mismo cuando quiere algo con todas sus fuerzas: «Ma, ese carrito», «ma, ese avión con luces», «carro de bomberos», «conejo». Moviendo las manos me pidió que le comprara una caja de veinticuatro colores, que traía muchos tonos de verde. Me valió cuarenta amapolas.

Los troncos abandonados bajo la casa sirven para armar el esqueleto en el que montamos la nueva azotea. Cleo entra a la casa, suena la licuadora. Carmen Emilia se sienta en un muro, cuenta lo difícil que es sacarse la tierra de las uñas después de sembrar plantas. La conductora responde que la solución es pintarse las uñas de color. Amable, ajeno a esos dilemas, trabaja los troncos con un serrucho, luego martilla. El niño mira lelo, no tarda en pedir que lo dejen serruchar un pedacito de madera.

Camino entre azoteas en un patio donde a todo le nace algo propio: la gallina, el pollito. El árbol, las ramas. Me detengo frente a una planta a punto de parir un retoño: a mitad del tallo sobresale un bulto, un rollito verde. Una madre es una cáscara. Guarda la semilla, cubre, protege, se abre para que salga el fruto. La madre tiene al hijo adentro, el hijo tiene a la madre alrededor. El niño es un brote que sembraron junto a mí, en la misma maceta, hace algunos años.

Bajo el sol tomamos café, el niño jugo de guayaba. Está aburrido, camina, se quita la camiseta, arranca hojas que guarda en el bolsillo. Se sube a un muro. Le grito: «¡Cuidado!». Salta, resbala, se pone de pie y sigue. La niña de las escaleras soltó el cuaderno y ahora monta en bicicleta, se pasea con su vestido amarillo sin hablar. Sonríe con los ojos. El niño, en un afán de recuperar la atención, se para junto a una enredadera, arranca una rama llena de hojas, la enrolla y se la pone en la cabeza, dice:

—¡Soy la Madremonte!

Nos reímos, incluida la niña que se aleja porque oye el llamado de la mamá.

—La Madremonte es mujer y madre. Vos sos un niño —dice la conductora.

—Entonces soy el Niñomonte —responde y brinca otra vez del muro.

Mi niño, y cualquier niño, nunca se lanzan una sola vez. No tienen miedo, viven en el suelo, de rodillas. Caerse es un juego que incluye lágrimas y raspones que los enorgullecen. Cuando salimos al mercado, le muestra su última herida al señor de los tomates, le cuenta cómo se la hizo, cuánto tiempo lloró y el señor, como si estuviera recibiendo las noticias del día, escucha hasta el final. A veces nos dan tomates de más —o cebollas— gracias a las caídas del niño.

Un pollo sale del gallinero, camina en círculos y vuelve a esconderse. El niño va tras él, se mete al corral y canta con ellos.

La estructura está lista, dice Amable. Cleo le da las gracias al muchacho, deja la taza de café en el muro y se dedica a llenar la azotea con tierra y sustrato, la conductora ayuda. No meto las manos, no sé tratar las plantas de verdad. Recojo ramas, troncos y basura. Me dedico a escuchar. Las mujeres aquí no hablan de lo que hacen mientras lo hacen. Con las manos metidas en la azotea, Cleo habla de su marido: un pescador de Murindó al que no ve hace años. Remueve la mezcla, esparce el abono mientras cuenta que lo conoció en una canoa: «Yo iba para Murindó a la misa de

aniversario de mi madrina y el negro estaba ahí en la canoa cuando yo me subí. Resultó que mi madrina también era la suya». La conductora alza la bolsa con sustrato y lo va dejando caer dentro de la canoa, Cleo sigue revolviendo. «Hablamos toda la misa, yo tenía una falda morada y una blusa morada más clara que la falda. Él una camiseta amarilla con un hueco en el hombro, una mordida de rata, me acuerdo porque luego remendé esa camiseta con hilo blanco. Antes de la comunión me tocó la mano, y yo me dejé». Del bolsillo derecho, Cleo saca un pañuelo y lo desdobla, trae semillas envueltas. Hace huecos en la tierra con el dedo índice, suspira y pone las semillas dentro, una a una, como si les diera nombre antes de soltarlas. «Él me montó la primera azotea, luego se lo llevaron, esa gente se lo llevo pa'l monte».

Cuando las semillas de la azotea crezcan, se verán como nosotros mientras viajamos por el río: quietos, esperando bajo el sol y el agua. El niño está muy callado, mala señal. Me asomo al gallinero, nada, no está. Busco entre las plantas, detrás del muro, bajo la casa. ¿Se metería a una habitación, al baño? Tampoco. Voy donde las monjas y les pregunto. No, nadie lo ha visto. El niño no aparece. La calle está sola, son más de las doce del día y toda la gente está almorzando.

—¿Será que se fue a nadar? —pregunta Amable.

—Nadar, no. Él no sabe nadar, no sabemos nadar —respondo.

—Ustedes vayan al llegadero, nosotros lo preguntamos en las casas. Debe estar por ahí jugando —dice Carmen Emilia.

El sol de mediodía pesa, quema. En el llegadero está la mujer de la guama, no ha visto ningún niño como el que le describo; huele a comida frita, a grasa. Regresa el vacío a mi vientre. ¿Qué clase de madre deja que su hijo se pierda junto al río? Una madre como yo, incompleta. ¿Qué le voy a decir a Gina? ¿Que perdí al niño que ella abandonó? Quizá soy tan mala madre como ella. Volvemos a la casa: no está. Pierdo el niño de camino a perderlo, a dos horas de llegar a Bellavista.

Lloro, corro, pido auxilio, me calmo, vuelvo a llorar con las manos metidas en los bolsillos delanteros, estiro tanto el vestido que uno de los bolsillos se rasga. Sigo caminando a paso ligero, náuseas y miedo. Me subo a la acera izquierda, toco puertas, interrumpo almuerzos:

—Hola, ¿han visto a un niño sin camiseta, mi hijo?

Un hombre, también sin camisa, que abrió masticando arroz, grita de puertas para dentro:

—Mujé, que si has visto a un blanquito.

—No, no es blanquito —le digo.

—A un niño —grita de nuevo rascándose la cabeza.

La mujer, que sale cargando un bebé, responde que no. Pregunta si ya caminé la orilla del río o si busqué bajo las camas, que a veces los niños se acuestan a dormir ahí por el calor. Digo que sí con la cabeza, no me salen las palabras. Las dos últimas casas de la calle están vacías, lo que sigue es pura selva. Lloro en silencio frente a un árbol. Doy media vuelta para regresar, pero me llega un rumor, la voz de un hombre. Me acerco: se hace más clara: «Aquí se guardan las balas». Mis pies se pierden entre la hierba, acelero el paso, árboles tapan el sol y el aire se vuelve más fresco. Aparto ramas, sigo la voz: «Esto tumba hasta un elefante». Al lado de un árbol: el niño junto a un hombre de pañuelo rojo y botas negras. Tiene un arma que el niño toca, dice: «Bum, bum». El hombre lo corrige, dice que así no suena, que más bien es: «Tra-tra». Y el niño repite: «Tra-tra».

—Te estaba buscando. —Agarro al niño de la mano, miro al hombre, que no tiene más de veinte años. Otro niño, pero más fuerte. Me alejo sin decir nada, caminando lo más rápido que puedo. Me da miedo correr dándole la espalda. De lejos escucho que grita:

—Este tiene madera. Cuídelo.

No le digo al niño que eso no se hace, que nunca más se aleje de mí,

que está castigado. No le pego ni lo llevo del brazo apretándolo hasta hacerlo chillar. Cuando un niño aparece, después de haberse perdido por juego o por descuido, nunca lo reciben con un abrazo. El miedo y la rabia se lanzan sobre él, lo pellizcan, le jalan las orejas y el pequeño no entiende por qué jugar está mal. Lo regañan por aparecer, casi por estar vivo. Cuando nos hemos alejado lo suficiente, me detengo y lo abrazo.

—El arma que tenía el señor no es de juguete. Cuando veas una de esas, aléjate.

—Sí, ma.

Tener un hijo es buscar, todo el tiempo, formas de explicar el mundo. Poner en palabras cosas terribles, milagros, presentimientos. Hablar de dinosaurios sin tener idea. A mi niño, si la historia no le convence, tranquilamente dice: «Ma, no te creo». A veces la niña soy yo y es él quien me enseña a hablar. Puedo explicarle cómo nace un río, cómo hace el ángel de la guarda para escucharlo cuando reza o por qué los búhos y murciélagos salen a pasear de noche. Incluso sé que puedo presentarle a su madre y sus hermanos. Lo que no encuentro cómo explicar es por qué un hombre carga un arma.

Volvemos al patio de Cleo, todos hablan junto a la nueva azotea. Antes de que Carmen Emilia grite o pregunte dónde estábamos, hago una señal de silencio. La conductora dice que es hora de irnos, que recojamos las cosas y nos veamos en el llegadero; toma al niño de la mano y se adelanta con él para que yo pueda buscar la maleta con calma. Les cuento a Cleo, Amable y Carmen Emilia que mi niño estaba con esa gente. Hace días se pasean por el pueblo como si fueran carnavales: se emborrachan en las tiendas, se meten a las casas, asaltan las cocinas, malogran a las muchachas, y dejan el suelo empantanado con esas botas, cuenta Cleo.

Aprendí a irme rápido y sin promesas, a no apegarme a nada que no sea el niño. Los pasajeros nos reunimos frente a la casa de las monjas. Ya nadie habla de lo que pasa, siempre queda el silencio. El niño vuelve a mi lado: «Despídete, da las gracias», le digo. Está cansado del viaje, de partir de tantos lugares en tan poco tiempo, de las preguntas que carga en el bolsillo y me hará cuando lleguemos a

casa. Deja que los brazos le cuelguen, camina distraído: triste. Si supiera que yo tampoco quiero irme, que quiero volver a casa, con las telas, flores y cuadernos. Una de las monjas me entrega una camándula, la enredo en el pingüino del niño y la meto al bolso. Nos alejamos a paso lento los pasajeros de la canoa, sin Mary, sin Rossy, sin el vestido blanco de rayas azules que cuelga en el patio de las monjas como recuerdo. De algunas ventanas se asoma una mano diciéndonos adiós.

En el llegadero sólo está Amable, que nos recibe como si nos embarcáramos por primera vez. Dice que queda poco, que pensemos en lo que vamos a comer apenas lleguemos a Bellavista. Por un momento siento el impulso de no subir, de pedirle asilo a las monjas y quedarme con el niño. Es muy pequeño, aquí no me lo pueden quitar. Luego ya veremos. Han subido todos, menos el niño y yo. Un presagio es algo pequeño, hondo, como el vacío en el vientre. Él toma la decisión por los dos y salta. Volvemos al río: esta herida llena de peces. Nos sentamos en la misma banca donde nos espera Carmen Emilia, que aclara la voz, se abraza al bolso y dice que se le está acabando el paseo, se baja en Vigía del Fuerte. Que lo mejor es que comencemos a despedirnos.

7

Todos en la canoa van adormilados, menos Amable, que conduce sereno. El niño duerme recostado en mis pies, no ha vuelto a preguntar cuánto falta para llegar. Quizá se siente confundido por tantas pausas en el camino que vive como «llegadas». Se entrega a cada lugar como si fuera a quedarse para siempre y cuando es hora de irnos jura que volverá con más tiempo.

No llegaremos a casa de Gina, quisiera pedirle a Carmen Emilia que me aloje en la suya en Vigía, pero estamos cansados de tanto viaje por agua. Tampoco quiero despedirme de ella sin contarle más cosas y que ella me cuente algo suyo. Quiero que seamos familia de río. Se da cuenta de que la estoy mirando y me pregunta qué pasa. Me dice: «Habla, muchacha». Me cuelo en sus próximos recuerdos contándole los míos.

A las nueve el bebé en la cama, tendido como artesanía de pueblo sobre una sábana blanca. Mira al techo como si pudiera ver las estrellas, el ombligo como un timbre y los pies bailando tango. No se duerme. Me acuesto a su lado, bocarriba, pero no vemos lo mismo. En el cielo raso una telaraña abandonada: peligro. Me asomo bajo la cama, sacudo las cobijas y muevo la mesita de noche buscando la araña. No está. Me acuesto de nuevo y espero. El bebé sigue despierto, mirando las estrellas.

A las once llueve. Un zancudo se mete entre el toldillo y lo pica en la mejilla. Le unto saliva. Lamo al niño como una vaca a su ternero. Maldigo al zancudo que nació en un pozo, junto a la casa.

A las tres me quedo dormida rezando para que el niño duerma.

A las cinco he llenado el tetero tres veces, y al fin encuentro el zancudo, que mato con las palmas. Se asusta y llora, el bebé llora por el zancudo. Por primera vez, le explico algo: no podemos ser amigos de los zancudos.

A las seis llega el sol al Pacífico.

Los niños son pájaros, hasta que hablan. Le cuento cosas, a él y al búho que se posa en la ventana y nos mira. Les explico cómo coser una camisa, pelar una piña, poner el casete en la grabadora y que suene: «Dos gardenias para ti / Con ellas quiero decir / Te quiero, te adoro, mi vida». Es imposible que mi niño lo repita. Infla las mejillas, quiere hablar, pero las palabras no explotan.

Una noche le enseño sólo: «Ma».

Otra noche: «No».

Lo inscribo en una escuelita a seis calles de la nuestra. Patio grande, tres salones con ventana, paredes crema y ventiladores.

—¿Por qué nos tenemos que bañar ya?

—Porque vamos a la escuela.

—¿Qué es una escuela?

—Una casa grande donde los niños aprenden a dibujar.

—Ya sé dibujar.

Se lo entrego a la profesora Martha. Le señala una torre de juguetes mientras hace señas para que me vaya. Cierra la puerta y el niño estalla. Llora la palabra «ma». Golpea la puerta, rasguña, es un gato. La profesora menciona algo de una plastilina que huele a fresa. El llanto se aleja y yo me siento recostada a la pared junto a la puerta. Pasa un señor con una carreta de plátanos, tres viejitas despeinadas, un muchacho en bicicleta. Pasan nubes y carros. Cuando el reloj da las doce estiro la mano y toco la puerta.

Le doy una madre al niño todos los días. Se la entrego envuelta en

los vestidos que me pongo para ir al mercado. Las señoras ven al niño como siempre: más grande, le hablan como a un viejo, aunque sólo tiene tres años. Me entretengo eligiendo un coco grande: que el agua alcance para los dos. Las risas de las señoras señalan al niño. Se quitó la camiseta, el pantalón corto, camina desnudo con la ropa en la mano, entre poncheras de pescado y carretas de lulos, piñas y mangos. Acalorado, brilla bajo el sol. Me río con ellas y no le digo nada al pequeño, la madre que le doy lo deja ser niño.

Hoy es su cumpleaños, un sábado de agosto, soleado y con el viento que refresca terrenos abandonados en pequeños cerros donde los niños juegan fútbol y elevan cometas. Le compré una con forma de pájaro, y una torta, de regalo. Sopla la vela y pide:

—Quiero un Golty.

Cuido al niño desde de la ventana, juega arrancayuca con seis pequeños más de su edad. La calle en la que vivimos es un callejón sin salida lleno de árboles que durante Navidad se llenan de luces. El niño más grande se agarra de un árbol y los otros hacen fila tras él, tomados de la cintura. Uno, dos, tres: halan con esa fuerza infantil que termina en risa. Cae el niño siete, que se sacude el pantalón y se sienta en la acera a mirar. Uno, dos, tres: gritan, halan, pero ninguno cae. Una mujer llama: «¡Kamir!», desde una de las casas vecinas. El niño seis abandona el juego y se mete a su casa. Uno, dos, tres: caen la niña cinco y la niña cuatro. Se sacuden la ropa y se quedan junto al árbol. Uno, dos, tres: mi niño y la niña dos jalan con fuerza al niño uno, la yuca mayor, agarrada del árbol como un piojo. Nada. Dejo la ventana y abro la puerta, me preparo por si el niño pierde. Uno, dos, tres: jalan de nuevo y cae, mi niño, muerto de risa. Ni siquiera se limpia los pantalones. Los niños —arrancados— gritan al unísono: «¡Isa! ¡Isa ¡Isa!». Uno, dos, tres: Isa abraza al niño del árbol por la barriga, sonríe y jala. Salgo en piyama para ver de cerca el final, tres madres más hacen lo mismo. Isa jala como si de eso dependiera su próximo regalo de cumpleaños, las manos empiezan a resbalarse, las sandalias, el sudor le baja por la frente. Isa pega el último grito, arranca al niño

uno y caen juntos. Isa Gana. Mi niño, al verme, se acerca y me enseña los codos, que sangran. Mientras lo curo en casa me cuenta todo el juego que vi desde la ventana.

Los recuerdos que le cuento a Carmen Emilia se enredan en los mangles, flores y frutos que no se ven ni se pueden comer, que están allí junto a las historias que guarda la selva y los cantos de los pájaros saltarines. Ella me mira con más intriga que antes, como queriendo averiguar cuándo me salieron las cinco arrugas que tengo en la cara. Cansada de mirar el río, que también es una arruga sobre la que ha llovido mucho, me pregunta:

—¿Cuándo se lo va a decir?

—No sé si se lo voy a decir. No quiero perderlo.

—Los hijos son más del río que de las madres.

No dice más nada, me deja con esa verdad que las madres —incluso las que son como yo— nos decimos todo el tiempo, pero no logramos creer.

Sé que no es mío, por eso lo cuido más: me levanto dos veces en la noche a ver cómo está, le compro ese yogur caro que trae defensas —no creo que traiga, pero me siento tranquila cuando se lo toma—, lo dejo salir a jugar y lo cuido desde la ventana. Una madre teme perder a su hijo en cualquier momento y yo temo el doble porque no es mío. Si Gina quisiera quedarse con él, tendría que llevarme a mí: soy del niño, que sigue recostado, dormido encima de mis piernas. Quiero despertarlo, decirle las palabras que nunca le digo, que no me atrevo a pronunciar porque no es mío. Que le queda bien la gorra, que está más grande, que los dibujos que hace son los mejores de su salón: que es un artista. Eso dice más que «te amo». Un día me encontró en el patio lavando la única almohada que le gusta, con el relleno de algodón por fuera, la puse a secar al sol como si fueran frijoles o arvejas frescas. Me preguntó:

—¿Qué es «amor»?

—¿Dónde dice?

—Un niño dijo que su mamá siempre le dice al papá: «Amor, ya está la comida», pero él no se llama Amor, se llama Ricardo. Otros dijeron que sus mamás hacen lo mismo. Luego me preguntaron si tú también le dices «amor» a mi papá.

Separé el algodón con los dedos para que se secara rápido y el niño tuviera la almohada seca para la noche. Del amor le dije que era todo lo que se podía hacer con las manos y que es un apodo que la gente usa cuando se tiene mucha confianza y comparte almohada. Luego me lo llevé a comer helado.

La conductora apaga uno de los motores, tararea una melodía: trabajo y canto. Apoya las manos en el borde de la canoa, parece tan cansada de llevarnos río abajo, medio dormidos, con el peso de lo que tenemos que hacer al llegar. Yo también estoy cansada de cargar al niño, de recordar, de ser fuerte. Los ojos me pesan.

Un sueño: estoy con mi mamá en el malecón de Quibdó cuando una ola café crece a la altura de la catedral. El río se levanta furioso, lleno de espuma y basura, tapando el sol de las tres de la tarde. Agarrada de la mano derecha, mi mamá lleva una niña: yo cuando tenía nueve años. A la izquierda, también aferrada a su mano: yo con la edad que tengo ahora y el niño de mi mano. Niña, mamá, mamá, niño. Los cuatro corremos entre calles calientes sin soltarnos, alejándonos del río. Le pido a mi mamá que se quite las sandalias, que así no podemos. Obedece. Les digo hacia dónde correr: soy la mamá del niño, de la niña, y de mi madre.

Abro los ojos recostada en el hombro de Carmen Emilia, con el niño aún en mis piernas. Ella también dormía, como una gallina vieja, y se despierta apenas levanto la cabeza.

—Dios mío santo, bajá y ve. Llegamos —dice Carmen Emilia.

—¿Llegamos? —dice el niño despertándose.

—Llegué yo, ustedes siguen.

—Ya quiero llegar —dice el niño llorando, cansado, con rabia.

Lo abrazo y le prometo que falta muy poco. Lo que al niño le duele por fuera me duele a mí por dentro.

Amable viene hasta nosotros, quiere ayudar a la señora con los bolsos y llevarla de la mano hasta que toque tierra. Ella se pone de pie, alisa la falda con las palmas de las manos, anchas y gruesas, mira alrededor y yo la miro a ella: tantos años arrumados en una cara. La blusa empapada de sudor por el bochorno. Se acerca y me susurra: «Mamá es la que limpia oídos mientras le llueven palmadas de muchachito en la cara. Pero, cuando él crezca y agarre calle, no se acordará de lo que vos hiciste para que pudiera oír los pájaros». Me da un abrazo en el que me deja todo su cuerpo y siento que me voy a caer al río. Luego pasa la mano por la cabeza del niño y le dice que, si quiere crecer, tiene que comer más aguacate —sabe que no le gusta—. Él le dice que sí, señora, y se agarra de mi vestido. La canoa, amarrada al muelle con una soga débil, se mece sobre las olas tímidas del Atrato. Carmen Emilia se despide de todos voleando la mano; a la conductora le da un abrazo más largo que a mí. Se baja —pisa las tablas del muelle— con el cuerpo cansado de tanto río. Amable, que aprendió a llorar durante el viaje, le devuelve el bolso, la maleta y recibe una palmada en el hombro. Ese oficio lleno de despedidas le hace daño. O lo hace más fuerte. La señora se aleja, sube una rampa de madera y se pierde entre un montón de árboles que tapan las casas donde la visitaremos algún día.

Encima de una rama que flota en el río, una garza toma decisiones: volar a la derecha o a la izquierda, hacia el golfo de Urabá o el valle del Cauca. Se queda mirando a la derecha un momento, despidiéndose, y vuela hacia la izquierda, hacia donde vamos. El río Atrato es una mujer negra alimentando a sus hijos, ríos estrechos que le nacen y dan de comer a pueblos pequeños. La canoa se desvía del curso natural e infinito del agua y entramos en uno de los hijos del río, el último brazo negro que nos falta recorrer.

Los árboles nos quieren rasguñar. Prefiero ir por la mitad, la orilla me asusta: imagino mis pies bajo el agua, moviéndose como lombrices; agarrada de una rama sin saber que, junto a ella y entre hojas más grandes, se oculta una serpiente roja. A la orilla siempre

hay alguien más queriendo salvarse.

—¿Oyes los pájaros? —le pregunto al niño queriendo escapar del miedo.

—¿Cuáles? ¿Esos que gritan como niños?

—Sí. ¿Qué dicen?

—Que tienen hambre.

Mi niño y el niño de Gina, un río pequeño que ella no alimentó y tuvo que llenarse conmigo, agua de lluvia. Entre ellos —madre y niño— hay un pedazo de tierra pantanosa con huecos como los que dejan las dragas después de llevarse el oro. La lluvia no alcanza a llenarlos, el daño es irreversible; por más que ella quiera hacer algo, no puedo curarla de la ausencia, de las palabras no dichas. Yo soy la mamá: yo le canté, le di de comer, le limpié los oídos. También le enseñé a ser un buen niño. Quizás lo único que he hecho todo este tiempo es prepararlo para que perdone a su madre. He sido el puente sobre el pantano que atravesarán juntos hasta llegar al río. Ya no me necesitan. Dentro de poco, madre y niño nadarán solos, sin mí.

8

Hay tres soles diferentes, o eso decía una mujer que pasaba por el barrio hace muchos años. Despeinada y en sandalias tres puntadas, se paraba en media calle a gritar: «Son tres, son tres. Vean ve, hay tres soles que se turnan durante el día: el de la madrugada tiene pacto con los gallos; el del mediodía seca la ropa y calienta el arroz; el de las seis de la tarde, el milagroso, cambia el color del cielo a su antojo. Son tres, son tres. Vean ve». Luego seguía caminando como cualquiera camino a su casa.

Pelearía con uno de los tres soles, el que tenemos al frente en este momento, cansado de quemar la piel de los campesinos y a punto de enterrarse en la tierra junto a los muertos. Pelearía por el niño y como el niño: gritaría que es mío hasta que, resignado y mudo, el sol se hundiera en la selva hasta el día siguiente.

Nos acercamos a la orilla bajo un cielo naranja que pronto será rosa, violeta, índigo estrellado. La conductora o Amable —sigo mirando al cielo— apaga los motores y la corriente termina de acercarnos al pueblo. En el muelle de madera que nace de la orilla y se mete al río como una raíz, desembarca una canoa más pequeña que la nuestra. Se bajan mujeres indígenas envueltas en parumas, niños de pantaloncitos rojos, hombres con guayucos y el pecho al aire, como las mujeres. Llevan sacos de tela en la espalda y ollas abrazadas junto a la cintura. No quieren llegar, no vienen de paseo, no miran más allá de sus pies descalzos. Su mirada es corta: que no se quede nada en el bote, que nadie se caiga al bajar. Lo he visto antes en el malecón de Quibdó: indígenas que no dejan de mirar al suelo. Los acaban de desplazar y sólo tienen sus pies.

Vemos pasar una lancha rápida con los hombres de verde y rojo: son más de las seis de la tarde. La conductora grita que ya podemos bajarnos y que apuremos, no podemos pasar más tiempo en el río. El niño se pone de pie y se estira. Me dice: «Bienvenida», como si fuera el dueño del pueblo. Ni siquiera sabe dónde estamos y a qué vinimos; no necesita un plan. Sabe que nos quedaremos en casa de

una amiga mía, se lo mencioné durante el viaje. Sabe que hará amigos y le darán comida en todas las casas. También me levanto, sensación de hormigas en las piernas, odio hacia el río que sigue su curso, cómplice de la tristeza, de la separación de familias. Hace muchos años el río era de la gente del pueblo y de la selva, a todos nos daba de comer. Era piscina, baño, carretera. Era nuestro. Lavábamos la ropa en él: mi mamá me manda al río con una ponchera llena de camisetas y una pasta de jabón azul. Me dice que lave hasta lo que llevo puesto. Es el día de mi cumpleaños, lo sé porque encima de la ropa pone una muñeca de plástico y dice:

—Vea lo que le traje. Hoy es su cumpleaños.

No me dice qué día es ni cuántos años tengo. Me da miedo preguntar. Tampoco deja que juegue con la muñeca, dice que eso más tarde, que primero la ropa.

Salgo al patio de la casa, camino entre sábanas colgadas que huelen a coco. Las escaleras que llevan al río están empantanadas, lisas por la lluvia. Camino despacio porque no quiero bajar sentada como la última vez. A la orilla: una niña lavando ropa, es mayor que yo. Me siento a su lado y nos damos cuenta que mi mamá no me dio el rayo para estregar. Me presta el suyo. Volteo la ponchera y las camisetas caen al agua, les pongo piedras encima para que no se las lleve la corriente; recojo agua en la ponchera, como la niña, acomodo el rayo adentro y monto la primera camiseta encima de él. Unto el jabón azul y estrego, pero no hace espuma. La niña habla: «El rayo está al revés». Parece una sirena de río con trenzas y ojos cafés. Escurre su ropa y la acomoda en su ponchera de plástico verde.

—Voy a subir ya, ahora me das el rayo —dice.

—Te cambio mi jabón por el tuyo de coco —digo estirando el brazo con el jabón azul encima de la palma.

—Te lo regalo —lo pone junto al azul y camina hacia las escaleras.

Estrego las camisetas diez veces por cada lado como dijo mi mamá. Las enjuago en el río hasta que no salga jabón, ni pececitos enredados.

La ponchera llena de ropa limpia. Me lanzo al río con la ropa puesta: un vestido de flores que tengo desde chiquita y uso de piyama porque un bicho se comió una de las mangas. Le unto jabón sin quitármelo y estrego sólo la parte de abajo, los boleros rosados. Chapuceo, no me alejo de la orilla porque no sé nadar. Agarro peces y los libero, lanzo piedras, guardo alguna con forma de corazón entre los calzones. Floto bajo el sol caliente. Miro los pájaros que no he aprendido a dibujar. Canto el cumpleaños a mí hasta que me quedo sin voz y regreso a la orilla con el vestido oliendo a coco. Mi muñeca de plástico me espera.

Toco el recuerdo antes que el piso de Bellavista. Me fui tan pequeña como mi niño; todo lo que no hice por voluntad propia, lo hago para el niño. No por la madre, no merece que lo haya traído. Lo hago para que no meta papeles y me quite la custodia. Para que no se aparezca un día en mi casa y le diga que ella es la otra mamá del dibujo.

Pasamos por encima de las bancas vacías, somos los últimos en bajarnos y saltar al tiempo que el sol termina de ocultarse. ¿Y si me voy con alguno de los pasajeros, cambio el plan y hago de este viaje lo que debería ser: un paseo? Con afán y custodiados por el cielo índigo nos despedimos. Voces al tiempo: Adiós, comadre. Que estén bien. Pasen por mi casa. Cuida ese niño. Dios la bendiga. Gracias por todo. Nos vemos en misa. Adiós, adiós.

Los indígenas ya se han ido, los pasajeros de nuestra canoa también. Sólo queda Amable asegurando los motores bajo la oscuridad.

—¿Por qué no se van? —grita Amable— ¿Tienen donde quedarse?

—En un hostal —respondo.

—¿Por qué dices mentiras, ma? —interrumpe el niño.

—Tengo una amiga, pero me da pena llegar tan tarde. Hoy nos quedaremos en el hostal.

Amable cumple viajes en vez de años. Tenía diecisiete hace dos días, cuando dejamos Quibdó. Ahora parece de veintitrés: no como muchacho de ciudad, sino de pueblo con río. Veintitrés que pueden

ser treinta o más; una edad en la que no da miedo quedarse entre dos oscuridades: el cielo y el río.

Nos despedimos —después de agradecerle—, él se queda recogiendo la basura que la gente tira con disimulo y termina flotando en una bolsa negra por el río. En lo profundo no hay espacio para lo que no pertenece a ese lugar, lo que no ha nacido allí, flota.

Subimos del río agarrados de la mano, pegajosos, como untados de melaza por el bochorno. Con la noche no llega el fresco del Pacífico ni el viento del este, corrientes que chocan arriba, en el cielo, creando aguaceros que bañan las casas de la selva y desbordan los ríos. Los viejos dicen: «Está lloviendo en la cabecera. Ya viene el río a meterse a las casas, a dañar neveras y arrastrar camas y colchones». El río se metía hasta la cocina de la casa de algunas amigas. Nosotras, en el patio estudiando, no teníamos más remedio que subir los pies a la silla y dejar que siguiera su curso.

Los grillos suben el volumen hasta opacar el canto de las ranas. No hay luna en el cielo, dos farolas iluminan la calle principal donde vemos la iglesia, una escuela y casas vecinas. La iglesia es nueva, la construcción más grande del pueblo. Antes era un ranchito con una cruz y una canasta para la limosna, vacía casi siempre. Me arrodillo y ato el cordón del zapato izquierdo del niño que se suelta cada diez pasos. Desde abajo, la iglesia es de un color sin nombre. Puede ser curuba en leche, o rosa envejecido, o jarabe para la tos o cuaderno gastado. Es vela de iglesia. O mejor: hojaldre azucarado. Me levanto y le pregunto al niño de qué color la ve. Sin dudar dice: color «barriga de perro callejero».

Nos metemos por una callecita acelerando el paso. Empiezan a caer gotas del tamaño de una moneda de cincuenta y los faroles se apagan dejándonos a oscuras y un poco perdidos. La planta de energía no funciona de siete de la noche a seis de la mañana. Velas de colores, como las que le ponemos a la Virgen del Carmen en diciembre, son encendidas por las señoras de las casas, las dejan en la ventana o en una silla junto a la puerta. Cuatro, cinco velas después, encontramos el Hostal Encanto. De niña, el nombre me hacía pensar en las historias de terror de los viejos, donde una

bestia de río encantaba a los maridos y los convertía en ratas de monte. Decían que las brujas del pueblo se reunían a repartirse cosas que nunca oí porque me tapaba las orejas y salía corriendo. Por Encanto pasaba caminando rápido y sin mirar y todos los niños hacían lo mismo. De ese lugar salían gritos miedosos. Luego descubrí que allí se reunían a practicar las señoras del coro de la iglesia; algunos viejos, borrachos de viche y asoleados después de haber pescado toda la mañana, también entonaban sus boleros.

Pero hoy entramos a Encanto, la casona de cemento. Dos veladoras encima de una mesa alta iluminan el recibidor y la cara de una flaca larga de pelo alisado que nos recibe. Hasta aquí oigo a los grillos que parecen unirse a los del pueblo de al lado. Canta uno, cantan todos. La flaca, sudando, me dice que la diferencia entre las habitaciones es el tamaño de las camas; que no hay tele, ni ventilador, ni mucho menos baño privado. Pido una con dos camas pequeñas. Seguimos a la mujer por un corredor estrecho, casi llegamos hasta el patio. Abre la última puerta y nos da paso. Con su vela enciende otra sobre la mesita de noche y nos da el discurso de bienvenida: «El baño queda afuera. No salgan descalzos, ayer se me quebró un vaso y siempre quedan vidrios metidos por ahí. En el cajón de la mesita hay más velas y el toldillo está colgado del techo, sólo tienen que soltar la cuerda y dejarlo caer. Revisen que no haya zancudos dentro antes de dormir. ¿Algo más?».

—Tenemos hambre —dice el niño.

—No vendemos comida. Pero tengo pan y salchichas en lata. Ya vengo.

La mujer deja el plato con la comida y un vaso de limonada. Le doy todo al niño, que cae dormido después del último bocado.

A la luz de una vela color iglesia, le quito los zapatos y la ropa; desato el toldillo y cubro la cama. No voy a dejar que Gina me lo quite. Ella tiene más hijos, yo sólo este. Me dirá que soy joven y puedo tener mi propio niño. No quiero otro, quiero este capaz de encontrar las orejas de las flores. ¿Un niño igual a mí? No quiero eso. Qué difícil buscar zancudos con esta luz. Unto al niño de Menticol, con la vela ilumino las esquinas de la cama dando palmadas suaves sobre la sábana para espantar los zancudos. Sin

darme cuenta, quemo un pedacito del toldillo azul y le abro un hueco del tamaño de una uva por donde caben muchos zancudos. Lo único que me falta es que lo pique el mosquito del paludismo, más razones para que la madre me lo quite. Con la vela alumbrando desde la mesa, busco en la maleta una cajita metálica que alguna vez guardó dulces. Hilo y aguja, puedo enhebrarla hasta con los ojos cerrados. Remiendo y pienso que ojalá no me lo cobren. Aguanto la respiración unos segundos, no escucho ningún volador, entonces salgo del toldillo.

Desde mi cama miro al niño bajo esa cascada de tela; tan pequeño y ronca. Una lluvia ligera cae sobre el techo de zinc, el croar de las ranas se impone sobre los grillos y me arrulla. Cierro los ojos, el niño aún es mío. Llegar de noche a un pueblo es como no haber llegado.

Antes de las seis de la mañana salgo al patio con ropa limpia en la mano. El cielo opaco, todavía llueve. En el centro: un árbol de marañón y una guagua encerrada en una jaula.

—Se llama Cristy —me dice la flaca que entra al patio asustándome.

—Buenos días —digo.

—Le dije que no caminara descalza. Y usted no sabe andar sobre las piedras.

La rabia me hace caminar, como si nada, hasta la jaula de la guagua. Pobre, cuando se muera se la van a comer sudada con yuca y sal. Los marañones aún verdes. Cruzo de nuevo y entro al baño: un cuarto gris como el hostal que de Encanto sólo el nombre. Adentro una caneca roja llena de agua. Dejo la ropa en el único pedacito del suelo que no está mojado y me baño sin jabón ni champú.

Vuelvo a la habitación envuelta en un vestido amarillo que me hace ver más pálida, y con el pelo chorreando. El niño se tira de la cama, me muestra un zancudo que acaba de matar y está pegado a la pared. Una mancha de sangre, sangre que le chupó al niño durante la noche.

Sin acercarnos del todo, le presento la guagua al niño y lo dejo bañándose mientras empaco la ropa. Grita desde allí que si podemos tener una guagua Cristy. Me acerco a la puerta del baño doblando una camiseta y le digo en voz baja que no grite, que va a despertar a la gente; y que las guaguas muerden.

Niño vestido, mamá peinada y ropa lista. En la recepción ya no está la flaca, en su lugar, un viejito de gorra café nos da los buenos días y me pasa un papel amarillo con la cuenta. Pago y le pido que me cuide la maleta, que más tarde paso por ella.

El cielo encapotado escampó hace poco y la lluvia da paso a los chorritos de agua que caen de los techos a los tanques de reserva. Mis sandalias se entierran en el pantano, salpican mi vestido. El niño salta en los charcos como si fuera un juego.

—No hagas eso, te acabas de bañar.

—¿Estás brava?

Pasamos la iglesia, la escuela y entramos a una cafetería que tiene un par de mesitas, sillas de madera y olor a pan caliente. Una niña como de quince años nos ofrece palito de queso, masitas y pan. Pedimos un palito —sólo puedo pagar uno, el del niño—, un café y un jugo de lo que haya. La niña dice que todo suma dos mil doscientos pesos.

Traen el desayuno, hago preguntas que el niño responde con la boca llena:

—¿Te gusta el pueblo?

—¿Dónde están los animales salvajes que dijiste que había?

—En la selva.

—¿Y cuándo los veremos?

—Es peligroso.

—¿Entonces a qué vinimos?

—¿Recuerdas que desde pequeño te enseñé a dibujar dos mamás?

—Sí.

—Vinimos a ver a la otra mamá del dibujo.

—¿Por qué?

—Quiere conocerte.

—¿Por qué?

—Te extraña. ¿Quieres conocerla?

Se encoge de hombros y mastica. La niña de quince trae un jugo de lulo cuando él se ha comido el palito. El café aguado. La lluvia afloja de nuevo y la gente se refugia en la cafetería.

—¿Y si ella quiere que te quedes?

—¿Quién?

—La otra mamá del dibujo.

—¿Cómo se llama?

—Gina.

—¿Es como yo?

—¿Negra?

—Sí.

—Sí, es negra como tú.

—En la escuela se ríen porque yo soy negro y tú blanca.

—En la escuela no saben que ella te abandonó y nunca mandó regalo de cumpleaños ni plata para los uniformes.

—¿Es mala?

Dejo el dinero exacto en la mesa y salgo de la cafetería sin mirar al niño, sin esperarlo. Él sale corriendo tras de mí. Paso la iglesia y giro por una calle que se alza sobre un puente de madera. El niño grita que lo espere, pero finjo no escucharlo. El puente tiene salidas a casas que se levantan sobre palafitos. Afuera de una hay ropa colgada, la señora que vive allí está en misa o dormida y se le están mojando dos sábanas blancas, una bata rosa, un mantel de cuadros rojos. Recojo la ropa y la dejo en una silla a la entrada, bajo techo. La lluvia no cesa. Sigo caminando, el niño me agarra de la mano. Me suelto. Corro el último tramo, las tablas crujen; abajo maleza, agua estancada, animales pequeños que podrían matar de fiebre a un niño. Me detengo frente a una casa azul, la que me describió Gina. Afuera un letrero que dice: «Se hacen trenzas».

—Llegamos.

—¿Y los tigres?

Una mujer abre la puerta. Es Gina: falda verde, delantal blanco, descalza con la misma cara redonda displicente de hace años. Me mira, una mano en la cadera y la otra tapando la boca. Antes de que hable, agarro al niño de la mano, me acerco a la puerta y lo empujo hacia ella. Digo: «Mirá, tu hijo», doy media vuelta y deshago los pasos tan rápido como puedo. El niño camina tras de mí llorando, se tropieza con una tabla y cae. No volteo, escucho el golpe y el llanto que sube de tono. La lluvia me empapa la cara y es entonces cuando puedo llorar. Gina levanta al niño, lo consuela mientras yo sigo caminando.

Abrir los ojos bajo este río es inútil: sólo sombras. Me doy vuelta y floto cerca de la orilla. Ojos cerrados al cielo. Mi cuerpo a la deriva en el agua tibia, bajo el canto de los pájaros, sobre peces pequeños que me acarician los pies y nadan entre mi pelo con hambre, siempre con hambre.

Nunca pensé tener un hijo. Parir amarga y cierra a las mujeres, las convierte en madres egoístas, cangrejos impenetrables que se esconden en un exoesqueleto desde el que atacan con tenazas afiladas. Madre o mujer; a ninguna madre se le perdona que quiera ser mujer después de un hijo: arreglarse, ir a bailar a una caseta, pintarse la boca está prohibido: «Vela ve, ¿a dónde vas tan arreglada? Pa estregar el patio no hay que pintarse, comadre». De dientes para afuera es idílico. Las madres naturales dicen que nada es tan grande, que lo que sentimos el resto de humanos no alcanza, es pequeño, insignificante. Orquestas de brujas recién paridas juran que una mujer que no ha tenido hijos no sabe de dolor ni de aguante, que es una pobrecita incompleta.

A la sombra es doloroso. Soledad, miedo, hasta una madre primeriza tiene que acunar al bebé con la soltura de una madre experta, como si cargara una libra de azúcar o una papaya. Mentir. Rezar. La madre desvelada piensa que tanto sacrificio se compensará con el bebé que será un buen niño y adolescente que llegará a la cima de sus días y envejecerá a su lado, porque ella es la madre, la dueña.

Gina y yo somos madres incompletas: ella lo parió y no le dio nada, yo no lo parí y le di todo. No padecemos la enfermedad de la madre cangrejo; el niño no es del todo mío, tampoco de ella. ¿Los busco? ¿Agarro canoa y me regreso a Quibdó sin niño? ¿Dejo a la madre aquí y sigo siendo mujer, solamente?

Al canto de las águilas pescadoras se une el motor de una lancha que pasa a toda velocidad cargada de comida, y el grito de un niño: «¡Ma, tú no sabes nadar!». Chapoteo, mis pies tocan las piedras resbalosas del fondo del río, me pongo de pie y me paso la mano por la cara para quitar el agua y ver al niño, junto a Gina, mirándome desde el plan. Camino hasta la orilla escurriendo el vestido con las manos. Gina desenreda un pedazo de tela, un chal violeta que trae amarrado a la cintura, y camina hacia mí.

—¿Qué vas a hacer? —digo retrocediendo.

—Secarte —responde.

Gina toma mi pelo largo y lo escurre: no le da vuelta como a una

falda empapada, lo aprieta como masa de pan. Luego lo envuelve con el chal, da dos vueltas y lo monta sobre mi cabeza, improvisando un turbante. Me arranca una sonrisa tímida que se corta cuando me pregunta por qué hice eso, por qué me fui.

—Porque es tu hijo, me lo reclamaste.

—Quería verlo —responde seca, cortante.

—¿Por qué no llamaste antes? —Me detengo.

Gina se moja la cara con agua del río, en silencio. Esconde la pena tras una mueca de rabia que resalta las arrugas de la frente, marcas, cicatrices de lo que duele por dentro.

—¿Y los otros niños? ¿Dónde están?

—Me los mataron —responde quitándome el chal violeta de la cabeza.

El niño grita «ma» y las dos respondemos «qué» al tiempo. Él se ríe y dice que tiene hambre de almuerzo, la barriga del pequeño y el sol dan las doce. Gina menciona un restaurante sabroso, dice que nos invita. Me pongo las sandalias y las dos madres caminamos a la orilla del río; el niño se adelanta corriendo, salta, guarda piedras en el bolsillo. Quizás se siente completo.

—¿El restaurante? —pregunto señalando una casona de madera encima de un morro de tierra ocre y maleza, entre palmeras y tanques azules de agua. Grande, un letrero en aluminio que dice en letra roja: CANOA RANCHÁ.

Subimos unas escaleras de tierra, nos recibe una mujer: vestido rojo, sandalias rojas, flor roja enredada en el pelo afro. Fascinante. Se llama Estela. Nos pega un beso en la mejilla y acomoda una mesa con vista al río para Gina, el niño y yo. La casona abierta como las viviendas indígenas, un salón grande con mesas y sillas de madera. La puerta ancha cubierta con una cortina de canutillos da paso a la cocina donde trabaja una amiga de Gina. Cuenta que su pescado frito de cola tostada es el mejor del pueblo.

La poca brisa que llega mueve la paja del techo y termina de

secarme el pelo, la ropa. Estela trae patacones y limonadas. El niño se levanta, hay un loro en una jaula mirando hacia el río, lleva una silla y se sienta a conversar con él.

—Lorito —dice el niño.

—Lorito —repite el loro.

—Feo —susurra el niño.

—Feo vos —responde el loro y el niño se ríe agarrándose la barriga.

A todo volumen suena esa canción de Niche que dice: «Blanco corriendo, atleta; negro corriendo, ratero; blanco sin grado doctor y el negrito yerbatero». Gina hace señas a uno de los meseros para que le baje un poco a la música y se come un patacón con los ojos cerrados, «buenísimo», dice.

—¿Cómo pasó lo de tus hijos?

—A los dos mayores se los llevó esa gente hace seis años. Una noche tocaron la puerta, se metieron a la casa y los obligaron a ponerse botas de caucho. A las malas. Que iban a estar por Unguía, me dijeron antes de llevárselos. Pero la última vez que recibí noticias los tenían en Acandí. Luego me llamó una mujer de Condoto: «Los mataron cuando intentaron volarse». No pude hacer nada para que me devolvieran los cuerpos de mis muchachos. El menor murió de paludismo hace seis meses, no tuve con qué llevármelo para Cali a que lo atendieran.

—Lo siento —digo mirando al niño.

—Así es la vida aquí. Y marido no tengo, esos hombres de hoy sólo quieren beber viche y andar el río. Hace años que trabajo cogiendo oro, también lavo ropa ajena —dice mostrándome las manos marchitas—; es difícil estar todo el día agachada. Remuevo el fondo del río con la mano, piedras a la batea y empieza la movención: meneo y voy sacando todo lo que no brille; quedan uno o dos granitos de oro, los echo al delantal y repito.

—Yo hago flores artificiales y marcos de madera para cuadros, con eso nos mantenemos —le digo escondiendo mis manos bajo la mesa,

manos de niña que no lava un trapo: pequeñas, insípidas y con lunares; iguales a las de mi mamá y mi abuela, que con los años se fueron poniendo anchas y no podían enhebrar la aguja.

—Las dos trabajamos con las manos —me dice Gina.

—Aquí todas las mujeres, hasta las blancas, trabajamos con las manos —respondo.

Estela trae platos humeantes encima de una bandeja, el niño abandona al loro, se sienta y se come todo: pescado frito, yuca, papa. Empuja hacia el borde unas rodajas de tomate verde que odia, no lo obligamos a que se las coma. Termina con pescado hasta en las pestañas. Gina me pide permiso para lavarle la cara. Que no tiene que pedirme permiso, le digo, que el pelaíto es suyo también. El niño, harto de las indirectas, dice:

—Yo soy mío.

Le decimos que sí, que tiene razón, pero el loro nos quita la palabra, irrumpe con un grito: «Mío, mío, mío, mío». Estela le grita al loro: «Cállate, Roberto», mientras Gina va de la mano con el niño hasta el lavamanos, junto a la cortina de canutillos de la cocina. Lo que queda de limonada en el vaso me lo tomo de un sorbo y los miro: su forma de querer es tosca, abre la llave y pone las manos del niño bajo el chorro, lo cierra, se unta jabón y luego unta al niño. Manos negras pequeñitas entre manos negras anchas, pesadas, sabias. Hace espuma como batiendo el chocolate y lo enjuaga. Le pasa la mano húmeda por la cara, sin atisbo de ternura, y lo seca con una toalla que lleva Estela.

—¿Ya? —pregunta el niño.

—Anda pues, ve a molestar al loro —responde Gina.

Nos traen dos cervezas en lata muy frías, me pongo la mía en los cachetes para refrescarme. Gina se la toma en un minuto.

Entre el silencio que deja el cambio de una canción a otra, escuchamos, a lo lejos, unos disparos. Me paro de la silla, Gina me dice que tranquila, que están lejos todavía. Le cuento lo que vimos

en el río durante el viaje y ella responde que la gente del pueblo tiene miedo, pero nadie los escucha. Es como pedir ayuda desde un pozo oscuro y profundo, dice.

Dejamos el estadero, a Estela y a su loro. Son las cinco o seis, el sol cansado, el calor de la caminata junto al río me dibuja un bigote de agua encima de los labios. El niño no camina en medio de nosotras; nos deja botadas, tiene la energía que le falta al sol. Gina me convence de pasar la noche en su casa, para ahorrar. Mañana por la tarde sale una lancha rápida para Quibdó, de esas que llegan en siete horas; le preguntaremos al niño si quiere irse conmigo o quedarse con Gina un tiempo. O para siempre. También hablamos de compartirlo:

—Que se quede un año con vos y otro conmigo —dice Gina.

—O te vienes a vivir a Quibdó… para no cambiarlo de escuela cada año —respondo.

No me importa si para que el niño se quede conmigo tengo que recibir a la madre. Las dos, igual de solas, buscamos en él un motivo para seguir viviendo en una tierra de madres abandonadas. Madres del mismo niño, un parentesco sin nombre. ¿Cómo llamarla de ahora en adelante? ¿La mamaemihijo?, muy largo. Mejor, como dice el niño: «MA». Gina es la primera «MA», en mayúsculas; y yo la segunda «má», diferente, con tilde. Juntas: MA-má.

Paramos frente a la puerta de la iglesia: no hay misa. Tres señoras mayores con mantillas blancas tejidas a mano rezan el rosario arrodilladas en la última banca, cerca de la puerta. El ventilador hace ondear las mantillas, ellas las agarran para que no se vuelen. Las faldas rectas. Cafés. Sandalias que dejan ver los talones duros de mujeres bien caminadas. Dos vecinas le ponen charla a Gina, le preguntan de quién es el niño. Aprovecho para dejarlos un momento y traer mi equipaje del hostal.

Le agradezco a la muchacha flaca de Encanto. Tomo la maleta y camino de nuevo hacia la iglesia bajo un lucero que brilla en el cielo rosado. Camino la acera mirando por las ventanas de las casas, me cuelo en las tardes de un señor en camisilla que embola sus zapatos negros, una niña que arma un rompecabezas, una

muchacha descalza que riega veraneras rojas, rosadas y lilas. Cruzo la calle, aparecen dos nubes en el cielo acompañadas de una brisa fresca y extraña para las señoras acostumbradas al bochorno entre sus piernas. El viento arrastra el par de nubes para que lluevan río abajo. Gina y el niño siguen en la puerta de la iglesia, esperándome. Junto a ellos parezco la delegada de una misión comunitaria o una periodista de esas que vienen dos días, miran a la gente desde unos ojos asombrados, ausentes; preguntan lo obvio y desaparecen.

Camino a casa de Gina hablamos de la escuela, de una profesora vieja y amargada que obliga a los niños a recitar los salmos de la Biblia, el que no obedezca se lleva un reglazo. Les cuento que también a mí me tocó aprenderme los salmos y me sorprendo rezándolos cuando echo a freír el pescado. El niño cuenta la última caída que tuvo y muestra, orgulloso y triunfante, la cicatriz. Dice que se resbaló de un árbol, que intentó alcanzar una guayaba y cuando la arrancó le salió un gusano amarillo, del susto cayó al suelo. Completo la historia: «Desde ese día le dicen “El guayabo”», el niño me regaña por contar eso, le da vergüenza de su otra MA.

Gina abre la puerta, el niño agarra mi mano y me presenta la casa:

—Esta es la sala gigante como un estadio, se puede jugar adentro y nada se quiebra. Por aquí un cuarto con una cama para saltar; otro cuarto sin cama, sin nada, pero se puede poner una piscina inflable o una mascota. La cocina es como todas, pero hay más ollas aquí que en nuestra casa, ma. Y por último el patio que empieza aquí y llega hasta el río que ni se ve. Todo lo que ves es patio.

La sala no es grande, está vacía, sólo una sombrilla recostada en la pared y un almanaque colgado. El cuarto de Gina, un cubo de madera, en el centro, un colchón con dos almohadas y al lado, un baúl con ropa. El cuarto vacío seguramente era el de sus hijos. En la cocina una nevera pequeña blanca, un mesón sobre el que reposan una piña y dos mangos. Ollas cuelgan de clavos en la pared y los platos en una repisa de plástico. El patio es el mundo, como dice el niño. Bajo un techo pegado a la casa, una hamaca, una mesita de madera. Afuera: plantas sembradas en azoteas, un tanque de agua y una casa para perros sin perro. Envidio la mirada del niño, la misma que tuve hace tiempo y murió con los años desvelando una más cruda, real.

Quitan la energía, nos quedamos a oscuras bajo las estrellas.

Gina enciende una vela sobre la mesita del patio y se sube a la hamaca tejida. El niño la mira desde la puerta. Tímido. Espera una invitación. Si fuera yo quien se mece entre la hamaca se habría lanzado encima gritando y sacándome el aire del estómago. «Subite», le dice Gina. Él me mira con cara de pedir permiso, yo beso el dije de limón. En realidad lo muerdo.

Se sienta en un borde de la hamaca, Gina se remueve y el niño se recuesta por inercia junto a ella. Se balancean. No estaban tan juntos desde que el niño salió de su barriga. Una hamaca obliga al abrazo, al perdón: entre más intentas alejarte, más te pegas. Estuve, todos estos años, meciéndome en una hamaca con un niño prestado y en medio de tanta felicidad intentaba no apegarme, su madre aparecería como la noche, imposible de negar.

Luna en el cielo. Un lucero. Brillan estrellas diminutas.

—Has visto una estrella fugaz —le pregunto a Gina.

—Esas no pasan por aquí —dice.

El niño dice que me suba a la hamaca, que cabemos los tres. Digo que no, pero Gina insiste; me siento en un borde, el niño me jala y quedamos los tres acostados: MA-niño-má. Nos arrulla la noche: el canto de las largartijas limpiacasas, un búho que ulula desde la ventana vecina, la brisa mueve las hojas de las palmas y se lleva las nubes que aparecen en un cielo bajo el que nadie puede pedir deseos.

Despertamos a media noche empapados de sudor. Gina carga el niño hasta su cuarto y yo pido quedarme sola en la hamaca, como quizá serán mis noches de aquí en adelante, cuando no sea yo quien acueste al niño. Cierro los ojos, entre el ir y venir de la hamaca oigo el canto de las ranas y algunos disparos del animal más peligroso que tiene la selva.

9

Despierto con la mirada del niño encima de mí, busca mis ojos dormidos desde los suyos negros, brillantes, grandes. Un gallo tardío canta. Sol, mañana verde, el rocío cae sobre las hojas largas, acorazonadas y triangulares movidas por el viento discreto que, sólo a veces, toca tierra chocoana. Invito al niño a la hamaca, se monta con los pies sucios, recuesta la cabeza en mi barriga y nos quedamos callados por un momento. Es un viaje sin retorno. Me olvidará como el agua dulce olvida al Atrato cuando entra al mar.

Gina sale al patio dando un grito de buenos días, con una bandeja sobre la que carga chocolate recién batido, café y masitas. Nos sentamos en la hamaca mientras ella pone una mesa pequeña frente a nosotros, trae el banquito de la cocina sobre el que se sienta con un suspiro hondo. El niño agarra una masita, muerde y estira, juega con el queso derretido y agradece con la boca llena. Cuando algo le gusta mucho da las gracias sin que se lo recuerde. Yo, en cambio, desayuno por obligación.

Suenan los primeros disparos del día, parecen más cerca que los de ayer. Las últimas semanas han querido unirse al canto de las aves como si la invasión fuera algo natural. Gina habla más alto, quizá para que el niño no oiga ni pregunte, esperamos que sea pasajero.

—Acuérdate que hoy sale una lancha rápida para Quibdó. Pueden irse esta misma tarde y dormir en su casa.

El niño levanta los hombros como si el asunto no fuera con él, mastica y mueve los pies adelante y atrás. Con un adulto sería menos difícil esta conversación, los niños odian los rodeos y agarran las mentiras en el aire. Tanto navegar para ofrecer una pregunta que debería quedarse más tiempo en un cajón a la espera de que el niño la encuentre.

—Mírame —le digo—. Puedes vivir unos meses con Gina y otros en la casa. Te quedas, yo te mando ropa, cuadernos, la bici; nadas en el

río cuando quieras y haces nuevos amigos. Además, hay un cuarto sólo para ti, ¿te suena?

Una ranita pasa frente a nosotros y el niño se eleva siguiendo el recorrido del verde saltarín. Gina bebe café en vez de chocolate. Las manos tibias del niño, dos puñitos no más grandes que la ranita.

—Ya sé que tengo dos mamás y de ahora en adelante tendré dos regalos de cumpleaños y dos de Navidad y dos disfraces el día de las brujas. Pero yo me quiero ir contigo porque eres mi mamá amiga —me dice—. ¿No puedes venir con nosotros a Quibdó? —le dice a Gina mientras me abraza.

Ella se levanta de la silla y recoge los platos y sopla las migas de comida que quedaron en la mesa mientras dice que sí, que bajará a visitarnos con regalos y disfraces. Luego se mete a la casa con la bandeja en una mano y el banquito en la otra, temblando.

Los tres platos, ya lavados, escurren desde una repisa. La MA llora sin hacer ruido, enfundada en un vestido verde que cubre sus rodillas con un bolero corto del mismo color. Le duele la cicatriz de los tres hijos perdidos. Duele, todo duele: que el niño se quede, que se vaya. Tener un hijo es garantía de sufrimiento y ella tuvo cuatro. Aunque crea que no lo necesita, desde el banquito de madera junto a la canasta con cebollas y tomates, intento calmarla.

—El niño debería quedarse, yo soy su amiga, como dijo, no su MA.

Se seca las manos con un trapo de cocina que luego extiende sobre el mesón gris.

—Mamá y amiga, por eso te quiere más. Dejemos que viva entre las dos.

Todo de verde, el niño que ahora está jugando en el patio, quiso vestirse del mismo color de Gina. Yo voy de negro, no traje más ropa. Ella parece la MA de los dos cuando revisa si tenemos todo empacado y también cuando pregunta si nos cepillamos los dientes.

Antes de salir saca de la nevera dos envueltos en hoja de plátano, los mete en una bolsa con dos paquetes de galletas y dos botellas de agua; madrugó a prepararnos el fiambre para el viaje, dice que imaginaba la decisión del niño, «pero eso no son penas para una cimarrona».

En medio del calor pegajoso y los zancudos que buscan un pedacito de piel para hacer daño, mastico hielos, lo único que mengua este bochorno que me pone rojas las mejillas. Miramos al niño saltando en el patio, Gina entre dientes me pide perdón por no mandar plata para la crianza. No permito que se alargue en el discurso, la llevo a la cocina y le digo que las madres aquí pasan penas, pero afuera creen que la fuerza de parir les da para aguantar todo lo que venga: hambre, humillaciones, muerte. Hablan con orgullo de las madres y mujeres de esta tierra, con aguante, guerreras victoriosas. Guerra sí hay, pero nadie la gana. Gina asiente pensativa, en silencio.

El día opaco y callado. El miedo se ve en el andar de la gente, los disparos siguen oyéndose a lo lejos y el niño cree que hay una fiesta en un caserío cercano. No le decimos lo contrario para que no se asuste, también porque no sabemos cómo explicarle lo que pasa.

Los tres bajamos al río, separamos dos puestos en la lancha rápida con un viejo de sombrero, pantalón raído y los dientes completos pero amarillos, seguramente de fumar Pielroja. Nos dice que no asegura nada, que escuchemos —señala el cielo, los disparos—, que a las dos nos pasemos por aquí a ver cómo va el día.

Subimos hasta la iglesia, el niño con el pingüino al que le arrancó un ojo de un mordisco, Gina con mi maleta y yo cargo la bolsa negra con la comida para el viaje. Adentro el cura habla con dos señoras que piden fechas para un bautizo. Nos sentamos en una de las bancas del medio, más cerca del altar que de la puerta. Guardo la bolsa de comida y mi bolso pequeño en la maleta, que escondo tras una columna para que no estorbe.

Gina reza: «Gracias, Señor, por dejarme ver a mi pelaíto, porque di con una mujer buena, aunque blanca; porque está sano, es inteligente y agradecido. Gracias por dejarme vivo un niño, que

será el orgullo de estas mujeres que le han dado la vida, cada una a su manera. Perdóname por haberlo dejado un día y que me perdone el niño y me perdone ella, quien fue su refugio y lo levantó con mucho esfuerzo vendiendo flores; te pido que le envíes nuevos clientes para que nada les falte. Ellos viajan esta tarde, llévalos con bien por el río, ese animal traicionero que nos da de comer, aunque cada vez la cosa se ponga más dura y esa gente ande para arriba y para abajo amenazando como si fueran los dueños, aunque nos espanten los pescados, nos arranquen de la tierra, nos quiten los hijos, las uñas y hasta las ganas de vivir. Mantenme sana, que se me quite el dolor de espalda por andar agachada todo el tiempo cogiendo oro y estregando ropa, y pueda ver al niño más adelante, quizás el día de su cumpleaños o por Navidad. Amén». «Amén», respondemos mirando hacia el altar.

Con el final de la oración se intensifican los disparos, el cura y dos señoras caminan hasta nosotros. Cruzamos miradas: Gina y yo, el cura y Gina. Las señoras miran al niño y él pregunta qué pasa. Nos quedamos quietos, congelados, con la esperanza de que los disparos se alejen, pero vienen hacia nosotros, más cerca, más cerca, están aquí. Se metieron.

Ojos negros en un cuerpo negro que camina a paso firme, bajo su estola verde, hasta la puerta: «¡Adentro!», le grita el cura a las personas que corren por la calle, que salen de sus casas y negocios, para que se refugien en la iglesia. Entran hombres con ropa de trabajo, pescadores, niños que estaban jugando en la cancha, mujeres embarazadas, ancianas que ya no pueden correr, niños de la mano de sus madres, niños solos que no saben dónde se metió su familia, una mujer y su esposo, una adolescente con un cuaderno, otro niño, luego otro y otro más; se sientan a nuestro lado llorando. Mi niño, que estaba callado, los mira y llora con ellos por miedo o imitación o quizá por acompañarlos. Hombres, mujeres jóvenes, señoras como de cincuenta o setenta, viejitas canosas entran y se sientan para escapar de las balas que pueden atravesar la pared de esta iglesia llena de miedo. «Todos al suelo», grita el cura, y dice que en la casa de Dios estaremos protegidos, que tienen que respetarnos, que Dios y la Virgen están con nosotros; lo dice seguro,

inquebrantable, una voz que compite con los disparos.

Afuera: balas en vez de pájaros, gritos en vez del canto de las ranas y el sol, el mismo que calienta un paseo y calienta la guerra, que se cuela por las ventanillas altas de la iglesia, se une al pánico y nos cocina adentro con el terror.

No puedo disimular más, tiemblo, sudor baja por mi espalda. Lloramos, el niño y yo, abrazados. Gina dice que no nos levantemos del suelo y nos abandona gateando hasta las primeras bancas de adelante donde se dedica a calmar personas: acuesta a las señoras mayores entre las bancas mirando al techo, le quita los zapatos a los niños para que no se sofoquen y comienza un padrenuestro. Una madre que cuida y calma a otras madres para que puedan velar por sus hijos, una madre que lo perdió todo y no quiere que nadie más pase por lo mismo.

Las balas retumban en mis oídos mientras los gritos y el llanto de todos, en coro como los grillos de la noche más oscura, hacen que el niño tiemble. Mi cuerpo entero tiembla también, respiro corto, amarro el miedo en el estómago. No le respondo al niño cuando me pregunta de nuevo qué pasa. Lo abrazo. «Acostados, acostados», grita el padre. Dos mujeres embarazadas se tienden sobre las baldosas tibias con ayuda de Gina. Los niños las imitan, algunos se hacen pipí en los pantalones de los nervios, otros se pegan puños en pecho y cabeza.

Disparos a un ritmo aterrador, silencios cortos y descargas cada vez más extensas, afuera ni palabras ni gritos, sólo balas. El niño dice que tiene sed. La maleta está atrás, junto a la columna. Le digo que no se mueva, que me espere mientas traigo agua. Le doy un beso en el ojo derecho, en el izquierdo, y voy hasta la columna gateando entre las personas. Saco las bebidas, dejo una para el niño y hago rodar la otra hasta los que tengo más cerca. Todos rezan acostados bocarriba, ofrecen su canto a Dios para que nos saque con bien de aquí. Pierdo de vista a Gina. Mi niño sigue en el mismo lugar mirando al techo con las manos al lado del cuerpo, paralizado. El cura, cerca de mí, calma a una anciana, toma sus manos y reza: «Dios es sumo bien. No temas. Abandónate con la fuerza de su bondad y reposa en él». Las balas cesan, los que estamos cerca alcanzamos a escuchar la oración y respondemos «amén». El

sacerdote bendice a la anciana en medio de un repentino silencio que aumenta mi desasosiego. Algo golpea el techo de la iglesia y explota. ¿Mi niño? ¿Dónde está mi niño? Algo me oprime el pecho, no puedo abrir los ojos, ¿por qué no puedo abrir los ojos? Oigo gritos. Desgarros y lamentos: un eco cargado de escombros. ¿Dónde está mi niño dónde está mi niño? ¿Qué nos hicieron? Siento el cuerpo engarrotado, las piernas calientes, paralizadas. Hago un esfuerzo por limpiarme la cara con las manos y abrir los ojos: polvo y pedazos y cielo abierto, no hay techo. ¿Dónde está mi niño? Quiero gritar, pero no me salen las palabras. Muevo a un lado el pedazo de madera que tengo encima, me volteo a la derecha y una visión sangrienta me quema los ojos: entre pedazos de cemento, una cabeza con trenzas canosas pegadas al cuero cabelludo, ojos cerrados, boca abierta sin dientes. Siento punzadas en el estómago y ganas de vomitar al ponerme de rodillas para buscar a mi niño, pero no veo más que cuerpos desmembrados, pedazos de tela manchados de sangre, sandalias, cemento en bloques. A mi izquierda: una mujer se mueve y comienza a resollar. Golpeo mis piernas para que la sangre se mueva, gateo apoyándome en dos brazos que amenazan con fallarme en cualquier momento. Busco al niño entre escombros y horror y sangre caliente. Piel negra entre madera, piel negra sangrando, piel negra muerta en el suelo de la iglesia de Bellavista. La iglesia color barriga de perro. ¿Dónde está mi niño? ¡Gina! Avanzo a gatas, me limpio el polvo que se asienta en mi cara metiéndose a mis ojos; cemento triturado se entierra en mis palmas y rodillas mientras avanzo. Frente a mí: un arrume de escombros y sangre y un pedazo de Virgen, junto a la Virgen un zapatito verde como el de mi niño, en una pierna sin cuerpo. ¿Mi niño? No. Este no puede ser el pie de mi niño ni su zapato. Es su zapato y su pierna. No, no, no es verdad. A la izquierda, bajo una banca: el tronco de mi niño con su camiseta verde, verde sangre. Grito desde las entrañas, grito y me llevo las manos a la cara, pero no alcanzan a contener mi desgracia. Destrozados mi niño y yo, él por fuera yo por dentro. «Ay, ¿quién hace esto, por Dios?», grita una mujer al lado y no puedo responder no puedo hablar no soy capaz de explicarle. Siento que me arrancaron la piel de un tirón. Me meto bajo la banca, mi niño nomás con un brazo y una pierna, un niño sin cabeza. Eso no es mi hijo es una desgracia, una mentira, por favor, dónde está mi niño. Me levanto temblorosa, agarro la pierna suelta y la pongo junto al resto. Me apoyo en un pedazo de pared o

de techo, no sé lo que es, todo en pedazos. El cura, con el alba y la cara manchada, se acerca y me dice que me siente, que el fuego cruzado sigue. Arrodillados, le pregunto: «Por qué mi niño está muerto en pedazos, Padre, esto qué es, dónde está todo mi niño». Una mujer al lado grita y el cura camina agachado hasta ella sin darme respuesta. Me pongo de pie y busco la cabeza de mi niño. La encuentro junto a una viejita muerta. Los ojos cerrados, dormido sin su cuerpo. La cargo y la dejo con el resto, armo a mi niño que ya no se mueve ni me pregunta cosas. «¡Gina, está muerto, no dice ma! ¿Dónde estás?» Me muevo agachada en dirección al altar, a mitad de camino la reconozco por el vestido; doy la vuelta al cuerpo: carne viva. Caigo al suelo de rodillas, frente a la madre muerta de mi hijo muerto. «¿Qué hago yo viva, por qué estoy viva?». Grito hasta que siento el sabor a sangre en mi garganta. Alguien me levanta y me lleva a gachas hasta el morro de escombros donde está mi niño, es Amable, con una herida en la cara y la ropa roja, el único vivo que veo además del cura que dice que nos tenemos que ir por el río, que busquemos pedazos de tela blanca. Personas se levantan como muertos vivientes chorreando sangre, caminan hacia la puerta. Encuentro una bolsa negra y voy a donde está mi niño. Amable me sigue, dice que tenemos que salir y le respondo que no me voy sin mi hijo. Me arrodillo, abro la bolsa, agarro la pierna, todavía caliente, con mis manos y la guardo. Amable quiere ayudar, pero le grito que no lo toque, yo misma lo cargo y lo meto, con cuidado, en la bolsa. Falta un brazo, el brazo izquierdo de mi niño. «Ayúdame a buscarlo, pero no lo toques», le digo. Me responde que hay brazos de niños por todas partes, que es imposible. El cura viene por nosotros, no podemos esperar más, me echo al hombro la bolsa con mi niño incompleto. No tengo nada blanco para suplicar paz a los que nos hicieron esto. Abren la puerta, miro atrás por última vez: la iglesia es un animal muerto, restos tras el paso de depredadores y aves carroñeras.

Caminamos en fila, bajo el sol implacable y entre las balas de los que combaten usando al pueblo como escudo humano. El cura grita, exige que nos respeten la vida, y los que aún tienen fuerza para gritar le hacen coro. Cantan, gritan el dolor: somos la población civil, grita el cura. Que nos respeten la vida, responden los que

pueden. Somos la población civil. Que nos respeten la vida. ¿Cuál vida? ¿Dónde está mi niño?, ¿a dónde vamos? Caminamos dejando la hierba manchada de sangre, y los pasos, escucho pasos de botas sobre la hierba, pesados, silenciosos. Se esconden tras la voz del cura que sigue gritando. Esos pasos vienen por nosotros para matarnos por segunda vez. Bajamos al río alejándonos del centro de combate: la iglesia, el colegio y la casa de las monjas, donde también hay gente escondida, eso dice el cura.

Camino muda, a paso lento por el dolor del que apenas comienzo a hacerme consciente. Me arde la piel y la cara, siento como si mis órganos se hubieran detenido por un instante, incluso el corazón, y ahora intentan retomar el ritmo para salir de aquí con mi niño. La gente camina mirando al suelo desconsolada, algunos cojos, otros sangrando, todos bajo un sol que comienza a esconderse tras una mancha de nubes cargadas de agua.

Poco después de dejar la iglesia encontramos una bajada segura al río, un camino escondido tras unas casas. Dos canoas pequeñas reposan amarradas a un palo, nos subimos, pero no hay canaletes y tampoco tenemos tiempo de buscar uno, los disparos no se detienen. Amable dice que nos va a tocar remar con las manos, la gente lanza preguntas al cielo, pero no lloran porque en la guerra no hay tiempo para eso. Con la bolsa entre mis pies, meto una mano al río y hago lo que todos, intentar sobrevivir, aunque para mí ya no tenga sentido.

Llegamos a Vigía. La comunidad nos recibe en el muelle, cargan banderas blancas y camillas improvisadas con palos y sábanas; todos tienen miedo. Bajo con la bolsa sin pronunciar palabra, me parece injusto caminar, estar tan viva. Se llevan a la gente al hospital, yo me rehúso. Le pregunto a Amable dónde vive Carmen Emilia y él, tan vivo y completo como yo, me acompaña por una callecita estrecha paralela al río. Nubes en el cielo, los pájaros vuelan con el canto escondido, no hay viento que arrastre lo que acaba de pasar; a la derecha un río espumoso, revuelto en lo profundo y manchado en la superficie.

Los ojos hinchados de Carmen Emilia aparecen tras una puerta sin

color. Amable y yo, bañados en sangre, miramos cómo se lleva una mano a la cintura, otra a la boca, busca junto a mis pies, detrás de mi vestido, asoma la cabeza por la puerta y no ve al niño. Suelta la pregunta que llevo haciéndome desde que explotó la iglesia: «¿Dónde está?». Dejo caer la bolsa y me arrodillo junto a ella sin decir una palabra.

Me llevan cargada hasta el patio de la casa, jardín cercado por azoteas que desprenden olor a yerbabuena. En el centro: un palo de limón junto al que me recuestan descalza. Siento frío, la lluvia sobre mí, voces y gritos que vienen y van, lamentos negros olvidados desde siempre. Las hojas se arrancan y vuelan por el aire; quiero decirle al niño que cuando llueve las hojas parecen mariposas, el peso del agua las convierte en alitas capaces de arrancar un árbol de raíz. Los gritos vienen de las hojas, del agua, de la tierra que vio crecer al niño mío. Me acuesto de cara al cielo, nubes y relámpagos; sin llorar, me entierro en el silencio con la mirada hacia dentro. Me cierro.

La voz de una señora dice:

—Así es la cosa: vamos a enterrar aquí al muchachito, sin decirle a nadie; esa gente no deja que despidamos bien a los muertos, los quieren a todos en una fosa.

¿Cuál muchachito? Me siento recostada en el árbol. ¿Por qué cavan un hueco junto a mí, junto a este palo de limón lleno de frutos aún verdes? Me zumban los oídos, mis piernas tibias con manchas rojas y heridas, algo debió picarme, no me duele. Nada me duele.

La señora se mete al hueco con una bolsa negra, me asomo y veo que saca pedazos de… ¿un niño? Su hijo, pobre mujer. Lo arma sobre la tierra, lleva los zapatos puestos, pero le falta un bracito, ¿por qué está incompleto?, ¿y de qué se murió?

—Una flor —digo.

Me levanto, arranco un ave del paraíso y se la tiro a la señora para que complete el cuerpo. Luego tiende sobre él una sábana blanca, sale del hueco y un muchacho joven lanza tierra con una pala. La lluvia, y los cantos que salen de la señora, también caen sobre el

niño.

Una canción, un alabao, un chigualo, un bolero, dos cantos populares y dos poemas sobrevuelan este libro. Gracias a los compositores y a todos los que se esfuerzan por mantener viva la tradición oral.

Han cogido la cosa, Jairo Varela

Embarroten la canoa, tradición oral chocoana

Adiós niñito, Rosa Wila

Dos gardenias, Isolina Carrillo

A la mina, Esteban Cabezas Rher

Duerme negrito, Atahualpa Yupanqui

Pobreza Negra, Mary Grueso Romero

Caminos del espejo, Alejandra Pizarnik

TÍTULOS PUBLICADOS

TRÁN
SITO

La azotea Fernanda Trías

La memoria del aire Caroline Lamarche

Primera persona Margarita García Robay

El nenúfar y la araña Claire Legendre

Quiltras Arelis Uribe

Las madres no Katixa Agirre

Las estrellas Paula Vázquez

Estamos en el borde Caroline Lamarche

La cresta de Ilión Cristina Rivera Garza

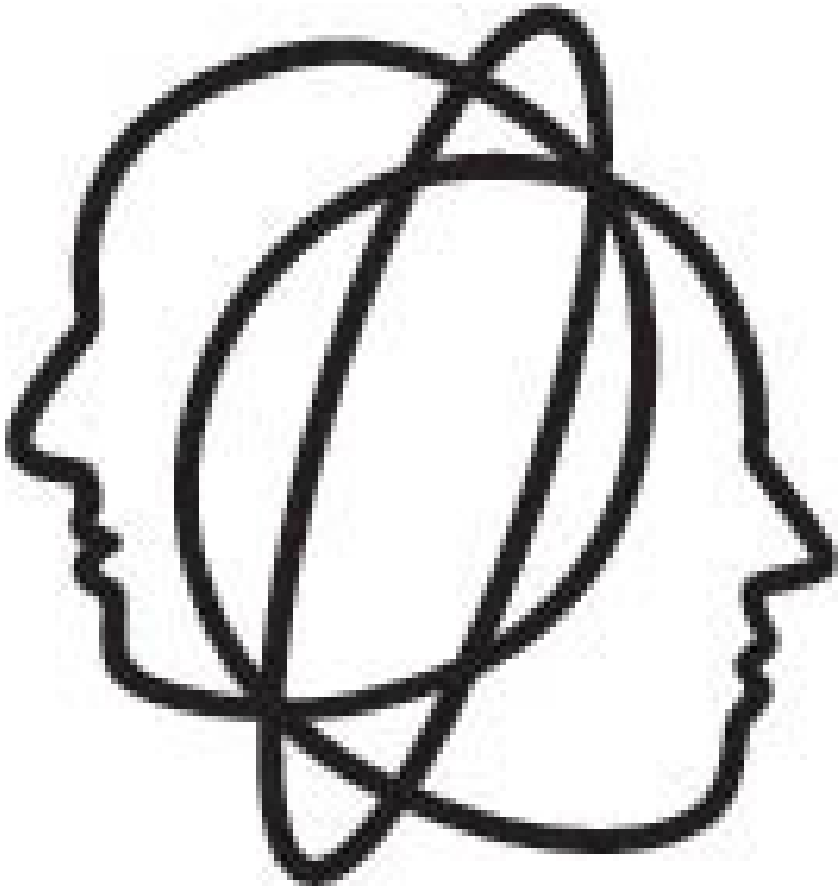
No soñarás flores Fernanda Trías

Mestiza Maria Campbell

El libro de las lágrimas Heather Christle

Una familia en Bruselas Chantal Akerman

Esta herida llena de peces Lorena Salazar



Editorial Tránsito es respetuosa con el medio ambiente:
este libro ha sido impreso en un papel ahuesado procedente
de bosques gestionados de forma responsable.